

JUAN MANUEL BENITES

La nube / La fogata

JUAN MANUEL BENITES

La nube La fogata



Juan Manuel Benites nació en la ciudad de Buenos Aires en el año 1949. Es Ingeniero Agrónomo (UBA) y vive en el Nor-este argentino desde el año 1972.

Amante y admirador de la Naturaleza actualmente está desarrollando una Reserva Ecológica Privada -Ymarangatí- en la isla de Apipé, Provincia de Corrientes.

JUAN MANUEL BENITES

La nube
La fogata

Benítez, Juan Manuel

La nube. La Fogata / Juan Manuel Benítez ; fotografías de Juan Manuel Benítez ; prólogo de Juan Manuel Benítez. - 1a ed ilustrada. - Resistencia : Juan Manuel Benítez, 2016.

192 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-42-1834-6

1. Cuento. 2. Relatos. I. Benítez, Juan Manuel, fot. II. Benítez, Juan Manuel, prolog. III. Título.

CDD A863

© Juan Manuel Benites “La nube / La fogata”.

1ra. edición, agosto de 2016.

Fotografías de cubierta e interior:

Juan Manuel Benites

Diseño de cubierta e interior:

Nicolás R. Clavario

Impreso en Vianet, Avda. Las Heras 526,

Resistencia, Chaco.

Impreso en Argentina

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio –mecánicos, fotocopias, grabación u otro– excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito del autor.

Agradecimientos

Cuando pienso en atributos como nobleza, lealtad, bonhomía, honestidad y amistad acude inmediatamente a mi memoria la imagen de Juan Carlos López Basavilbaso, con quién he compartido buena parte de mi transitar por el norte argentino. Juan me regaló la idea que desencadenó la escritura de *La nube*, pero no llegó a disfrutar conmigo de su lectura por que ha sufrido un serio problema de salud.

*Ensayaste primero, Diosito
Temple, solidez, bravura y firmeza,
Y creaste el quebracho...
De genuino rigor, disciplina y dureza.*

*Probaste luego, Maestro
Afabilidad, bonhomía, amor y dulzura,
Y lograste las flores...
Color, aroma, belleza y ternura.*

*Agregaste finalmente, Señor
Nobleza, altruismo, lealtad y amores,
Y cargaste así con generosidad y gozo...
La mas bella de tus paletas de colores.*

*Y saliste al mundo a pintar, buen Dios
Sabiedo que el orden era indiferente,
Porque los atributos de tu paleta
Solo servirían para pintar buena gente.*

*Y cuando ya cansado de andar por el campo
Te sentaste a disfrutar del abrigo,
Derrochaste inspiración, talento y matices
Para pintar a Juan, nuestro más dilecto amigo.*

*Y recorrió él su senda por este mundo
Derramando sabiduría, respeto y amor
Fue padre, compañero, maestro y ejemplo
Generoso, responsable y un gran luchador*

*Hoy Juan está transitando el fin del camino
Y nos dejó con ganas de más, de mucho más,
Pero acatamos Diosito tu designio,
Y solo rogamos que te lo lleves en paz.*

Merece también un especial reconocimiento mi amigo de la infancia y actual socio en soñar el futuro, ese vasco altruista y entusiasta llamado Martín Astelarra, que me inspira y acompaña en cuanta idea superadora invade nuestras mentes. Y hasta donde sé, es uno de los primeros en leer mis escritos y enriquecerme con sus opiniones.

Debo asimismo recordar a Betty –mi compañera de aventuras– que me ayuda a disponer de los tiempos y los espacios que la escritura requiere. Y a nuestros tres hijos: Lucía, Marina y Jerónimo, que motivan mi intento de transmitir experiencias y vivencias a los más jóvenes y con quienes comparto un profundo amor por la Naturaleza.

Finalmente no puedo dejar de agradecer a la vida misma, que me ha regado generosamente de amigos y de circunstancias que hacen a la tranquilidad de espíritu que la inspiración requiere.

Prólogo

La primer historia de este libro, *La nube*, es un cuento ambientado en el norte argentino que protagoniza una familia común que es arrastrada a circunstancias que para nada lo son. En medio de la trama policial encontrará el lector actitudes y conductas que lo moverán a la reflexión, y se discuten situaciones de posible ocurrencia en la vida cotidiana que obligan a acciones extremas.

El cuento se inicia con un suceso de la vida real, aunque más adelante se desenvuelve en caminos que pertenecen al reino de la fantasía.

Sigue a continuación el relato de *La fogata* –que si bien puede tener algunas imprecisiones fruto de fallas de la memoria– se corresponde con la historia vivida por una familia a partir del colapso argentino de principios del Siglo XXI. Cabría suponerse que la secuencia de hechos relatada es exagerada, o que está condimentada por el autor a fin de conferir más emoción a la lectura, cuando por el contrario, la realidad fáctica ha debido ser morigerada para hacerla creíble.

En determinadas circunstancias la vida adquiere una dinámica que supera la capacidad de asombro, y la triste para muchos pero rica para otros salida de la crisis de marras, permitió a esta familia surfear sobre una ola emocionante y riesgosa, pero que finalmente la condujo a una playa bella y pletórica de palmeras.

Es clara la intención de compartir vivencias y experiencias con lectores jóvenes o que no hayan tenido la fortuna de transcurrir circunstancias tan enriquecedoras, y es ahí donde el relato incorpora ideas inspiradoras e inculca esperanzas de que los malos tiempos son superables, y que del otro lado de la tormenta el sol ilumina los espíritus y cicatriza las heridas.

El mensaje de amor a la vida y de actitud positiva frente a las circunstancias que nos tocan, debería ser claro durante la lectura de *La fogata*. El epílogo aporta un cúmulo de vivencias que contribuirán a hacer más transitable el a veces escabroso camino de la vida. O al menos esa fue mi propuesta de escritor aficionado.

La nube

Esteban volvió del campo cansado. A sus 65 años ya se sentía medio viejo para salidas de tres días como había realizado en la oportunidad. El clima no había ayudado, y menos los caminos de tierra que obligaban a realizar continuos desvíos por huellas paralelas, a la utilización de la tracción 4x4 de la *Toyota*, y a un estado de preocupación constante ante la eventualidad de quedarse varado en medio de la nada.

Es en el extenso Nordeste Argentino donde usualmente opera su pequeña empresa familiar de servicios agropecuarios –léase administración de estancias, compra y venta de hacienda y asesoramiento a productores– y ese territorio abarca las provincias del Chaco, Formosa, Corrientes y el norte de Santa Fe. Un enorme y demandante campo de acción que se extiende tanto como varios países de Europa unidos.

De camino a su casa en Resistencia, Esteban desvió unos kilómetros la *Toyota* para depositar en la propia a su hijo y colaborador todo terreno, Federico. Fede, que así le dicen, aporta el músculo y la resistencia que empiezan a faltarle a Esteban, y realiza la mayor parte de las tareas duras de campo, sean estas las extensas recorridas a caballo, las demandantes actividades en los corrales o los tediosos trámites administrativos para despachar tropas de hacienda rumbo al frigorífico.

A medida que recorría los últimos kilómetros que lo llevarían a su casa de Resistencia, conduciendo en la soledad de ese atardecer único –todos los atardeceres lo son– y con un sol que se escondía tras los árboles de los montes circundantes con caprichosos destellos de sus rayos pasando furtivos entre las ramas más altas, Esteban disfrutó de recordar su historia de vida. Rememoró su infancia en Buenos Aires, sus años de estudios en Balcarce, su irresponsable decisión juvenil de trasladarse a un territorio desconocido, sin parientes ni amigos y solo cargando en la mochila una irrefrenable curiosidad y ansias de conquista de zonas promisorias del enorme país que es la Argentina. Pasaron frugalmente por su cabeza las primeras actividades profesionales, sus eternos años de libertad y soltería; como también los amigos de la vida, muchos de los cuales permanecen aún en la lista de *favoritos* de su agenda telefónica.

Algo más de tiempo dedicó Esteban a recordar la formación de su familia, que en su primera etapa implicó la elaborada conquista de su actual mujer, Eleonora. Esta preciosa morocha de ojos verdes y piel tensa de color café vivía en la ciudad de Formosa, y Esteban dedicó horas –y muchos litros de nafta– a viajes épicos para llegar al tiempo de una caricia desde el recóndito lugar en que estuviera por su trabajo. Sonrió sintiéndose cómplice de sí mismo al recordar algunos episodios de esos viajes hormonales, episodios irrepetibles que quedarán en su memoria para siempre, pero que nunca serán contados. Recordó la desconfianza de don Jerónimo y las ayudas cómplices de doña Teresa antes de rendirse a la evidencia de que su bella Eleonora se uniría para siempre a ese foráneo que la pretendía siendo 15 años mayor que su casi adolescente *yvoty* (flor). Finalmente, y ya casi llegando a casa, su pecho se hinchó de satisfacción al pensar brevemente en los frutos que él mismo y su adorada *yvoty* habían generado una vez casados: Fede y Amelia.

El portón del garaje crujió ante la orden del control remoto y dejó libre el camino hacia la cochera donde estacionó. Esteban asió como pudo sus libretas, su bolsa con ropa sucia, sus botas y otros adminículos que apretados contra su pecho llegaron haciendo equilibrio hasta la puerta del ascensor. Oprimió con el único dedo libre el botón y agradeció que las puertas fueran automáticas. El mismo dedo sirvió para comunicarle al ascensor que su piso era el noveno, y llegó hasta la puerta de su casa a punto de perder la carga por el camino. Eleonora estaba en Buenos Aires visitando a Amelia, su hija menor, por lo que sin posibilidad de pedir ayuda a persona alguna se ingenió para sacar las llaves del bolsillo posterior y abrir la puerta. Hecho esto la carga sostenida en equilibrio inestable fue ruidosamente depositada en un sillón, y Esteban supo que en pocos minutos –una vez bañado y comiendo– habría terminado la odisea de ese viaje de trabajo que lo había fatigado más que de costumbre.

Sentado ya a la mesa frente a su plato de pizza *Sibarita* pre-hecha –ahora hecha– añoró la presencia de Eleonora, tanto por sus usuales preguntas respecto al viaje realizado como por sus comentarios sobre los amigos comunes y sus actividades. Eleonora y Esteban eran foráneos de la ciudad de Resistencia, él por su porteñez y ella por proceder de la ciudad de Formosa. Lo mismo sucedía con casi todos los amigos de su círculo más íntimo, que en su enorme mayoría no eran resistencianos sino llegados, a lo largo de los años, desde sus respectivos lugares de origen –Eleonora utilizaba con gracia el vocablo guaraní *retá* (pago) para referirse al sitio de nacimiento de las personas. Unos ocho matrimonios, venidos en su mayoría de Buenos Aires y de Rosario, conformaban el grupo de *extranjeros*, situación esta que los hacía fácilmente reconocibles por los habitantes originarios de la ciudad que ahora habían adoptado, y que vocalizaban con una leve pero característi-

ca tonada. La particular situación de los miembros de estas familias *extranjeras*, que al proceder de lugares distantes no contaban con el usual intercambio con parientes y amigos de la infancia, hizo que se unieran en amistades muy profundas. Las amigas se hicieron más amigas dado que sus logros e infortunios, y la crianza de sus hijos, se llevó a cabo sin la ayuda y participación de abuelos, padres, hermanos y demás allegados de la infancia que habían quedado en sus lugares de origen. Los maridos, aunque en muchos casos ocupados en distintas profesiones, también desarrollaron sus emprendimientos y actividades siendo solo aconsejados y escuchados por los demás compañeros de exilio. Se creó una pequeña comunidad muy rica en afectos, con íntimo conocimiento de unos respecto a los otros y con la solidaridad como estandarte.

Pronto los pensamientos de Esteban regresaron al presente porque debía planificar los siguientes movimientos y actividades. Fede pasaría por su casa al día siguiente, y a continuación partiría hacia *La Pretendida*, estancia ubicada en Quitilipi, provincia del Chaco. En el trayecto debería llevar a la Reserva Ecológica Privada *Loro Cuá* —el lugar donde habita el loro—, de su amigo Pedro Irizar, unas cámaras fotográficas con sensor de movimiento para fotografiar animales silvestres, cuyas imágenes serían utilizadas en el libro *Fauna Chaqueña*, de próxima edición. Las modernas cámaras habían llegado desde los Estados Unidos en manos de un amigo viajero que se ofreció a traerlas en la valija dada la premura de ser presentado un año después, durante los festejos del Bicentenario de la Patria, el 9 de julio de 2016.

Poco más pudo Esteban pensar en la oportunidad, debido a que sus ojos buscaban cerrarse reclamando un sueño reparador en cama cómoda, cosa que no había disfrutado durante las tres últimas noches de mediocres hotelitos de pueblo. Apenas

pudo ojear –antes de perder la conciencia– unos párrafos de su actual lectura –*Los Cuadernos de don Rigoberto*, de Mario Vargas Llosa– cuyas líneas describiendo a la voluptuosa, bella hasta el hartazgo y seductora hasta el pecado, doña Lucrecia, le hicieron añorar el cuerpo terso y firme de su hoy ausente Eleonora.

Fiel a su tonta creencia de que el hombre de campo debe madrugar, a las siete de la mañana del día siguiente Esteban estaba frente a la mesa del comedor tomando unos mates. Aún le dolían todos los músculos del cuerpo –según percibía él, se salvaban el de la lengua y el de las orejas–, pero sabiendo que los próximos pasos activos los darían los 32 juveniles años de Fede, se juró disimular su lamentable estado hasta poder recuperar las formas y el honor luego de la partida de su hijo. Leyó el diario, preparó algunos papeles que debería llevar Fede a *La Pretendida*, acondicionó las cámaras fotográficas de Pedro Irizar en una caja de cartón, y se sentó a esperar.

Puntual como siempre, Fede asomó su carita por la puerta de entrada a las nueve de la mañana sin mostrar vestigios de la baqueta recibida los días previos. Esteban le convidó un par de mates en el comedor, conversó con él breves instantes, le repitió las instrucciones dadas en el viaje del día anterior por enésima vez, y le entregó los elementos a llevar a sus respectivos destinos. Fede reprimió las ganas de decir: “tengo todo claro, viejo, ya me lo dijiste...” y se dirigió hacia la puerta, que había dejado entreabierta con la intención de indicar a su padre que iba a permanecer allí solo el tiempo necesario para evitar llegar tarde a los compromisos asumidos –el capataz de Irizar lo esperaría en la tranquera para recibir las cámaras, y la hacienda arribaría al corral de *La Pretendida* al mediodía.

No bien el ascensor cerró sus puertas, Esteban regresó a su casa, cerró la puerta, y se puso a diagramar sus próximos movimientos. En primer lugar llamaría a Buenos Aires para interiorizarse de la salud del pequeño Joaquín, el primer nieto que le había dado su adorada hija Amelia, y a continuación se sentaría a trabajar en el presupuesto anual de otro de los campos que administraba. Esteban se sabía un buen presupuestador, y en años anteriores siempre había estado acertado en los números que presentaba a sus clientes. Tenía la cualidad de prever la inflación y de imaginar los respingos de la curva de precios de la hacienda vacuna, y terminaba así manejando el cóctel de Egresos e Ingresos con mano maestra y resultados insólitamente precisos para una economía tan desaliñada e incierta como la de la Argentina.

Instintivamente se dirigió a la mesa de apoyo próxima a la puerta de entrada para buscar su teléfono celular, que como la rutina indicaba, quedaba en su cargador no bien Esteban regresaba de un viaje.

El celular no estaba. Rápidamente, y mientras se auto criticaba por su descuido, Esteban se dirigió a la mesita de luz, a la cocina, revisó el portafolios, la valija y la ropa del canasto de ropa sucia del lavadero. El celular no estaba. Pensó en la camioneta, en la carga en equilibrio inestable que había transportado en la víspera hasta el sillón de su departamento, y llamó al encargado del edificio –Benito– por el teléfono interno. Nadie había reportado el hallazgo de ningún celular, y el servicio de limpieza de los espacios comunes –de total confianza al punto de que en diversas oportunidades había devuelto billeteras con dinero y joyas perdidas por sus dueños– no había visto nada.

Utilizando el teléfono fijo, Esteban llamó a su propio celular para intentar escucharlo. Daba la casilla de mensajes, señal de que no tenía más carga para responder y se había silenciado.

Recordaba la última llamada efectuada el día anterior en la camioneta justo antes de dejarlo a Fede en su casa. A partir de allí no se había apeado del vehículo hasta su llegada a la cochera. No se podía haber caído en otra parte. Llamó a Fede, que no tenía ni idea de qué pudiera haber pasado con el aparato, aunque abrigaba la sospecha de que su padre, cansado por el trajín, no estuviera evaluando bien la situación y el celular prontamente aparecería detrás de los platos del aparador, del wáter del baño o bajo el libro que por el sueño no recordaba haber estado ojeando. Le aconsejó llamar a *Telecom Personal* para ver las opciones, pero buscar durante unas horas más antes de dar de baja la línea y desactivar el aparato.

Obediente, Esteban buscó y rebuscó, imaginó situaciones donde el celular se pudiera haber deslizado a un lugar inimaginable, y finalmente –sobre el mediodía– renunció a la tortura que estaba sufriendo y se resignó a llamar a *Telecom Personal* y dar todo de baja. Se informó de cómo reemplazarlo, averiguó como mantener la línea, y consultó los alcances del seguro por extravío.

A primera hora de la tarde se dirigió a la compañía telefónica y compró un nuevo aparato, un moderno *Samsung* incluso algo más completo que el recientemente perdido. El seguro reconoció el 50% del importe del reemplazo, por lo que con bronca Esteban pagó la diferencia. Más dolor le causaba haber perdido información valiosa, registros de llamadas, y sobre todo las fotografías sacadas durante su último viaje a Europa con Eleonora, que no había tenido la precaución de copiar en la computadora.

Lo que tenía ahora en sus manos era un nuevo y bonito teléfono celular, pero virgen, vacío de tantas cosas que uno hoy confía y delega en ese aparatito. Debía volver a configurarlo, a bajar los *apps* indispensables y a grabar la música que le gustaba y que tanto tiempo le había demandado seleccionar. Un verdadero incordio.

Concluido el reemplazo telefónico, Esteban decidió acudir a Germán, un joven especialista en sistemas de comunicación y amigo de Fede, para que lo ayudara en la recarga de programas, le configurara los tonos, le agregara la agenda telefónica, y lo instruyera someramente en las mejores técnicas para sacar provecho a su nuevo aparato. Acordó su visita para el día siguiente por la tarde.

Superado el duelo por la pérdida, y ya en la etapa de la resignación, Esteban dedicó el resto del día a delinear el presupuesto prometido a su cliente. Al atardecer habló con Eleonora, que prometió su regreso para el día siguiente habida cuenta de que Joaquín –su nieto– estaba recuperado.

Luego se sirvió una copa de su vino preferido, *Salentein Reserve Malbec*, y se dispuso a disfrutar de Vargas Llosa y *Los Cuadernos de don Rigoberto*. Por un lado le resultaba un cuento fascinante, porque se refiere a un amor profundo y sincero entre dos personas dedicadas por entero la una a la otra. Casi como Eleonora y él mismo. Pero al avanzar en la lectura, paulatinamente descubre en los personajes sus verdaderas apetencias y conductas que rayan con el erotismo extremo y con acciones truculentas que son utilizadas para exacerbar el apetito sexual y el disfrute mutuo.

Don Rigoberto, padre de un niño preadolescente, se casa con doña Lucrecia mujer más joven que él y extremadamente

atractiva, que se convierte así en madrastra de Fonchito, el vástago de don Rigoberto. La pareja acude a las más sofisticadas y rebuscadas maneras de proporcionarse placer mutuo, y avanzan en sus experiencias hasta extremos insospechados. En una oportunidad don Rigoberto accede a que su bella mujer efectúe un viaje a Europa con un tímido pretendiente de su juventud, y se regodea de los relatos que doña Lucrecia le refiere a su regreso. Saber los detalles de las actividades en la cama de su mujer con otra pareja, resultan música para sus oídos y exacerban sus deseos. Actividades lésbicas de doña Lucrecia con su fiel mucama Justiniana, engrosan el relato y aumentan el placer de don Rigoberto, tanto como la participación de animales en sus más desaforados encuentros sexuales.

A esta altura de los acontecimientos Esteban deja la lectura entre sorprendido e intrigado por tanta imaginación de la pareja para exacerbar los sentidos a extremos mas allá de todo límite. Decide dedicarse a cocinar una frugal cena y retirarse a su dormitorio a descansar. Ya se ha dado cuenta del error de apreciación al haber pensado que don Rigoberto y doña Lucrecia tenían algún parecido con Esteban –él mismo– y su bella Eleonora. Nada que comparar en cuanto osadía y creatividad, ambas parejas solo compartían un tremendo amor mutuo.

En el primer vuelo de *Aerolíneas Argentinas* del día siguiente, llega de regreso Eleonora. Verla caminar por la pasarela de desembarque del aeropuerto le causó a Esteban tremendo orgullo, porque si bien ya había cumplido sus cincuenta y dos años, mantenía ese paso flexible, casi felino, que la convertía en una de esas mujeres que entrando a cualquier sitio producen el desvío de la mirada y la atención instantánea de hombres y mujeres. Los hombres las desean por instinto, y las mujeres las envidian por la misma razón.

Llegados a su departamento almorzaron frugalmente mientras se relataban las novedades de los días de separación. Esteban, poco propenso a hablar de su trabajo, dedicó su tiempo de exposición a contar lo que llamó “*el misterio del celular desvanecido*” y se juramentó a encontrar una explicación, aunque fuere imaginaria, para un día escribir un cuento sobre el episodio. Se rió comparando lo sucedido a su teléfono con el famoso “*misterio del cuarto amarillo*” en el que nadie podía comprender como el asesino había permeado una puerta cerrada por dentro.

Puntualmente a las cuatro y media de la tarde tocó el timbre Germán, el técnico informático amigo de Fede. Luego de los saludos de rigor Esteban le refirió lo sucedido con su teléfono y le entregó el nuevo *Samsung* para que lo configurara. Casi con miedo a parecer ingenuo, le preguntó si habría forma de rescatar la extensa lista de teléfonos de su agenda, que le resultaba tanto indispensable para su trabajo cuanto una pérdida de tiempo volver a armar. Déjame ver –dijo Germán– y sus dedos comenzaron a digitar teclas a una velocidad y con una precisión que a Esteban le resultó imposible incluso de seguir con la mirada. Los magos dicen que las manos son más veloces que la vista, y era en este caso a todas luces cierto. Las pantallas se sucedían en un orden incomprensible, pero de cada acción Germán producía un resultado inmediato. ¿Te gusta este *ringtone* para tus correos entrantes? ¿Te parece poner estos colores en la pantalla de inicio? ¿Que *apps* prefieres para descargar música? ¿Cuál mapa de caminos y direcciones te resulta más cómodo?... ¿Qué lector de periódicos? ¿Qué traductor? ¿Cuáles pronósticos del tiempo?... ¿Sitios de compras? ¿Planillas de cálculo? ¿Procesador de textos? ...y así siguió el cuestionario hasta que ambos coincidieron en que lo realizado era suficiente.

Pero faltaba una pregunta, que Germán dejó para el final porque requería de más elaboración. Puso el teléfono sobre el escritorio por un instante y le dijo a Esteban: vamos a ponerle un localizador que mediante el *GPS* que la unidad tiene incorporado te dirá siempre el preciso lugar donde está el teléfono. Hay en esto variantes que debemos consensuar, porque si bien son muy útiles para encontrar aparatos perdidos o robados, de alguna manera violentan la intimidad de las personas. Algunos sistemas simplemente detectan la ubicación del celular, pero otros más complejos permiten rastrear en tiempo real la localización de miembros de una familia o funcionarios de una empresa, porque detectan desde un celular la ubicación de varios otros –una vez concedido el permiso expreso de sus dueños, claro está. Yo utilizo y recomiendo el *apps* “¿dónde está mi familia?”, que funciona así: hay dos categorías de participantes, los “padres” y los “hijos”. Los primeros pueden saber en cualquier momento la localización de todos los celulares del grupo, pero los segundos solo pueden acceder a esa información respecto a los demás “hijos”. Por ejemplo, yo sé en todo momento adonde está mi hijo, pero él no puede saber donde estoy yo. Mira mi propio celular, a modo de ejemplo,... oprimo su foto en la pantalla y aparece en tiempo real un mapa con la precisa ubicación del celular de mi hijo, que en esta ocasión se encuentra en el campo de mi madre en Olavarría. Incluso, y como el *apps* funciona con el *GPS*, puedo saber si está en movimiento y a qué velocidad –lo que indicaría claramente si está caminando o andando en auto– o caso contrario si está quieto, lo que seguramente hace referencia a que se encuentra en una casa o en un negocio. Al principio puede parecer intimidante, pero en ocasiones es muy útil para detectar teléfonos robados o incluso personas perdidas.

—Hasta acá lo legal, dijo Germán a continuación y esgrimiendo una sonrisa picaresca. Hay un tercer nivel de “*seguridad*” que te cuento solo a título de inventario, y que consiste en incorporar unos programitas que permanecen ocultos a la vista del los usuarios y que permiten escuchar desde un celular todo lo que conversan las personas que están próximos a otro, que es el “*intervenido*”. Lo utilizan cónyuges celosos, empresarios que sospechan de empleados infieles, investigadores privados, y por supuesto los organismos de espionaje. Pero es ilegal porque vulnera escandalosamente la intimidad de las personas, y no es necesario en tu caso.

Esteban no paraba de sorprenderse de la utilidad y prestaciones de estos aparatitos, y sin dudar solicitó a Germán que pusiera sin miedo el “¿*donde está mi familia?*”, tanto para su celular como para el de su esposa y los de sus hijos Fede y Amelia. Ya no se extraviarían teléfonos en esa familia, y el servicio era gratuito. Tomó de sobre la mesa el celular de Eleonora y el suyo propio, y ambos quedaron incorporados al sistema no bien Germán oprimió unas cuantas teclas con sus dedos mágicos.

A renglón seguido el muchacho se abocó a recuperar la información perdida del teléfono anterior. Explicó al cada vez mas sorprendido Esteban que salvo que expresamente se hubiera desactivado el sistema, los celulares envían y almacenan a modo de back-up toda la información clave en una memoria externa al aparato en cuestión, y que con gran acierto se denomina *La nube*. *La nube* es provista por el servidor de Google, que es el que Esteban utiliza para su correo *Gmail*. En pocos minutos la agenda telefónica de Esteban estaba en su lugar, y las codiciadas fotografías de su álbum comenzaron a descen-

der mágicamente de *La nube* y a incorporarse al nuevo aparato. Una a una las imágenes del viaje a Europa fueron pasando ante sus ojos a una velocidad rápida, y Esteban disfrutó de los recuerdos que acudían a su memoria. Repentinamente el ojo entrenado de Germán detecta algo fuera de lugar, y retrocede hacia unas imágenes que llamaron su atención. En las dos primeras escenas se veía claramente una motocicleta cabalgada por una pareja. El hombre conducía y la mujer inclinada hacia delante y con su brazo estirado sacaba fotografías a modo de “*selfie*”. Las dos fotografías siguientes mostraban al hombre de cuerpo entero parado al lado de su cabalgadura, y a la chica reclinada contra un poste.

—Esas fotos no son mías, dijo inmediatamente Esteban.

—Claro, agregó Germán, son fotos de los que se apropiaron de tu teléfono y que como vos no lo diste de baja inmediatamente, tuvieron tiempo suficiente para fotografiarse y que sus imágenes fueran enviadas a *La nube* de forma automática. Obviamente desconocen el sistema y los alcances de lo que estaban haciendo. Muchos robos de celulares se hacen a sabiendas de que el equipo será bloqueado, pero los ladrones especulan con hacerse de una bonita e inofensiva máquina de fotos. Ya vemos que bonita sí, pero no tan inofensiva si se toman los recaudos.

Esteban finalmente agradece y despide a Germán y decide hacer una pequeña investigación para resolver el enigma de “*el misterio del celular desvanecido*”. Comienza por lo más obvio, que era averiguar dentro del edificio de departamentos si alguien conocía a los misteriosos motociclistas. Baja a la Planta Baja y acude al encargado.

—¿Benito, tiene usted idea de quienes son estas personas?

—Claro don Esteban, esta chica es la empleada de la limpieza del noveno “A”, al hombre no lo conozco.

—¡Pero ese es el departamento contiguo al mío!

El círculo se iba cerrando, y de pronto Esteban recordó que durante la visita previa a su partida Fede había dejado entreabierta la puerta de entrada al departamento porque pensaba retirarse enseguida. También le vino en mente que durante unos minutos habían conversado en el living mientras tomaban unos rápidos mates y repasaban las instrucciones del viaje al campo y de la entrega de las cámaras fotográficas al capataz de Pedro Irizar. Como el lugar habitual de carga del celular era en la mesa de apoyo contigua a la puerta en cuestión, estando esta entreabierta alguien podía simplemente meter la mano y tomar el teléfono en centésimas de segundo. Se le hizo evidente que la mucama del noveno “A” al descender del ascensor había visto la oportunidad y la aprovechó, máxime cuando escuchaba las voces que sonaban distantes en el living y que le daban la certeza de que no habría gente cercana que pudiera sorprenderla.

Esteban se dirigió a la puerta que ostentaba la “A” en su frente y tocó el timbre. Apareció la joven de la foto, y atrás de ella la dueña de casa. Esteban expuso lo sucedido y la chica confesó su acción entre lloriqueos, prometiendo devolver el botín y rogando no ser denunciada a la policía.

El día había sido largo pero fructífero, y Eleonora había preparado una cena algo más elaborada que de costumbre, posiblemente para compensar sus días de ausencia. Esteban lo tomó como un cumplido, y le divirtió considerarlo una in-

sinuación. Cuando terminaron de comer y de comentar las tareas detectivescas del día, se fueron a dormir. Al apagarse la luz Esteban se permitió por unos instantes pensar en las hazañas de don Rigoberto, y luego extendió su mano hacia Eleonora para regalarle una primera caricia.

Al día siguiente el celular fue reintegrado y la empleada despedida por la vecina, que ya había tenido algunos faltantes previos pero que se había demorado en actuar ante el temor de culpar a un inocente.

Resuelto “*el misterio del celular desvanecido*”, Esteban decidió rehabilitar su viejo teléfono y entregárselo al encargado de *La Pretendida*, que disponía de uno demasiado antiguo. Volvió a verse con Germán, quién rápidamente borró las informaciones personales y fotos de Esteban y lo incorporó como “*hijo*” al sistema “*¿donde está mi familia?*” Ya no volvería a extraviarse el viejo *Samsung*.

Durante los días sucesivos la vida familiar recobró su normalidad. Esteban dedicó tiempo a programar la administración de un nuevo campo que le fuera encomendado –estancia *La Ponderosa*, en el norte de Santa Fe– y Eleonora volvió a los cafecitos de los miércoles con sus amigas y a concurrir al Hospital Julio C. Perrando en su carácter de ayudante social.

Una semana después Esteban y Fede se dirigieron a *La Ponderosa* con la idea de quedarse un par de días. Como era habitual en su sistema de trabajo, las primeras visitas las realizaban en conjunto, cuestión de intercambiar ideas respecto a las acciones a tomar para transformar campos muy poco productivos en establecimientos modernos y rentables. Durante el viaje en la camioneta y mientras tomaban unos mates, Esteban extrajo su celular para mostrar a Fede las maravillas

que había hecho su amigo Germán. Le explica lo de *La nube* —Fede ya lo conocía— y finalmente logra concitar su atención cuando le habla de “¿*dónde está mi familia?*”

—Ves, acá está la foto de tu madre, sobre el botón que debo oprimir para saber adonde está su celular.

Al pulsarlo la pantalla exhibe un puntito azul sobre un plano de la ciudad de Resistencia, y le muestra que Eleonora se encontraba en ese momento en el barrio *La Liguria*, precisamente en la esquina de las calles Calandria y Juan Moro, y que no estaba en movimiento por lo que se suponía que dentro de una casa. No pudo recordar que amiga vivía en *La Liguria*.

Un par de días después estaban de regreso en Resistencia. Para alivio de Esteban, su próximo viaje al campo sería recién dentro de diez días para concurrir al remate de *Iván O’Farrell SRL* en General San Martín, donde pensaba comprar unos toros. Por suerte solo requeriría de una noche fuera de casa y lejos de los mimos y atenciones de Eleonora.

Durante su primer tarde en Resistencia retomó la lectura de *Los Cuadernos de don Rigoberto*, intrigado por descubrir hasta qué punto este personaje y la bella doña Lucrecia podían llevar sus lujuriosas actividades sexuales. Leyó medio avergonzado y escondido de los ojos de Eleonora, porque deseaba evitar incómodas preguntas respecto al argumento. El libro refería a que la pareja se había separado por algún motivo aún no expuesto, y que el hijo de don Rigoberto —Fonchito— usaba sus mejores artes para lograr la reunificación de su papá con su madrastra. El niño por algún motivo había sido repudiado por doña Lucrecia, y poco a poco intentaba reconquistar su cariño para convencerla de regresar. Hacía visitas a casa de su madrastra y le mostraba imágenes de un

libro del pintor alemán *Egon Schiele* del que él era admirador, pero dichas imágenes tenían alta connotación erótica, y doña Lucrecia no sabía a qué se debía tanto interés por parte del niño. Pronto Esteban intuyó que había algún motivo oculto e inconfesable, porque el preadolescente Fonchito propuso –y logró– que su madrastra jugara a la *imitación* –con su propio cuerpo– de las posturas sensuales y actividades sugestivas de las ninfas de los cuadros. Algunos capítulos después Esteban confirma que el motivo de la separación de don Rigoberto y de doña Lucrecia había sido que esta última, acostumbrada a jugar con los límites de lo razonable en cuanto erotismo –tal cual se lo exigía su marido– había terminado en la cama con su pequeño –pero no inocente– hijastro. Ese había sido, valga la redundancia, el límite aceptable para don Rigoberto, que enterado de este suceso se separó de su amada esposa. A esta altura Esteban decidió que el mal gusto de las acciones que relataba el libro superaba lo decoroso, y decidió abandonar su lectura para siempre, retornando el volumen de *Los Cuadernos de don Rigoberto* a lo más alto de su biblioteca para que allí terminara su existencia en mano de las polillas.

Los siguientes días se sucedieron apaciblemente, con Eleonora ocupada en sus actividades sociales, compras para la casa e idas al hospital, y con Esteban escribiendo informes para sus clientes y trabajando en aburridos –aunque siempre acertados– presupuestos agropecuarios.

Llegado el día del remate de toros en General San Martín, Fede pasó con su camioneta a recoger a Esteban y partieron a media mañana. Luego del tradicional asado comenzó el remate en manos –o mejor dicho en martillo– del más simpático rematador que viera el Chaco alguna vez, el famoso *Pancho O'Farrell*. Esteban compró los 16 toros que necesitaba para *La Pretendida* por una cifra algo superior a lo que hubiera

deseado –¡cuidado con el Presupuesto!–, pero es el precio que se paga por sucumbir a los encantos, bromas y alabanzas de un rematador que conoce su oficio y siempre saca una postura extra de sus clientes.

Por la noche dormirían en el hotel *San Martín Central* y por la mañana acompañarían la jaula de toros hasta el campo, para volver a apreciarlos y para dejarlos en las buenas manos del capataz Antonio Cardozo, quién los conduciría al rodeo de vaquillonas que estaba a punto de caramelo para lograr una buena preñez.

Luego de darse una ducha en el hotel, Esteban se quedó en el bar a la espera de que Fede hiciera lo propio y apareciera perfumado y peinado para la cena. Para acortar la espera decide mirar en su celular, mediante “¿dónde está mi familia?” si Eleonora ya estaba en su casa, y en ese caso la llamaría. Presiona la tecla con la foto de su mujer y el mapa muestra al puntito azul que se dirige presuroso al mismo lugar que la vez anterior: la esquina de las calles Calandria y Juan Moro del barrio de *La Liguria*. Intrigado, decidió que a su regreso a Resistencia averiguaría qué amiga de Eleonora residía en ese domicilio.

Al día siguiente concurren a *La Pretendida*, descargan con cuidado los fogosos toros, los clasifican por tamaño, y ordenan al capataz Cardozo distribuirlos en los rodeos de vaquillonas según su peso: los más livianos con las de 18 meses, y los más corpulentos con las de dos años. Terminada la tarea, regresan a casa.

Durante la cena Esteban cuenta sus novedades y pregunta a Eleonora por sus actividades de los dos días que duró su ausencia.

—Aunque te parezca mentira no he salido de casa ni un minuto. Con este frío no quise exponerme a enfermarme porque hay gripe por todos lados. Ayer pedí un moto-mandado de empanadas y me la pasé calentita ordenando los placares con la ropa que no utilizaremos hasta el año próximo y separando la que daremos a la parroquia porque no usamos más. Ya que estamos en el tema, si no te importa pensaba agregar tu vieja campera de cuero que se mojó en Formosa y que tiene el forro raído y desprendido.

Esteban quedó dubitativo. ¿Podía ser un error del GPS del celular? Eleonora nunca le había mentido –suponía él– y no comprendía el motivo de este pequeño engaño. No agregó una palabra al suceso y se decidió a chequear la información antes de entablar un incómodo dialogo acusando a su esposa de no estar contándole todo. De ninguna manera deseaba romper el encanto con el que ambos compartían penas y glorias y mediante el cual mantenían un idilio que duró mucho más de lo que es usual en parejas de su edad.

Como disponía de cuatro días antes de tomar el avión a Buenos Aires para presenciar el Congreso Anual de ACREA en el hotel Hilton de Puerto Madero, Esteban decidió abocarse a la lectura de un ensayo que con el título “*Last Man Standing*” –el último hombre en quedar de pie– había producido su colega y amigo del grupo de los *extranjeros*, Juan Manuel Benites. Lo buscó en la biblioteca y se sentó en su sillón preferido del living con un vasito de *Salentein Malbec* en la mano.

El informe hacía referencia a la actitud indiferente de la Humanidad ante la inminente ocurrencia de dos hechos de tremenda trascendencia para la supervivencia de nuestra civilización: el colapso energético y el deterioro ambiental. Benites sostenía que tanto el desmedido crecimiento de la población

humana, como el del consumo de bienes y servicios provistos por la Naturaleza solo había sido posible por la utilización de fuentes de energía *no renovables*, y que cuando estas –por su propia condición de *no renovables*– se fueran extinguiendo, el colapso sería inevitable. Cuadros y gráficos mostraban existencias, consumos, reservas, proyecciones de necesidades futuras y demás parámetros que demostraban que el fantástico mundo que hemos creado, pleno de elementos que nos confieren confort, tiene pies de barro. De igual manera, y con el mismo énfasis, el informe sostenía que la desmesurada presión sobre la Naturaleza de excesiva cantidad de personas, sus consumos y sus desechos, producen efectos destructivos que no pueden ser compensados con los mecanismos físicos y biológicos con que la propia Naturaleza está dotada. Esteban recorrió gráficos y cifras con preocupado interés, y recordó experiencias de su propia vida profesional que demostrarían el acierto de lo expuesto por su colega. Pensó en la fauna nativa en vías de extinción, en las deforestaciones y en el deterioro de los suelos de los ambientes en los que él trabajaba, todos hechos ocurridos en el transcurso de los escasos cuarenta años de su actividad en el norte argentino.

Esteban se tomó un respiro para recargar su vaso de vino tinto y estirar las piernas, y a su regreso entró en el meollo del problema que describía el ensayo. Sostenía a continuación Benites que miles de personas en el Planeta son conscientes de la problemática expuesta, que cientos de trabajos y de autores de fuste comparten la preocupación por el trágico destino que enfrenta nuestra civilización, pero que el sistema imperante –que fue tremendamente exitoso mientras la energía era casi gratis y los recursos casi infinitos– pone una venda sobre el grueso de la población del Planeta, situación que es hábilmente aprovechada por los interesados en que nada cambie, porque sus negocios así habían florecido. Como las Corpo-

raciones, de negocios, religiosas o políticas han cooptado el mundo, y como su interés y único estandarte es el crecimiento continuo, no solo no desean detenerse sino que utilizan cuanto artilugio tienen a mano para poner una sordina sobre las voces de alarma.

En este punto Esteban detiene la lectura del “*Last Man Standing*” entrecierra los ojos y medita: si bien el informe demostraba claramente que los recursos energéticos *renovables* que el Planeta era capaz de entregar y que los servicios que la Naturaleza podía producir sin destruirse solo eran suficientes para sostener indefinida y saludablemente a la tercera parte de la población mundial, y que por lo tanto deberíamos *decrecer* en lugar de *crecer*, ¿cómo podría él explicar a sus clientes, por ejemplo, que hay que tener *menos* producción y que esta debe ser realizada a pasto, que debemos utilizar *menos* insumos y que los tractores y camionetas deben usarse *menos*? Y siguiendo la línea: ¿cómo podría un político ganar una elección prometiendo *menos* obras y abogando por *disminuir* los consumos de los habitantes? ¿Podría una empresa publicitar la *austeridad* en el consumo de los productos que ella misma fabrica? ¿Interesa a los líderes religiosos tener *menos* feligreses que los sostengan y escuchen?

Quedó sin posibilidad de responder a sus propias inquietudes porque Eleonora lo llamó a la mesa con urgencia para que no se enfriara el omelette.

Al siguiente día Esteban fue a pagar las cuentas de la veterinaria, y a sabiendas que Eleonora aún se estaba alistando para salir, verificó el funcionamiento del programita “¿*dónde está mi familia?*?”. Oprimió la foto de Eleonora y el puntito azul se detuvo exactamente en el frente de su casa. Oprimió la foto de Fede y el botoncito azul se trasladó a Margarita Belén,

lugar de residencia de su hijo. Verificó que ambos celulares estuvieran quietos en el lugar indicando que cada cuál estaba en su casa.

Durante los dos días previos a su viaje, Esteban verificó el sistema cada vez que con seguridad conocía el paradero de Eleonora o de Fede. Incluso tomó su viejo celular del cajón de la mesa de apoyo y lo llevó consigo para verificar que ante cada cambio de locación el sistema respondía al instante y con precisión. No había dudas, Eleonora no le había contado algo, e incluso se hacía evidente su mentira cuando aseguró haber permanecido en su casa ordenando placares.

El día lunes, y según lo planeado, Esteban tomó el vuelo de Aerolíneas Argentinas con destino a Buenos Aires. Viviría en lo de su hija Amelia mientras durara el congreso de AACREA, y regresaría a Resistencia el jueves. Se propuso verificar la ubicación del celular de Eleonora cada dos horas, siempre que le fuera posible por sus actividades. Confeccionó en su agenda una simple tabla de dos columnas, en la primera pondría las horas, en intervalos de dos, y en la segunda la ubicación obtenida. Los primeros registros fueron normales y generalmente coincidentes con lugares familiares para Esteban. El miércoles, como era habitual, Eleonora estuvo a las once de la mañana en el café Miraflores para reunirse con sus amigas. El celular permaneció estático, y cuando a la una de la tarde Esteban verificó la locación, Eleonora ya estaba de regreso a casa. Se sintió culpable por desconfiar, al fin y al cabo ya habían pasado más de dos días y los movimientos de su mujer eran perfectamente predecibles. La sorpresa llegó ese mismo miércoles a las siete de la tarde: el celular de Eleonora estaba estático en Calandria y Juan Moro de *La Liguria*. Y ese horario de las siete de la tarde era coincidente con las dos observaciones anteriores.

Esteban regresó el jueves, y durante la cena cumplieron con la rutina de preguntarse mutuamente como les había ido y que habían hecho. Esteban contó todo, salvo que había estado espiando los movimientos de su mujer, y Eleonora también contó todo, salvo sus actividades en Calandria y Juan Moro de *La Liguria*.

El viernes a la mañana, y con cualquier excusa, Esteban tomó la camioneta y fue a conocer la esquina de sus desvelos. Había allí seis casas posibles dado que la ubicación del GPS tiene un margen de error de varios metros. Cuatro de ellas eran relativamente modestas, y de las dos restantes se destacaba una de techos negros, altas rejas en punta, ladrillo vista, y que parecía casi nueva. No había ningún indicio ni placa que delatara la ocupación de sus dueños.

Esteban decidió que no podría vivir con semejante duda, y pergeñó una estrategia: simularía un viaje al campo y se metería en un hotel mientras monitoreaba el celular de Eleonora. Llevaría lectura y trabajo y aguardaría hasta que algún movimiento extraño llamara su atención. Llegado el caso se movilizaría hasta las proximidades del celular de Eleonora, estacionaría en una calle cortada, y pegaría un vistazo de a pie. Deseaba desde lo más profundo de su corazón que todo fuera una confusión, o una mentira piadosa de Eleonora no queriendo preocuparlo por la salud de alguna amiga del grupo.

Anunció su partida para el lunes siguiente, fecha adecuada porque Fede estaba en plena vacunación en *La Pretendida* y no regresaría por varios días. Y de cualquier manera, y si lo hiciera imprevistamente, él se enteraría por el sistema de rastreo.

El día programado preparó su valija y agregó su sombrero de campo y sus libretas de trabajo como hacía habitualmente cuando salía de gira. Eleonora le preparó un desayuno con tostadas, lo ayudó con la ropa y los enseres de baño y luego lo acompañó hasta el ascensor, donde lo despidió con un cariñoso beso.

Esteban tomó la circunvalación y se encaminó al puente General Belgrano, que une Resistencia con la vecina ciudad de Corrientes. Se alojaría en esta última en un hotel de segunda categoría. Así lograría anonimato porque sus clientes del negocio agropecuario solo se alojaban en hoteles de categoría superior. Y además ante la eventualidad de tener que dirigirse a *La Liguria* podía tomar el desvío por Barranqueras, que le aseguraba discreción y le ahorra tiempo.

El resto del lunes y el martes entero fueron normales en las anotaciones de su libreta. Eleonora había ido al hospital por la mañana, a visitar algunas amigas y al hipermercado Libertad, a las afueras de Resistencia. Esteban en su desgraciado hotelito aprovechó para leer el final del ensayo de su amigo Benites, "*Last Man Standing*". Le intrigaba descubrir el motivo de un nombre tan peculiar, que parecía más adecuado para una película de guerra que para un informe técnico.

En un primer momento se enfocó en sus propias preguntas que habían quedado sin responder unos días atrás: ¿se podría *decrecer* en un mundo organizado y programado para un crecimiento continuo? ¿Era imaginable cambiar el sistema económico mundial –basado en el Capitalismo– por uno diametralmente opuesto? ¿Importaría a los impersonales Directorios de las empresas sacrificar sus negocios en aras de una supuesta preservación del Planeta? ¿Aceptaría la Iglesia Católica promover métodos anticonceptivos para limitar el nú-

mero de hijos, a sabiendas de que perdería feligreses? ¿Resignaría el mundo musulmán su plan de conquistar Europa teniendo proles más numerosas que los habitantes originales de los países a conquistar? ¿Aceptarían los países pobres perder parte de la mano de obra casi gratuita que les proporcionaban los niños? ¿Quién pagaría las descomunales deudas externas de los países del primer mundo si sus negocios menguaran? ¿Con que medios se financiaría la transición hacia una economía en decrecimiento? ¿Cambiarían las Universidades la currícula como para enseñar algo tan diferente? Esteban se hizo tantas preguntas como después descubrió que se hacía Benites en su informe. Y llegó a conclusiones parecidas: salvo que se lograra un consenso mundial, basado en el convencimiento universal de que ya no existen posibilidades de sostener el sistema viejo, ningún cambio iba a suceder. Agregaba Benites que dado que las producciones mundiales de energía y de materiales estaban hoy en su cenit, con más razón sería imposible lograr consenso de que urgía un cambio. Cuando todo está bien, nadie piensa en modificar sistemas, por el contrario, la gente se hace aún más conservadora.

Para explicitar su desazón, Benites relataba que durante los seis años que se dedicó a estudiar y promover un cambio hacia la sustentabilidad, no había obtenido ningún resultado. Incluso había escrito un libro que pasó completamente desapercibido, y abierto un *Blog* de discusión en internet que nunca había superado treinta lectores y que no había cosechado prácticamente ningún aporte de parte de ellos, fuera éste a favor o en contra. La dolorosa conclusión era que el tema no interesaba salvo a un pequeño núcleo de preocupados bichos raros que no tiene llegada a los factores de poder.

—¿Y entonces? —se preguntaba Esteban.

—Entonces, contestaba imaginariamente Benites ...hay que convertirse en el “*Last Man Standing*” –el último hombre en quedar de pie.

Y así concluía el informe de Benites: Si la civilización tal cual la conocemos no va a perdurar, y si el ser humano no está dispuesto a cambiar para lograr sustentabilidad, olvidémonos de nuestros caprichosos congéneres y busquemos *resilencia* para nuestro pequeño entorno. Mientras el resto del mundo esté distraído consumiendo con desaforo, bailando al ritmo de música festiva y palmeándose las espaldas para congratularse por sus logros, intentemos ser el *último hombre en quedar de pie* actuando con inteligencia. La especie humana no se va a extinguir, pero la civilización va a colapsar y dos terceras partes de la humanidad va a desaparecer. Es cuestión de estar entre los sobrevivientes, y eso se logra –aunque sin garantías, claro está– posicionándose en los lugares adecuados. Frente a hambrunas es mejor estar en países con recursos alimenticios propios, frente a guerras es sensato ubicarse en países armados, frente a carencias energéticas es preferible el campo a la ciudad, y así cada uno debe hacer su propio análisis y buscar ser uno de los *últimos hombres en quedar de pie*.

Esteban no salía del estupor que le había producido la lectura del informe, cuando recordó que era hora de chequear el celular de Eleonora. La libreta decía miércoles, diez y ocho y treinta horas: ...y la manchita azul se encontraba en Calandria y Juan Moro de *La Liguria*, justamente lo que Esteban rogaba que no sucediera. Rápidamente siguió el protocolo de “*alerta de combate*” –como había dado en llamarlo– y saltó de la cama, se vistió con ropas oscuras, se calzó una gorra pasamontañas y partió raudamente hacia la camioneta. Condujo lo más rápido que pudo hasta llegar a la avenida 3 de Abril que lo llevaría directo a la boca del puente General Belgrano.

Lo atravesó, pagó el peaje, y en la primer rotonda dobló a la izquierda rumbo a Barranqueras. Atravesó el poblado y llegó a la avenida 9 de Julio, por la que dobló a la derecha hasta llegar a *La Liguria*. Allí dobló por la avenida Firpo hasta que se hace cortada al chocar contra la laguna que da el nombre al barrio. Estacionó la camioneta contra la orilla a sabiendas de que nadie pasaría frente a ella porque no era zona de paso. Rápidamente tomó su equipo y caminó a paso vivo por la calle Calandria rumbo a Juan Moro, distante tres cuadras. Aún no había llegado cuando reconoció a la distancia el *VW Golf* de Eleonora. La casa de techos negros y ladrillo a la vista que había detectado días atrás, tenía las luces encendidas. La segunda casa en importancia permanecía a oscuras, por lo que Esteban la descartó de su análisis. Frente a las rejas con punta de lanza descansaba un *Mercedes Benz CLK 350* negro que desentonaba en un barrio de clase media. De repente el timbre de su celular rompió el silencio de la calle solitaria y Esteban casi muere de un infarto por la sorpresa. Su falta de profesionalismo le había hecho omitir algo tan obvio como era silenciar el teléfono antes de arrimarse al objetivo. Retrocedió media cuadra mientras atendía la llamada de Fede. Su hijo le comunicaba que tres vaquillonas habían muerto por intoxicación por *mio-mio*, una hierba tóxica con presencia en algunos campos del Chaco. Esteban le dio algunas instrucciones intentando parecer calmado y apenas pudo despacharlo silenció el teléfono y regresó a su lugar de observación. Fotografió con su celular la patente del auto y la fachada de la casa con el número que figuraba en el portón. Permaneció inmóvil en la penumbra por media hora más, hasta que la puerta del frente se abrió... y su mundo se vino abajo. Eleonora salía del brazo de un hombre de unos cuarenta años, y caminaba tan seductoramente como solo ella podía hacerlo hasta que llegaron a la puerta del *VW*. Allí se despidieron con un prolongado beso, y para coronar el cuadro el hombre le dio una palma-

dita en la cola mientras se subía al auto. Esteban no atinó a moverse y para cuando quiso reaccionar el VW doblaba en la esquina y el hombre entraba a la casa, cerraba la reja con llave y hacía lo propio con la puerta de acceso de doble hoja.

Permaneció inmóvil y en estado de shock por unos minutos, y luego comenzó a desandar lentamente las tres cuadras que lo separaban de su camioneta. Volvió a la ciudad de Corrientes manejando despacio y rememorando una y mil veces los escasos instantes que había vivido en *La Liguria* y que sabía que cambiarían su vida para siempre. Camino al hotel compró una botella de vino. No consiguió su *Salentein Reserve Malbec* preferido, pero compró un razonable *Valmont*. De cualquier manera serviría para poner algo de alcohol en su sangre que actuara de bálsamo.

Una y mil veces recorrió las páginas del libro de su vida buscando en la memoria algún indicio que se le hubiera escapado. Intentó encontrar un quiebre, alguna fisura, algún episodio en la relación con Eleonora que explicara su conducta. No pudo hallarlo, su relación había sido casi ejemplar a los ojos propios y extraños. ¿Desde cuándo ocurriría? ¿Sería esta la primera vez, o la última de una larga serie que su ingenuidad no había detectado? ¿Estarían las infidelidades de Eleonora en boca de todo el mundo y él sería el único no enterado? ¿Sería el hazmerreír del grupo de amigos? ¿Sabrían algo Fede y Amelia? Demasiadas preguntas no tenían respuesta, y Esteban decidió dedicar buena parte de su tiempo futuro a desentrañar la madeja. Nunca había sido su estilo dar lástima, pocas veces en su vida había llorado, y por su profesión estaba acostumbrado a enfrentar situaciones extremas. Debía actuar con frialdad y coraje, necesitaba hallar respuestas claras para luego aplicar acciones precisas que pusieran las cosas en su lugar, aunque eso implicara sacar a Eleonora de su vida. Se sabía un lucha-

dor, había llegado al Chaco muchos años atrás con poco en la mochila, y en base a esfuerzos y a sacrificios cotidianos había formado un porvenir para él y su familia. Había viajado por días enteros recorriendo caminos que no lo son, dormido arrugado y con frío en camionetas empantanadas, soportado mosquitos feroces intentando secarlo de sangre, perseguido cuatrerros, sufrido deslealtades de empleados infieles y comerciantes inescrupulosos, había... había...

No lo pensó más, decidió delinear un plan de acción y ponerse en movimiento. Averiguaría quién era el personaje del *Mercedes Benz CLK 350* y escarbaría en la mente de Eleonora los motivos de la traición. A partir de ese momento sería un gran actor, simularía no estar enterado de nada para no despertar sospechas, y juntaría información hasta que llegara el momento de actuar.

Permaneció en Corrientes una noche más y luego regresó a Resistencia. Al abrir la puerta de su departamento Eleonora lo recibió con una gran sonrisa y le dio un beso breve pero cariñoso. Le contó las novedades de Amelia y Fede y le pidió que a la noche la invitara a cenar para festejar a la distancia el cumpleaños de su nieto Joaquín. Enviarían una *selfie* a Buenos Aires desde el restaurante brindando con champagne. Esteban descubrió que era mejor actor que lo que suponía, y no emitió ninguna señal de cambio de conducta. Con dolor descubrió que Eleonora también era una gran actriz y que escondía su doble vida con maestría. Le intrigaba saber desde cuando vendría actuando esta telenovela cargada de cinismo y traición.

Realizó algunas llamadas de trabajo, contactó a Fede para informarse del resultado de las tareas de campo, se corrió hasta el Banco para depositar unos valores recibidos por correo, y regresó a su casa justo para almorzar. Por la tarde se acordó

del libro de Mario Vargas Llosa y lo retiró de la biblioteca. Decidió continuar con su lectura porque ya que había entrado al mundo de la infidelidades y aberraciones a que conduce el sexo, era posible que don Rigoberto y doña Lucrecia le dieran algún indicio de lo que sucedía con Eleonora.

Leyó con sorpresa y ahora creciente interés que la pareja se había reunido con un matrimonio amigo, Ilse y Narciso, quienes les habían propuesto jugar a la *cambiadita*. Narciso se había ido a la cama con doña Lucrecia con quién efectuaba todo tipo de juegos sexuales como si se conocieran de siempre, y don Rigoberto –algo menos experto en esas lides– demoró algo más en reaccionar aunque la bella Ilse permanecía desnuda e insinuante a su lado. Para terminar de incentivarlo, la escultural rubia le propone entrar silenciosamente al dormitorio donde doña Lucrecia y Narciso estaban actuando y sentarse en la penumbra a observar.

Esteban estuvo a punto de tirar el libro a la basura, porque al fin y al cabo el relato no tenía nada que ver con el caso de Eleonora y el NN del *Mercedes*, pero se contuvo y siguió leyendo. Tenía que hacer el esfuerzo de entender cuanta conducta desviada circulaba por este mundo, para ver si la actitud de su mujer tenía explicación. Y en eso Vargas Llosa era insuperable y contaba con una imaginación superlativa que derramaba con maestría en las páginas del libro. Por mucho que vulnerara sus principios, Esteban seguiría adelante con la lectura.

El siguiente episodio truculento hacía referencia a la historia que doña Lucrecia relataba a don Rigoberto respecto a un encuentro suyo –consensuado con su marido, claro está– con un motociclista que había perdido el pene en un accidente y que contaba con una prótesis. Como este buen hombre no podía tener sexo de forma normal, solo disfrutaba viendo

el cuerpo desnudo de doña Lucrecia en la penumbra. Seguía con la historia del profesor tímido de Filosofía y Derecho al que intentaba seducir una profesora dejando rastros de bombachas camino a su dormitorio, y el respetable e inexperto catedrático llamaba telefónicamente a un alumno para que le diera consejos de cómo actuar. Cuando finalmente se atrevió a entrar al dormitorio, la profesora yacía desnuda boca abajo, y el profesor solo fue capaz de quedarse observándola y pidiendo disculpas por su desfachatez. Finalmente el profesor lloró y agradeció a la vida por haberle dado la posibilidad de mirar semejante belleza. Evidentemente había de todo en la viña del Señor, desde personas capaces de regodearse con relatos libidinosos de sus parejas, hasta quienes no se atrevían a encarar el sexo consensuado y natural.

Mas adelante en el libro doña Lucrecia excita a su marido relatándole un encuentro con la esposa del embajador de Argelia, mujer que tenía los pechos reconstituidos por haber sufrido una cirugía debido a una enfermedad. Las amigas se encuentran en un sauna de la casa del embajador, y luego de varias discusiones respecto a la calidad de la cirugía deciden tocarse los pechos mutuamente para decidir si la operación reconstructiva había logrado el efecto deseado y no se notaban diferencias. El peligroso juego iniciado por las dos mujeres termina en maniobras con mayor carga erótica. Evidentemente todo este relato de doña Lucrecia a don Rigoberto no era más que una forma de incentivar su líbido para el ulterior juego amoroso que iniciaban ellos mismos. Esteban no era ducho en esta clase de desviaciones femeninas, pero lo invadió la duda de si Eleonora sería capaz de llegar a esas instancias. Le quedaba claro que él era apenas un aprendiz monógamo, pero que en las puertas cerradas de una alcoba y en las cabezas regadas de hormonas de otras personas el repertorio era mucho más extenso y osado. Sabía por su profesión que el homosexualismo era práctica

corriente en el reino animal –la forma de detectar el celo en los bovinos aprovechaba esa condición– y no era tan ingenuo de no percibirlo en la cada vez más desinhibida conducta humana, pero siempre vio esas desviaciones como excepciones a la regla de un sexo normal y con fines reproductivos. ¿Disfrutaría Eleonora de juegos eróticos que para él eran desviaciones de la norma? ¿Sería insuficiente para ella el repertorio modesto que él le ofrecía? ¿Buscaba en otra parte y con otras personas lo que no obtenía en su propio lecho conyugal?

Confundido y sin respuestas, Esteban dejó el libro y se fue a calentar un café. En la cocina se encontró con una sonriente Eleonora acomodando las compras del supermercado. Aprovechó para comentarle que el martes siguiente viajaría a Mercedes, provincia de Corrientes para asistir como invitado a la reunión del CREA local. Se quedaría a dormir para no viajar de noche y regresaría a la mañana siguiente. Era una verdad a medias, porque si bien iría a la reunión anunciada, pensaba regresar no bien terminara y refugiarse en su hotelito de la ciudad de Corrientes para monitorear los movimientos de su esposa.

Al atardecer se pegó un baño y se vistió para la cena según lo programado. A las ocho estuvo listo y se sentó en el living con su vaso de vino a la espera de su mujer. Media hora después hizo su aparición Eleonora. Esteban tuvo que reconocer que estaba elegantísima en su vestido azul con visos más claros, y que el escote era lo suficientemente profundo como para insinuar lo que había debajo pero sin ser indiscreto. El maquillaje, si bien breve, resaltaba sus ojos verdes sobre la tez oscura, y sus labios estaban levemente cubiertos de rouge rojo. Con seguridad sería la mujer mas bella del restaurante, y todavía faltaba evaluar ese plus que le confería su andar ondulante y flexible.

Decidieron festejar el cumpleaños de Joaquín en uno de los mejores restaurantes de Resistencia, *Nanas de Cebolla* sobre la avenida Rivadavia. Consiguieron la mesa contra la ventana del frente y se sentaron a cenar. Pidieron champagne, y no bien tuvieron las copas en sus manos brindaron por Joaquín y se juntaron para sacarse una foto con las copas en alto, que fue rápidamente enviada por *whatsapp* a Amelia y a Fedé. Recorrieron el menú y se decidieron por el lomo a la pimienta con papas a la crema, una especialidad. Esteban se maravillaba de sí mismo por la formidable actuación que estaba llevando a cabo. Parecía el mismo atento y distendido marido de siempre, y con seguridad nadie, y mucho menos Eleonora, podría sospechar lo que estaba viviendo por dentro. Coronaron la cena con un par de café y se dirigieron a casa.

Esteban se desvistió y se metió en la cama con un artículo del diario local que quería leer. Se anunciaba la licitación de un segundo puente sobre el río Paraná, obra absolutamente necesaria para descongestionar el existente. Eleonora se demoró unos minutos más de la cuenta en el baño y cuando apareció vestía un camisón cortito que solo le tapaba parte de la cola. El escote era insinuante, y mucho más lo era la transparencia del género, que poco dejaba liberado a la imaginación de quién mirara. La bombacha no estaba en su lugar sino colgando de su dedo índice. En tres pasos estuvo al lado de la cama, deslizó las sábanas y se acostó. Inmediatamente movió su pie derecho en punta hacia el lado de Esteban, y comenzó a acariciarle la pierna, señal inequívoca y consensuada por años de lo que vendría después. Esteban no se resistió. Pensó en doña Lucrecia y sus chanchadas, y cuando le cruzó por la cabeza el NN del *Mercedes Benz* negro, rápidamente se lo sacó de encima.

Al día siguiente buscó una excusa para salir a la calle y se dirigió a la Municipalidad. Pidió la boleta de Tasas y Servicios de la casa de Juan Moro 490 aduciendo que no había llegado al domicilio, y cuando la amable empleada se la imprimió vio con asombro que estaba a nombre de una mujer. Dedujo que NN era simplemente un inquilino, por lo que no obtendría de esa manera su nombre. Luego recorrió los registros de la Propiedad Automotor de Resistencia solicitando con una excusa la titularidad del *Mercedes Benz* patente SKG 410 y en ninguno estaba inscripto, por lo que dedujo que el automóvil pertenecía a otra jurisdicción. Debía encontrar otra manera de identificar al amante de Eleonora. Y se le ocurrió al instante.

Según había planeado, el martes siguiente partió de madrugada hacia Mercedes, Corrientes. Cargó en una pequeña valija una muda de ropa y en el pequeño cierre de la solapa colocó su viejo celular y el correspondiente cargador, porque lo necesitaría para el plan que tenía en mente. Puso además la batería extra que había comprado en su viaje a Miami y que duplicaba la autonomía del equipo. Agregó el cinturón con cierre de velcro que usaba para llevar el teléfono mientras montaba a caballo, y partió hacia su destino. La reunión de CREA parecía interesante, pero Esteban tenía su mente a 300 km de distancia, precisamente en Resistencia. Una vez terminada agradeció haber sido especialmente invitado y partió presuroso hacia Corrientes. Llegó a su hotelito a las seis y media de la tarde y no bien se registró comenzó con el monitoreo del celular de Eleonora. Estaba en su casa, quieta. Se pegó una ducha y se cambió, volviéndose a poner la ropa oscura de la vez anterior. El nuevo monitoreo mostraba a Eleonora nuevamente quieta, y el circulito azul se situó en la esquina de la avenida 9 de Julio y la avenida San Martín. Allí queda el Automóvil Club Argentino, por lo que Esteban dedujo que se encontraba cargando combustible en el *VW Golf*. Un nuevo

monitoreo a los diez minutos la mostraba circulando por la avenida 9 de Julio con rumbo al este, y la siguiente ya quieta en Calandria y Juan Moro de *La Liguria*. Bingo.

Bajó presurosamente a la calle y se subió a la *Toyota*, condujo por el mismo camino de la vez anterior, y en media hora arribó a su estacionamiento de la avenida Firpo en la cortada contra la laguna. Puso en silencio su celular y llevó consigo su viejo *Samsung* recientemente cargado a pleno y con la batería complementaria colocada en su lugar. Llegó a Calandria y Juan Moro y encontró tanto al VW de Eleonora como al *Mercedes Benz* negro estacionados en idéntica posición que la vez anterior. Desde su escondite en la penumbra verificó que no hubiera gente en las proximidades, y una vez sabiéndose solo al menos una cuadra a la redonda, se calzó el pasamontañas y corrió agachado hasta el auto negro. Se zambulló bajo el vehículo, desde el flanco izquierdo, el más alejado del cordón y de la posible visual desde la casa, y se arrastró boca arriba todo lo que pudo bajo el chasis. Encontró una barra, que supuso la de torsión, y enroscó la correa del cinturón con el celular en su compartimiento hasta dejarlo firmemente adherido al automóvil. Luego salió de su incómoda posición y desandó el camino hasta su refugio en la penumbra. Si bien la tarea estaba cumplida, Esteban se quedó en el lugar hasta que una hora después la pareja salió de la casa y Eleonora montó su automóvil y partió. Nuevamente un beso prolongado hirió los sentimientos de Esteban, y nuevamente una última caricia profunda en uno de sus pechos casi lo hace salir disparado. Observó a NN con atención y corroboró que era un hombre unos quince años más joven que Eleonora, atlético, morocho, y con una gran sonrisa que mostraba una dentadura blanca que brillaba en la oscuridad. Cuando todo se aquietó en la calle, salió de su escondite y caminó hasta su camioneta. A las diez de la noche estaba nuevamente en su hotel.

Esteban sabía que el celular que había colocado en el *Mercedes Benz* a modo de rastreador solo le serviría dos o tres días, luego la batería se agotaría irremediablemente y dejaría de indicarle el paradero del automóvil. Hizo una primera prueba oprimiendo en el *apps* “¿dónde está mi familia?” el botón que había habilitado como *hijo* bajo el nombre NN, y el puntito azul se situó en la casa de *La Liguria*. Luego verificó que Eleonora hubiera regresado a casa.

Recién a media mañana del siguiente día Esteban regresó a Resistencia para que su mujer supusiera que había manejado los 300 km que separaban a su ciudad de Mercedes. Eleonora regresó de sus actividades y almorzaron conversando distendidamente.

El monitoreo del auto de NN mostró que se puso en movimiento a las ocho de la mañana, y luego se perdió el rastro por dos horas, cuestión que preocupó a Esteban porque el viejo *Samsung* podía haberse desprendido o mojado en algún charco. Cada diez minutos intentó localizarlo, pero recién a las diez de la mañana el puntito azul se situó sobre la ciudad de Formosa indicando movimiento. Esteban recordaba que Germán le había dicho que si no había señal como para que funcionara el *GPS* la localización no era posible. Evidentemente durante el viaje de Resistencia a Formosa la señal había sido débil. La siguiente vez que el auto de NN apareció en el monitoreo estaba en Clorinda, y poco más tarde en Asunción del Paraguay. Dos días más tarde el *Mercedes Benz* regresó a Resistencia, y a renglón seguido el viejo *Samsung*, ya agotado, dejó de emitir.

Debido a su problema doméstico Esteban había postergado tareas importantes en el la estancia *La Ponderosa*, en el norte de Santa Fe, que estaba en los inicios de su organización. Coordinó con Fede hacer una visita durante la semana

siguiente, y se abocó a preparar planillas, calcular insumos, y encargar materiales para mejorar la casa habitación. En ese recóndito paraje no había señal de celular, por lo que era imprescindible preparar bien el viaje y no olvidarse de nada.

El resto de la semana transcurrió normalmente. Esteban preparando la partida y planificando las tareas a realizar y Eleonora saliendo con amigas a tomar café, dirigiendo la casa y concurriendo al hospital. El lunes bien temprano Fede pasó por lo de Esteban y partieron. Viajaron un trecho por la Ruta Nacional número 11 hacia el sur, luego desviaron por la Ruta 89 hacia el sudoeste, y llegados a la localidad de Los Amores doblaron ala derecha por la Ruta 30 que corre paralela al límite Chaco-Santa Fe. A partir de ese momento no habría más señal de teléfono, por lo que Esteban hizo su última verificación de la ubicación de Eleonora, que le mostró que estaba en su casa y estática. Cien kilómetros después la *Toyota* llegó a *La Ponderosa* y Fede y Esteban bajaron sus bártulos y se aprestaron a iniciar las tareas. Cuanto antes mejor –pensó Esteban– para poder huir de ese lugar tan poco amigable.

El martes trabajaron todo el día montando los alambrados eléctricos previamente diseñados en el plan de trabajo que Esteban preparó prolijamente antes de salir. A la tarde se llevaron una sorpresa desagradable: las pantallas solares y las baterías que alimentarían el sistema, y que figuraban en el inventario de la estancia, estaban en muy malas condiciones y no funcionaban. Debían ser reemplazadas antes de largar los animales, caso contrario estos voltearían las líneas y el esfuerzo de montarlas se habría desperdiciado. Decidieron que Esteban retornaría a Resistencia a comprar los elementos faltantes, y Fede se quedaría en *La Ponderosa* para terminar los tendidos. Dicho esto se fueron a dormir y al día siguiente Esteban se despidió de Fede con tristeza y algo de culpa por

dejarlo solo en ese paraje tan inhóspito. Manejó por el mismo camino del lunes pero en sentido contrario. Al pasar por Los Amores era el mediodía, chequeó el celular de Eleonora y supo que estaba en casa. En otra ocasión la habría llamado para anunciarle su inesperado regreso, pero no estaba de ánimos. De entrada a la ciudad de Resistencia por la avenida 25 de Mayo se detuvo en la veterinaria –que recién abría sus puertas luego de la siesta– para comprar las pantallas solares, y luego en la casa de baterías para adquirir las necesarias. De esa manera no perdería tiempo al día siguiente. Cargó combustible y se dirigió a su casa. Eran las seis de la tarde, y Eleonora no estaba. Chequeó su localizador y supo que estaba en el bar Miraflores, seguramente con amigas. Se pegó un baño, se cambió y verificó nuevamente la ubicación del celular de su mujer. El jueguito se había puesto peligrosamente obsesivo. Para su sorpresa y desagrado, Eleonora había dejado Miraflores y viajaba rumbo a *La Liguria*. Pensó que nada podía hacer para que se diera otra revocada con su amante, por lo que salió a caminar, pasó por el cajero del Banco, y finalmente fue a tomar un cortado al café Martínez. A las nueve de la noche entró a su departamento y Eleonora no estaba. Chequeó el localizador y permanecía en *La Liguria*. Claro, pensó Esteban, como piensa que no estoy en casa va a prolongar su turno de erotismo. Veremos que cuento me hace al regresar tan tarde, va a tener que aguzar su imaginación.

Se sirvió una copa de vino, se preparó un frugal copetín, y se sentó a esperar. Para calmar su estado de nervios, y fiel a su costumbre de ser analítico, se puso a pensar en las posibles salidas al problema. Trajo a la memoria las lecturas que había realizado en los últimos días, el libro *Los Cuadernos de don Rigoberto*, de Mario Vargas Llosa y el ensayo “*Last Man Standing*” –*el último hombre en quedar de pie*– de Juan Manuel Benites.

Si optara por la postura del libro debería resignarse a compartir a su esposa con otros hombres –¿y mujeres? ¿y niños? ¿y animales?– e intentar disfrutar de las migas sobrantes del amor de Eleonora. Si eso ya venía ocurriendo con anterioridad, él no podía saberlo, pero dentro de lo irregular de la situación –y mientras no estuvo enterado– Eleonora le había dado todo lo que él necesitaba. Era buena compañía para compartir el hogar, buena madre para sus hijos, atenta a colaborar con sus proyectos de trabajo y –no podía dejar de reconocerlo– una amante fogosa y experta. Bajo esta óptica, Eleonora sería doña Lucrecia. Pero él no estaba seguro de poder ser don Rigoberto.

Si por el contrario adaptara a su actual circunstancia lo predicado por su amigo Benites debería quemar las naves y convertirse en un defensor acérrimo de sus principios y buenas costumbres. La echaría de su casa por infiel y dejaría que se arreglara como pudiera en la vida. Bajo esta óptica él sobreviviría, sería *el último hombre en quedar de pie*. Ella sucumbiría por haber tomado las decisiones incorrectas, por no haber escuchado a su conciencia cuando tuvo tiempo, y por haber priorizado el placer del presente por sobre las seguridades que los buenos procederes confieren en el futuro. Perdería el respeto de sus hijos y amigos cercanos y, para usar términos del ensayo, colapsaría.

Absorto en sus pensamientos Esteban no notó que eran mas de las diez de la noche. Cuando volvió a la realidad pulsó por última vez el buscador. El puntito azul continuaba en *La Liguria*. Consideró superados todos los límites y se decidió a llamar a Eleonora, pasara lo que pasase. Pulsó el botón de Favoritos de su celular y en el preciso instante que iba a oprimir el nombre Eleonora, sonó el portero eléctrico. Saltó como un resorte y se dirigió a la cocina. Era Benito, el encargado del edificio.

—Don Esteban, es la policía, que quiere hablar con usted.

—¿Cómo que la policía?

—Sí, don Esteban, dicen que es urgente, ¿los hago pasar?

—Claro, que suban.

—Buenas noches señor, soy el Comisario Andino, Departamento Central.

—¿Qué sucede comisario, vio la hora que es?

—Sí señor, pero le ruego que tome asiento, ya le voy a explicar.

—Adelante.

—Debo darle una mala noticia, creemos que su esposa está muerta.

—¿Cómo que creemos? ¿Cómo que muerta?

—Disculpe, pero no hay certeza hasta que usted la reconozca, pero los documentos de su cartera así lo indican.

Esteban sintió que la sangre abandonaba su cabeza, y tuvo que hacer un esfuerzo para no desfallecer.

—Deme precisiones, comisario, estimo que hay un error.

—Ocurrió un asesinato múltiple en una casa del barrio de *La Liguria*. Murieron un hombre y una mujer acuchillados en la cama. Creemos que la dama es su esposa porque había en la escena una cartera de mujer con documentos y tarjetas de

crédito a nombre de Eleonora Santillán. ¿Es ese el nombre de su esposa?

—Sí, lo es. Dígame que sucedió.

—Aun no lo sabemos con precisión, pero parece ser un ajuste de cuentas, o un crimen pasional. De la casa no falta nada, aparentemente. Incluso la billetera de la dama tenía efectivo que permanece allí. Solo puedo decirle que un vecino llamó al 911 al ver la puerta de la casa y el portón del garaje abiertos, y cuando llegó el móvil policial se encontró con la escena que le relato.

—No me relató gran cosa comisario, ¿puede ser más explícito?

—¿Seguro que quiere saberlo ahora? ¿No prefiere llamar a un pariente o un amigo antes de tocar ciertos temas?

—No, por favor continúe.

—Los cuerpos estaban sobre la cama, desnudos. Había en la escena vasos con whisky a medio tomar, algunos elementos de sex shop y una película pornográfica en curso. El asesino infligió tres puñaladas al hombre y cinco a la mujer. Posiblemente murieron casi en el acto. Detectamos el auto de su esposa a la vuelta de la esquina, y fue identificado por la cédula verde que estaba en su cartera. Será transportado al corralón policial para hacerle pericias. El hombre era propietario de un *Mercedes Benz* negro estacionado en la puerta.

—¿Cómo se llamaba el sujeto?

—Lo siento señor, el resto de la información corresponde al secreto del sumario. El cuerpo de la señora será transportado a la morgue judicial para su autopsia, por lo que le sugiero estar por la mañana atento para el reconocimiento, y en el ínterin comuníquese con parientes y amigos para ponerlos en conocimiento. No lo tome a mal señor pero debo pedirle su teléfono celular para tomar ciertos datos. En lo posible se le restituirá mañana por la tarde. Puede usar su teléfono fijo con libertad. No salga esta noche, por cualquier cosa un móvil policial permanecerá en la puerta. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Eran las once y media de la noche y Esteban tuvo que despertar a parientes y amigos para informar la trágica noticia. A todos les rogó que no se movilizaran hasta la mañana siguiente. Lo más duro fue llamar a Amelia para anunciarle la muerte de su madre. Los padres de Eleonora eran viejitos y habían perdido a su *yvoty*, ya que así continuaron llamándola desde que se la entregaron a aquel extraño que ahora les comunicaba que se había marchitado para siempre. El grupo de *extranjeros* fue informado por una de las amigas de Eleonora, como así también las compañeras locales del cafecito de los miércoles. Fede estaba aún en *La Ponderosa* y Esteban pidió a un amigo que fuera a buscarlo al día siguiente y le relatara las tristes noticias. Terminó con su sórdida tarea a la una de la mañana, y a continuación se fue a su dormitorio a sabiendo de que no pegaría un ojo. Imágenes de Eleonora pasaron a raudales por su cabeza, y aunque no sabía que había sucedido y no alcanzaba a entender el motivo de su conducta y mucho menos de tanta saña para castigarla, íntimamente la perdonó. Decidió que en lo sucesivo se acordaría de ella como la conoció antes de que el episodio de *La nube* modificara sus

vidas al punto actual. Deseó no haber sabido de sus infidelidades y se culpó por haberse enterado de cosas que ella había preferido ocultar. Pensó en la permisividad de don Rigoberto para con su mujer, y lo carcomió la duda de si su actitud pecaminosa no estaba más cercana a lo que realmente es el ser humano: un ser imperfecto intentando actuar de lo contrario. Posiblemente –pensaba– tenía más razón Vargas Llosa que su amigo Benites, quizás era mejor vivir un mundo de fantasías y morir cuando bajara el telón y no aferrarse a la vida intentando que la verdad objetiva guiara nuestras acciones. A lo mejor era mejor morir por estúpido con el montón que ser *el último hombre en quedar de pie*. No lo sabría esa noche, no podía pensar con claridad.

A las ocho de la mañana del día siguiente Benito tocó el timbre anunciando que el móvil policial lo esperaba en la puerta para trasladarlo a la morgue judicial. Esteban bajó por el ascensor y se dejó conducir por el oficial de policía hasta su lúgubre destino. En pocos minutos un hombre vestido con guardapolvo blanco le pidió que lo siguiera. Entraron a una sala donde varios cuerpos permanecían inmóviles bajo sábanas blancas. El hombre consultó a Esteban si se sentía en condiciones de efectuar el reconocimiento, y ante la respuesta afirmativa corrió el extremo del género para destapar la cara del cadáver. Efectivamente era Eleonora, pálida, con la piel tensa y con los ojos cerrados. Esteban la miró por un momento y se despidió de ella con un murmullo inaudible. Le dijo que la perdonaba y que se reencontrarían próximamente en un lugar mejor. Asintió al empleado con la cabeza tras lo cual el cadáver fue nuevamente cubierto. Fue informado de que ese mismo día se haría la autopsia y que luego podría ser inhumada.

A la salida de la morgue el oficial de Policía le dijo que lo conduciría al Departamento Central para firmar ciertos papeles y responder unas preguntas. El cuestionario fue breve y preciso: que donde estaba él de tal hora a tal hora, que cuando había visto a su mujer por última vez, etc. Respondió con rapidez y precisión y luego fue informado de que se iniciaría una investigación por homicidio y que se le pedía no dejar la ciudad por 48 horas. Luego podría viajar pero debía dejar noticias de su paradero. Su celular estaba en manos de la Policía Científica y le sería devuelto a la brevedad.

Esteban regresó a su casa caminando porque necesitaba aire fresco. Apenas llegó comenzó el desfile de amigos para presentar condolencias. No tenía parientes en Resistencia, salvo Fede que estaría en camino. Amelia llegaba en el avión del mediodía. El resto del día el desfile de compungidos amigos fue incesante, y Esteban comprobó que Eleonora era muy querida por todos. Nadie tocó el tema de la indecorosa situación en la que había perdido la vida, y Esteban tampoco hizo nada por comentarlo. A última hora de la tarde se le comunicó que podía disponer del cuerpo de Eleonora para ser inhumado. El arribo de Amelia y Fede fue lo más doloroso del día, no se animaban a preguntar detalles pero eran conscientes de la situación en que su madre perdió la vida. Evidentemente la tenían en un pedestal que ahora se resquebrajaba.

Al día siguiente la casa funeraria retiró el cuerpo de la morgue, y luego de un breve velatorio fue trasladado al cementerio *Monte Alto*, a las afueras de la ciudad. Eleonora entraba así al mundo de los recuerdos.

La vida continuaba para Esteban y sus hijos, y de común acuerdo decidieron retomar sus actividades lo más pronto posible. Los dos eran duros, como su padre.

Respetadas las 48 horas solicitadas por la policía, Esteban retomó su vida laboral. Partió al campo con Fede y regresó recién el fin de semana. La casa vacía lo llenó de nostalgia, y como había decidido perdonar a Eleonora, comenzó su duelo mirando y tocando sus pertenencias.

De tanto en tanto llamaba al comisario Andino para saber novedades. La respuesta era siempre la misma: estaban investigando y le rogaban no alejarse sin aviso. En una oportunidad lo hicieron concurrir para hacerle más preguntas y corroborar datos. Su celular le fue reintegrado algo más tarde de lo prometido.

Durante los siguientes días Esteban hizo un esfuerzo por adaptarse a su nueva rutina sin las usuales conversaciones con su mujer para relatarse mutuamente las novedades, y sin contar con las silenciosas tareas que ella llevaba a cabo para mantener la casa en marcha. Llamó al restaurante *Nanas de Cebolla* y contrató una vianda diaria que le sería enviada todos los mediodías en sendas bandejitas, una para el almuerzo y otra para la cena. Pidió ayuda a una amiga de Eleonora para que le consiguiera una mucama que dos días a la semana hiciera una limpieza del departamento. Dejaría en el canasto del baño la ropa sucia y esta misma mujer la llevaría al *Laverap* de la cuadra siguiente. Puso en el débito automático de su tarjeta de crédito todos los pagos de servicios, los seguros y las expensas. Marcó en la agenda de su celular las fechas de los eventos sociales importantes: cumpleaños, aniversarios y demás fechas fijas. A partir de ahora un pitido del *Samsung* debería reemplazar la prodigiosa memoria de Eleonora. Vendió el *VW Golf* a la primera oferta que le aportó un aviso en el diario. Más tarde encaró lo peor, que fue vaciar los cajones de ropa y demás efectos personales de Eleonora. Seleccionó algunas cosas que rememoraban sucesos importantes del pa-

sado —el anillo de bodas, su primer *Rolex*, el ramito de novia, las fotos de sus hijos cuando bebés, etc. Encontró una carpeta con cartas que él desconocía pero que no se atrevió a abrir, simplemente la movió a la biblioteca del living y la colocó bajo el gran libro de *Historia de Arte*. Armó unos bolsos con ropa que se disponía a llevar a la cooperadora del hospital y seleccionó ciertas cosas que supuso podían interesar a Amelia: la colección de sweaters de cachemir, los mejores zapatos, el impermeable inglés que compró en el último viaje y la *bijouterie*. Separó para sí el camisón transparente de su última noche de amor y lo escondió con vergüenza en lo más profundo de su cajón de camisas. Terminada la tarea de limpiar el placar y la cómoda de la ropa de Eleonora quedaron enormes espacios vacíos, entonces desparramó sus propias pertenencias para ocuparlos parcialmente. Lo entristeció asumir que cada vez quedaban menos vestigios del paso de su mujer por su vida, por lo que decidió no tocar nada más.

Sentado en el living con su copa de *Salentein* se dispuso a llamar a Fede. Ese noble muchachito que lo llenaba de orgullo, estoicamente y dentro del dolor de la pérdida de su madre había asumido casi todas las tareas de la administración de los campos para permitir a su padre transitar el duelo. No alcanzó a tomar el celular porque sonó el timbre de la puerta del departamento. Esteban se extrañó de que no hubiera habido la usual llamada de Benito desde la portería anunciando que alguien requería verlo. Se acercó a la puerta de acceso y espió por la mirilla. Una cara flaca y con anteojos —de un hombre de mediana edad— miraba la puerta desde el otro lado.

—¿Quién es?

—Inspector Miranda, señor, por favor abra la puerta.

Acto seguido una credencial policial fue colocada frente a la mirilla de la puerta. Esteban abrió y vio frente a sí a un hombre pequeño, con anteojos, cara alargada y piel oscura.

—No había ninguna visita programada, Inspector. ¿De qué se trata?

—¿Puedo pasar? Efectivamente mi visita no está en ninguna agenda, ahora le explico.

—Pase Inspector, y tome asiento.

—Como le dije al inicio, soy el Inspector Miranda de la Policía Científica. No es usual que gente de mi Departamento visite a sospechosos de ilícitos o parientes de las víctimas, pero si me deja explicar todo será más claro para usted.

—Adelante, dígame de que se trata.

—He sido asignado, o mejor dicho me autoasigné, la investigación por el asesinato de su esposa. Digo que digité la asignación del caso para que cayera en mis manos porque usualmente las tareas de mi Departamento son bastante aburridas: un accidente de moto, una pelea de borrachos o un crimen en alguna barriada de las afueras de la ciudad. Cuando entró a mi Departamento el caso de *La Liguria* inmediatamente llamó mi atención. Usted ya sabe: asesinato múltiple, casa de buen nivel, auto *Mercedes Benz*, etc. Mucho más interesante profesionalmente, usted me entiende.

—Digamos que lo entiendo —dijo Esteban— pero de cualquier manera no comprendo a que se debe su presencia en mi casa a estas horas.

—Permítame seguir y pronto lo sabrá. Seguramente le habrá sorprendido que tocara directamente el timbre de su departamento en lugar de haber sido anunciado por el encargado. Eso se debió, precisamente, a que esta es una visita no oficial, y a que para eludir toda clase de planilla de registro de visitas o miradas de testigos, debí esperar pacientemente hasta que el encargado de vigilancia dejara su puesto en el escritorio del hall principal —seguramente para ir al baño— y a que un moto-mandado fuera habilitado a entrar por el portero eléctrico desde quién sabe que departamento vecino. Cuando el muchacho con la pizza entró aproveché para retener la puerta, lo saludé como si fuera un vecino que se ahorraría de sacar la llave del bolsillo, y me dirigí al ascensor principal. El joven con la pizza se dirigió al ascensor de servicio y ni siquiera me miró, y mucho menos escuchó mis breves palabras porque estaba conectado a los audífonos de su celular, seguramente escuchando música. Créame que nadie sabe que estamos reunidos en su casa, esta es una conversación solo conocida por usted y yo mismo.

—Suena disparatado, yo esperaba al comisario Andino en unos días más, según se me informó.

—Es cierto, el comisario Andino debe visitarlo no bien reciba de la Policía Científica, o sea de mi Departamento, el informe que yo mismo estoy elaborando. En nuestra profesión hay sectores que hacen la tarea de calle —digamos que ponen el músculo— y otros que hacen el verdadero trabajo de investigación —digamos que aportan el cerebro— y lamentablemente los primeros atrapan a los delincuentes, salen en la televisión, y se llevan las medallas y los ascensos y los segundos, o sea yo en este caso, pasamos desapercibidos a pesar de ser los verdaderos artífices del éxito en la resolución de los casos.

—No comprendo a qué apunta, Inspector.

—Le decía al principio que cuando apareció un caso interesante en mi Departamento, decidí tomarlo personalmente. Parecía un desafío importante porque en una primera instancia no se tenía ningún elemento de los que usualmente facilitan la resolución de los ilícitos. No estaba el arma asesina, no había testigos y no se vislumbraba un motivo claro de las muertes. Tampoco se encontraron huellas digitales sospechosas, ni cartas, ni pintadas o marcas que pudieran indicar un crimen ritual o cosa parecida. Pero a poco que inicié mis investigaciones los elementos fueron apareciendo y hoy tengo la certeza de quién es el asesino. Eso es lo que quería discutir con usted.

Esteban dio un respingo en su sillón y se puso en alerta para escuchar el resto del relato. El Inspector parecía muy seguro de lo que decía, muy profesional, y posiblemente él lo hubiera evaluado incorrectamente cuando apareció subrepticamente frente a la mirilla de su puerta. Tampoco lo ayudaban su porte poco importante y esos anteojitos con marco de plástico.

—Siga Inspector, infórmeme de quién se trata.

—El asesino es usted.

Esta vez Esteban no se movió, permaneció impávido en el sillón y sintió por segunda vez en el mes que la sangre le abandonaba el cerebro y estaba a punto de desmayarse. Se recompuso al punto de poder contraatacar.

—¿Está usted cuerdo Inspector? Acabo de perder a mi esposa, estoy intentando digerir la ignominiosa situación en la que la encontraron, ¿y usted me sale con esa fábula?

—Si usted me permite ser más explícito pronto entenderá. Le aclaro que no me sorprende su reacción, los asesinos siempre la tienen. También le sugiero que deje de lado su actuación y que nos enfoquemos en los datos precisos que me llevaron a esa conclusión . Y si acepta usted estos términos, posiblemente al final de la charla habremos dado con una solución que evite que usted pase el resto de sus días en la cárcel.

—Adelante, lo escucho.

—No me interrumpa hasta el final por más que considere que tiene algo que agregar, solo responda si yo le pregunto algo. Esa es la regla.

El Inspector extrajo una libreta que tenía en el bolsillo interno de su charretera, la abrió e hizo correr algunas páginas.

—*Vamos por partes* —dijo *Jack El Destripador*.

A Esteban el chiste le pareció de tremendo mal gusto, pero no dijo nada.

—El día martes 7 de julio de 2015 a las 21:16 horas el servicio policial de urgencias —el denominado 911— recibe una llamada de un vecino alertando de anomalías en la casa de la calle Juan Moro 490 del barrio de *La Liguria*. Un móvil policial arriba al lugar ocho minutos después y encuentra la puerta abierta del domicilio. Los agentes se asoman, llaman con las manos y luego a viva voz, y ante la falta de respuesta, y suponiendo la inminencia de un ilícito, entran. Al llegar al dormitorio encuentran la puerta abierta, la televisión en marcha y ven sobre el lecho a dos personas inmóviles. Piden refuerzos, convocan a una ambulancia y constatan que los cuerpos yacen sin vida. Apenas arribados

los refuerzos se hace una primera evaluación de la escena en la que se registra, entre otras cosas, la cartera de la mujer sobre una silla. Se revisa el contenido y se encuentra una billetera con documentos, tarjetas de crédito, y las llaves y la cédula verde de un vehículo *VW Golf*. El automóvil es rápidamente detectado a la vuelta de la esquina, sobre la calle Calandria. En base a esa información preliminar los efectivos determinan el domicilio de la occisa y un móvil es enviado a esta casa con la novedad y para alertar a la familia. A las 22:30 el Comisario Andino se entrevista con usted, que estaba en su domicilio, le informa de los sucesos y lo urge a concurrir a la morgue al día siguiente para realizar el reconocimiento. Yo fui convocado al domicilio del suceso y comencé a desarrollar mi tarea profesional. Embolsé e inventarié la evidencia, saqué fotografías de la escena, mandé a recoger tanto el vehículo *VW* de su esposa como el *Mercedes Benz CLK 350* negro del occiso, y sellé la escena hasta que de madrugada los cuerpos fueron trasladados a la morgue judicial. El Fiscal de turno corroboró y labró un acta sobre lo actuado. Hasta acá le he relatado lo sucedido esa noche del martes 7 de julio para que usted tenga la tranquilidad de que el proceso fue correcto. Pero el verdadero trabajo en criminalística comienza después, porque salvo que el asesino permanezca sentado en un banco esperando a la policía –y confiese– uno debe investigar factores que no están en la escena y que muchas veces son adrede manipulados para despistar al investigador. Así que yo dediqué todo mi esfuerzo a destapar lo oculto y a poner en fila los sucesos para arribar a la conclusión que acabo de comunicarle: que usted es el asesino.

Esteban suspiró, pero fiel a su promesa no abrió la boca. Se sirvió un vaso de agua y esperó estoico el final del relato acusatorio, con la tranquilidad de que lo expuesto hasta ahora

no era más que lo que él ya sabía, y que la fábula que seguiría sería más fácil de refutar, porque si de algo él estaba seguro es de que no había matado a Eleonora. El Inspector Miranda siguió con su relato.

—Sabrá usted señor que la mayor parte de las veces que ocurre un crimen de estas características el principal sospechoso es el cónyuge. No es una cuestión caprichosa sino el producto de miles de crímenes y miles de investigaciones policiales, en la Argentina y en todo el mundo, y tanto en el presente como en cualquier época pasada que se estudie. Le confieso que abrigaba la esperanza de que esta vez estuviéramos frente a una excepción a la regla, pero no fue así. Si bien no se encontró el arma asesina sabemos por la autopsia que fue un cuchillo, posiblemente del tipo *Tramontina* en su versión más grande, o sea el de cocina. Es un arma incómoda para el investigador porque no tiene registros y es de uso corriente en cualquier hogar. Además en regiones como la nuestra, llena de cursos de agua y de montes impenetrables, es prácticamente impensado hallarla. Por lo tanto olvidémonos del arma. También debemos descartar a los testigos, porque no los hubieron. Mis colegas dedicaron muchas horas a interrogar a los vecinos y nadie vio nada sospechoso. El morador de la casa era discreto, silencioso, y muchas veces estaba de viaje. No entabló relaciones sociales con nadie del entorno. Así que por esa vía no iremos tampoco muy lejos y por lo tanto está descartada. El móvil sí que nos dice algo: un marido despechado que encuentra a su mujer en la cama con otro hombre. Y ese es usted. Sabemos, y a continuación le explicaré el argumento, que este no es el primer encuentro de su esposa y su amante. Eso indicaría que el asesino —en mi hipótesis usted— tuvo tiempo de preparar el asesinato. En la jerga policial, premeditarlo. Veamos los acontecimientos según mi análisis: El viernes 19 de

junio de 2015 su camioneta es captada por primera vez por la cámara de seguridad montada en la avenida 9 de Julio y avenida Firpo. Usted sabrá que la ciudad dispone de cámaras para casos como este y para detectar ilícitos en curso. Es una moderna forma de cubrir áreas muy grandes con los escasos móviles de que dispone la policía. Y por otra parte es mucho más precisa la vigilancia de una cámara que de un efectivo policial, porque no se distrae, no va al baño, y no se olvida. La entrada usual al barrio que utilizan los vecinos de *La Liguria* es por la avenida Firpo, porque es un boulevard y porque está mejor iluminado, y es por eso que la cámara está precisamente ubicada allí. Efectivamente tanto el *Mercedes Benz*, como el *VW Golf* de su esposa y su camioneta *Toyota* entraron por esa calle en reiteradas ocasiones y quedaron registrados. Pero volvamos a lo nuestro: usted pasó la aludida cámara ese viernes 19 de junio entrando desde el centro y doblando a su izquierda. El lunes 22 de junio usted se aloja en el hotel Ideal de la ciudad de Corrientes, situación un tanto anómala dado que su casa queda a escasa media hora del hotel. Además la categoría del establecimiento no se condice con su situación económica. Dispongo de los informes que aseveran esto, y además de un libro de Registro firmado por usted. El martes 23 es un día interesante: El *VW Golf* de su esposa pasa frente a la cámara de *La Liguria* a las 18:28 proveniente del centro de Resistencia, por lo que es de suponer que se dirigió al domicilio de Juan Moro y Calandria. A las 19:16 la misma cámara registra el paso de su *Toyota* proveniente de la ciudad de Corrientes, situación que corroboro con las cámaras del peaje de puente General Belgrano, por donde pasó a las 19:02. Del análisis de su celular rescato una fotografía sacada a las 19:31 del frente de la casa de Juan Moro 490, o sea la del crimen. La siguiente imagen fue obtenida unos segundos después y muestra desde atrás al *Mercedes Benz*

CLK del occiso mostrando claramente su patente SKG410. Del registro de llamadas de su teléfono rescato una llamada entrante desde el de su hijo Federico a las 19:19 y con duración de setenta segundos, eso es unos minutos antes de que se obtuvieran las fotografías que le mencioné. El VW *Golf* pasa nuevamente la cámara de seguridad a las 21:02 horas, esta vez con rumbo al centro de Resistencia, y su *Toyota* hace lo propio a las 21:17, pero con destino a Corrientes. El hotel Ideal de Corrientes registra su salida y pago en efectivo a las diez horas del día siguiente, el miércoles 24 de junio. La cámara del peaje muestra a la *Toyota* pasando rumbo a Resistencia a las 10:27. Ya va viendo usted como los aficionados cometen infinidad de errores que facilitan la actividad policial, y comprende porque los delincuentes profesionales roban autos para cometer los ilícitos, utilizan identificaciones falsas, cambian permanentemente de teléfonos y disponen de planos que se intercambian entre ellos con la ubicación precisa de las cámaras de seguridad.

Esteban quería golpear a este hombrecito impertinente, que primero le dijo asesino y después lo trató de tonto. Pero fiel a su palabra, e intrigado por lo que vendría, guardó silencio.

—Luego no registro movimientos sospechosos hasta el martes 30 de junio, día otra vez pleno de eventos que llaman la atención. Usted se aloja nuevamente en el hotel Ideal con entrada a las 18:30, el VW *Golf* entra a *La Liguria* a las 19:31 y la *Toyota* a las 20:17. Su esposa se retira a las 21:30 y usted a las 21:45. Acá tengo alguna duda que comentaremos más tarde, pero salvo que usted sea un mirón de las infidelidades de su esposa, no entiendo que fue a hacer a las proximidades de la escena. A lo mejor es un degenerado, o le gusta torturarse, o se excita mirando a su esposa revolcarse con otro a través de la ventana. Sabemos que no es un

participante en un juego sexual de 3 personas, cosa que se me ocurrió en un principio, porque salvo que haga el amor con guantes no hay huellas suyas en el interior de la casa. Para terminar sus acciones de ese día, regresa al hotel Ideal a las 22 horas aproximadamente. Al día siguiente, el miércoles 1 de julio, usted deja el hotel y se dirige a Resistencia, siendo registrado por el peaje del puente a las 10:34. ¿Me sigue, señor? ¿Voy muy rápido? Y ya que estamos ¿me da un vaso de agua? Tengo la garganta seca.

—Sírvase inspector, y no, no va muy rápido.

—Luego no encuentro nada interesante ni en sus movimientos ni en los de su esposa hasta el lunes 6 de julio, el día previo al asesinato. Ese día su teléfono registra llamadas diversas en las antenas de Charadai sobre la Ruta 89 y en la de Los Amores, en la provincia de Santa Fe. La última sucedió a las 10:31. Luego hay silencio total hasta el día siguiente, el martes 7 de julio a las 12:06, que una llamada suya nuevamente fue registrada en Los Amores. Deduzco, y lo corrobora su declaración en sede policial, que usted regresaba del campo a donde se había trasladado con su hijo el día anterior. A las 13:30 usted pasó por Charadai e hizo otra llamada, y ya a partir de las 16 sus comunicaciones las capta la antena de Resistencia. He analizado los destinatarios de todas las comunicaciones de ese día, y ninguna es sospechosa. Lo único verdaderamente extraño es que no haya llamado a su esposa para anunciar su arribo. Bien inusual, debo decirle, casi sospechoso. A las 18 horas la guardia de su casa registra su arribo a la cochera, y luego usted efectúa algunas llamadas más sin importancia para el caso, pero ninguna de ellas al celular de la occisa. A las 19:03 el VW Golf pasa la cámara de la avenida Firpo procedente del centro. A las 19:45 el cajero automático del Banco de Galicia registra un retiro

de dinero en efectivo desde su cuenta y con su tarjeta. Esto me da la última ubicación cierta suya, porque sabemos que su esposa estaba en *La Liguria* y su hijo en el campo, por lo que salvo que le proporcione la clave a terceras personas, solo usted pudo haber operado la cuenta. A partir de ese momento no se sabe a ciencia cierta donde estuvo, porque si bien usted declaró que fue al Café Martínez a tomar un café y a leer el diario, nuestras consultas a los mozos fueron infructuosas. Nadie puede atestiguar su presencia allí, y como usted adujo no recordar que hizo con el ticket de pago, esa coartada es inverosímil. Para resumir: no hay forma de demostrar adonde estuvo usted entre las 19:45 en que fue al Banco y las 21:30 en que la guardia de su edificio anota haberlo visto entrar a pie por la puerta principal. Tengo una hora y cuarenta y cinco minutos en el aire, tiempo más que suficiente para que usted se haya trasladado, quien sabe por qué medio a *La Liguria*, asesinado a su esposa y a su amante, y regresado a casa. El comisario Andino llegó a su domicilio a las 22:20, y aseguró que usted estaba limpio y prolijo, como si hubiera tomado un baño recientemente. Tuvo usted tiempo suficiente para bañarse, más precisamente cincuenta minutos. Todo muy conveniente, debo decir. Pero hecho por un aficionado, me permito agregar.

—¿Me contesta una pregunta? ¿Quién es el amante de mi esposa? ¿Han seguido alguna otra línea investigativa o se han propuesto cazar en el zoológico?

—Habíamos acordado que usted mantendría silencio, pero le voy a responder: la identidad del occiso no se la voy a revelar porque le recuerdo que esta reunión que estamos llevando a cabo es fuera de agenda, podríamos decir que nunca existió. Si yo le diera algún dato que pertenece al secreto de la investigación usted podría usarlo, o se le podría es-

capar, y el Comisario Andino entraría a averiguar quién le filtró la información, y eso me pondría a mí en descubierto. Su segunda pregunta, sobre si investigamos algo más, se la respondo con un sí, pero tibio. Ya le dije que yo hubiera deseado tener ante mí un caso interesante, pero a poco de andar me resultó tan obvio que usted era el asesino que desestimé las otras vías. Usted tiene el motivo: la infidelidad de su esposa; la oportunidad: estaba en la ciudad, conocía el lugar de los encuentros y regresó inesperadamente del campo; no cuenta con coartada: no puede explicar adonde estuvo durante una hora y tres cuarto, tiempo más que suficiente para realizar su tarea macabra. Le recuerdo que el forense determinó como hora estimada de las muertes las 21 horas, justo en el medio de su período “*en blanco*” en los registros de sus actividades. El arma no es registrable y se vende en cualquier bazar. Por otro lado es sumamente fácil, hasta para un cadete de primer año de la academia de policía, demostrar la premeditación del hecho: usted visitó las adyacencias de la casa en varias oportunidad, realizó paradas inexplicables en hoteles que no necesitaba, regresó del campo sin motivos claros y varias perlititas más que veremos a continuación. Usó correctamente el término “*cazar en un zoológico*”, solo que usted se metió solito en la jaula y tiró la llave. Pocas veces en mi vida profesional me encontré con tanta ingenuidad y con un caso tan claro de crimen pasional premeditado. Pero falta lo mejor, créame y tenga paciencia.

—Siga inspector, en lo posible no volveré a interrumpir.

—Cuando me aboqué a revisar los vehículos, nada pude encontrar el VW *Golf* de su esposa, pero el *Mercedes Benz* negro me proporcionó el último y fundamental indicio de que usted es el asesino. Adherido a una barra del chasis había un raro cinturón con un teléfono celular adentro. Y casual-

mente, o no tanto, el registro del aparatito está a su nombre. ¿Puede alguien ser tan ingenuo de plantar semejante prueba en su contra en el vehículo de su víctima? Solo un aficionado. Y para colmo al revisar su contenido descubro que tiene incorporado el rastreador familiar llamado “*¿dónde está mi familia?*” y en su configuración aparece el celular de su esposa y uno denominado NN que pertenece al mismísimo equipo bajo análisis. Eso es prueba más que suficiente de que usted estuvo siguiendo los pasos de ese individuo y los de su esposa hasta que supo que estaban juntos y concurrió a matarlos. Si quiere un caso de premeditación probada, este es el mejor que he visto en mi vida profesional. Todo lo relatado hasta aquí está siendo volcado a un informe de criminalística que en pocos días entregaré al Fiscal, y este seguramente instruirá al comisario Andino para que proceda a su detención. ¿Es usted consciente de su situación? ¿Hay algo que yo no sepa que pueda morigerar este cúmulo de pruebas? Porque si no lo hubiera, puedo asegurarle que el expediente será cerrado en su fase policial, entregado al Juzgado, y que con semejante cantidad de pruebas en su contra no hay Juez que vaya a pensar que usted es inocente. Y la pena por homicidio en primer grado premeditado y agravado por el vínculo es de prisión perpetua. Eso por matar a su mujer, y le dejo de propina la muerte del hombre. Ya dije lo que tenía que decir, y ya le anticipé lo que dirá el informe que estoy por concluir en un par de días, ahora le dejo unos momentos de reflexión y luego seguimos.

—Inspector, si efectivamente yo fuera culpable como usted asegura: ¿sería tan idiota de cometer tantos errores? ¿Le parezco tan poco capaz de planear algo mejor?

—Lo que a mí me parezca no tiene importancia, lo que pesa en un expediente son las pruebas, y aquí las tenemos de

todos los colores. Usted es el asesino. Y si piensa alegar su propia incompetencia, adelante, es lo que todos intentan. Descanse un rato que tengo algo más que decir.

—Siga, se imaginaré que no puedo relajarme.

—Como le dije al inicio, esta reunión no existe. Nadie en mi oficina sabe que estoy aquí y he entrado a su casa sin dejar rastros. Lo que se hable en lo sucesivo solo lo sabremos usted y yo, y si quisiera saltar el cerco no podrá probar nada porque la información que le di es deducible por usted sin necesidad de leer ningún sumario. Las visitas al entorno del lugar del crimen, las permanencias en los hoteles, sus viajes al campo y a Corrientes, las fotos de su teléfono e incluso el celular plantado en el *Mercedes Benz* son datos que usted conoce sin necesidad de entrevistarse conmigo. Son hechos que usted mismo generó y sabe a qué horas los produjo. Si usted alegara que yo se los proporcioné no haría más que corroborar los hechos y agravar su situación. Sería tomado como una confesión voluntaria. ¿Estamos de acuerdo?

—Digamos que sí, pero no entiendo a que apunta.

—Del cúmulo de pruebas del informe que le describí hay dos que son clave: su celular atado al chasis del auto de una de las víctimas y la falta de coartada en la hora y cuarenta y cinco minutos que usted dice haber ido a tomar un café. Corrigiendo esas dos cosas, todo lo demás pierde relevancia porque usted puede haber sido un marido torturado por la infidelidad de su mujer, puede haber ido a espiarla, etc. pero si estaba en el momento del crimen en el café Martínez y si no hubiera llegado al extremo de poner un rastreador en el

auto de su víctima, ningún jurado se atrevería a mandarlo a la cárcel de por vida. ¿Me sigue?

—Sí, pero no entiendo a dónde quiere llegar.

—El celular en el chasis del *Mercedes Benz* no fue detectado el día del crimen, lo encontré yo personalmente unos días después cuando revisaba el auto en el playón. De ahí fue a parar a mi caja fuerte para ser incorporado al expediente. Nadie sabe de él todavía. Y ahora viene la perlita, una de esas casualidades que se dan una sola vez en la vida y que son el motivo de que yo esté hoy aquí: ese día 7 de julio a las 20:30 estuve tomando un café en Martínez y tengo el ticket emitido a las 20:40 por el pago correspondiente. ¿Va comprendiendo?

—Sí, voy entendiendo que usted podría cambiar el sentido del informe ocultando el hallazgo del celular y agregando un ticket coincidente con mi declaración del primer día en sede policial, donde aduje haber estado en el café Martínez a la hora del crimen.

—Veo que nos vamos entendiendo. Sin celular porque desaparece y con el ticket que prueba su coartada, todo el caso es puro humo. El ticket tiene que aparecer de forma creíble en el expediente porque usted dijo no saber donde estaba. ¿Sabe donde estaba? En el estuche de cuero de su celular confiscado por el Comisario Andino para analizar, y el que lo encontró fui yo mismo, de quien nadie va a dudar. Esa es la historia que puedo armar, porque es creíble. Pero queda algo más.

—¿Algo más? ¿A qué se refiere?

—El día del crimen se inventariaron los artículos encontrados en la casa de Juan Moro 490, todo bajo acta firmada por la policía y los testigos civiles que se convocaron a ese fin. Eso no puede ser cambiado, pero entre el cúmulo de elementos ensobrados y enviados a mi oficina había dos teléfonos celulares supuestamente de la víctima masculina. La descripción inicial de los aparatos es rudimentaria, porque al ser ensobrados con faja de seguridad los datos concernientes a marca, número de serie, etc. se obtienen más tarde en el laboratorio, o sea en mi oficina. Yo dispongo de un celular con número de teléfono paraguayo que recuperé de un allanamiento en un caso de drogas que fue desestimado y archivado unos días atrás. Si cambiara en el expediente del crimen de su esposa uno de los celulares del occiso masculino por este, nadie podría saberlo. Y así cerramos el círculo a la perfección. ¿Recuerda usted haberme preguntado si esto era *cazar en el zoológico*? Pues en su caso lo es, pero si aparece un celular con número del Paraguay la cacería deja de hacerse en el zoológico para expandir su campo al infinito. Por experiencia le digo que nadie pedirá al Paraguay información de un celular presuntamente de un narco, y si se hiciera, la información no sería creíble para un jurado. Y le recuerdo que el *Mercedes Benz* tiene el paso registrado en la aduana de Clorinda en diversas oportunidades, lo que hace presumir que el hombre podría tener algo que ver con el narcotráfico. En resumen: de un caso de fácil resolución y enfocado en una sola persona —usted— pasamos a un caso sin pruebas ciertas, con infinidad de posibles asesinos, con ramificaciones internacionales y, como frutilla del postre, incorporamos la palabra “*narco*”, que con seguridad usted no lo es y por lo tanto lo aleja de la investigación. Nadie va a mandar preso a un viudo en esas condiciones, y el caso pasará a los anales policiales como “*no resuelto*”.

—Inspector, voy entendiendo todo menos adonde quiere llegar.

—¿Adonde quiero llegar? A que usted comprenda que yo estoy en condiciones de producir dos informes opuestos: el primero —llamémoslo Informe “A”— lo manda a usted de cabeza a la cárcel por el resto de sus días, y el segundo —el Informe “B”— lo libera para siempre del problema y usted sigue su vida normal. La elección es suya y tiene para usted un costo monetario. Si no estuviera de acuerdo con mi propuesta yo me retiro en este instante, presento el informe “A” y ambos seguimos nuestros caminos. Esta reunión nunca tuvo lugar y solo habremos perdido las tres horas que insumió. Si usted valora el resto de su vida en libertad me paga el servicio y yo presento el informe “B”. No es tan complicado. El precio de mi silencio es de cien mil dólares, nada en comparación con el riesgo que asumo y el beneficio para usted de seguir viviendo en libertad.

—¿Y de dónde cree que puedo sacar cien mil dólares?

—No es tan difícil para un hombre de su condición social. Puede ser del Banco, o puede solicitarlos a uno de sus amigos ricos, que entiendo que son varios. Propóngales un negocio de inversión, o algo similar. Ya se le va a ocurrir. De cualquier manera ese no es mi problema, es el suyo.

—Digamos que acepto, y en ese caso ¿cómo lo instrumentamos? ¿Y cómo sé que usted cumplirá?

—Yo prepararé los dos informe mencionados: el “A” y el “B”, y los guardaré en mi caja fuerte junto con su celular adherido al cinturón y el segundo teléfono del occiso masculino. En una semana nos encontramos en un lugar predetermi-

nado, usted lleva el dinero y yo llevo el informe “A” y los otros dos elementos. Hacemos el intercambio y no nos vemos nunca más en la vida. No es tan complicado.

—Pero yo tengo que ver si consigo el dinero, usted se cree que es muy fácil, pero no lo es, y menos en tan corto tiempo. Además no estoy seguro de querer hacerlo, porque soy inocente.

—Haremos así: En siete días, o sea el jueves 30 de julio a las 20 horas nos encontraremos en la esquina de la colectora de la Ruta 16 con la calle de tierra que entra hacia el norte entre *Musimundo* y *Hierros Líder*, ¿la ubica?

—Sí.

—Entramos unos doscientos metros por esa calle, hacemos el intercambio y partimos cada uno para su lado. Yo conozco su camioneta así que le haré un breve destello de luces. Sea puntual.

—Ahá.

—Si no consiguiera el dinero, o si le parece que es mejor estar tras las rejas que perder cien mil dólares, haremos lo siguiente: El miércoles 29 de julio a las 20 horas, o sea 24 horas antes del encuentro en la ruta, concurra al café Martínez con un cartelito que diga “A” ó con uno que diga “B”. Siéntese en la mesa contra el vidrio más alejada de la puerta de entrada, sobre su derecha. Usualmente está vacía porque enfrenta al mostrador desde muy cerca y la gente la evita. Disimuladamente pegue bajo la tabla de la mesa el cartelito elegido. Yo iré a tomar un café a las 20:30 despegaré el cartelito y sabré su respuesta. Si dice “A”, al día siguiente

vamos, si dice “B” significa que el intercambio no se hará. Piénselo, ahora la jugada está en sus manos. Ni se le ocurra llamarme o ir por mi oficina, le recuerdo que no nos conocemos y no lo recibiré.

—De acuerdo, lo pensaré y le daré mi respuesta.

—Ahora debo irme. Usted me acompañará hasta el garaje y saldremos en su camioneta. No quiero que me vean. Vaya a dar una vuelta o a cargar combustible y regrese al terminar.

Esteban y el Inspector Miranda bajaron hasta la cochera por el ascensor de servicio, y a continuación subieron a la *Toyota*. El portón se abrió y salieron a la calle. A las dos cuadras el Inspector pidió que se detuviera para bajarse. Antes de hacerlo dijo:

—Que linda camioneta, algún día será mía.

Y ese fue su error.

Esteban no supo que responder, y el Inspector se bajó y se perdió de vista en un instante. Condujo hasta la estación de servicios, completó el tanque y regresó a su casa. Eran las once de la noche de un día larguísimo. Se metió a la cama y tardó un buen tiempo en conciliar el sueño, se sentía acorralado y no era capaz de discernir si todo lo relatado por el Inspector era simplemente una fábula o si las posibilidades de terminar injustamente pudriéndose en un calabozo eran su opción más probable. No podría discutir el tema con nadie, iba a tener que decidir en soledad. Al día siguiente vería las cosas con más claridad. Terminó durmiéndose y soñando con Eleonora.

A la mañana del día siguiente, viernes 24 de julio, Esteban decidió que se quedaría en su casa y reflexionaría sobre la extraña visita del día anterior. Debía planear concienzudamente los pasos a seguir, porque de eso dependía su futuro. Tenía sobre la mesa el libro de Vargas Llosa y el ensayo de Benites. Al primero lo colocó en su alejado nicho de la biblioteca porque el sexo compartido y la permisividad que ofrecía la lectura de las aventuras de doña Lucrecia y don Rigoberto habían dejado de ser una opción. Eleonora había muerto. Decidió que la postura de Benites frente a los problemas de la civilización podía darle alguna pista de cómo actuar. La posición del ensayo "*Last Man Standing*" era, a su entender, la de un hombre desesperado —y él también lo era— porque conociendo los problemas del Mundo no lograba hacerse oír para encontrar las soluciones indispensables para la supervivencia. Adaptando la idea del ensayo a su caso personal, Esteban sentía que si bien él era inocente de lo que se le acusaba no iba a lograr ser escuchado por las instituciones policiales y judiciales que decidirían su destino, y probablemente tampoco por su entorno social. La información objetiva y pragmática que manejaba Benites en su ensayo indicaba una cosa, pero el Mundo y sus instituciones no podían o no querían escuchar la realidad. Benites no lograba demostrar sus conclusiones dramáticas en un entorno que por ahora vivía pletórico de recursos, porque lo que él relataba ocurriría en tiempos que la gente común no maneja. Todos saben qué van a hacer el lunes a la mañana, pero pocos toman precauciones sobre hechos distantes. De igual manera, la realidad objetiva del caso de Esteban era que era inocente —nadie lo sabía mejor que él mismo— pero el entorno no iba a aceptar sus explicaciones porque las pruebas indicaban otra cosa, y los policías, los jueces y la sociedad misma estaban programados para creer solo lo que veían en ese momento y frente a sus narices. Tal le aseguró el Inspector Miranda en la víspera, sería condenado.

A esa altura del análisis Esteban comprendió que de la misma manera que Benites concluía que debía actuar en soledad y tomando sus propios recaudos para salvase, él estaba en una situación similar. Debería planificar los pasos a seguir para convertirse en una suerte de *último hombre en quedar de pie*. Ya ni siquiera era relevante la *verdad* en su sentido estricto, porque no era demostrable. Y lo que no es demostrable no existe en este mundo estructurado e indolente. Tampoco sería relevante de acá en mas jugar según las reglas, porque el *último hombre en quedar de pie* logrará serlo solo si está dispuesto a utilizar todo tipo de armas, lícitas o no. Solo si está dispuesto a ver caer a su alrededor al resto de los contendientes, en lucha franca o a traición, y si se despoja de sentimientos y códigos. Una vez tomada la decisión de la supervivencia a toda costa, se deja atrás tantas cosas que el camino no tiene retorno. Esteban decidió jugar, no iba a podrirse en una cárcel por un crimen que no cometió. Con la decisión tomada comenzó con las tareas de planificación de su futuro accionar, materia que era su especialidad cuando a campos se refería y que podría adaptarse a las actuales circunstancias. Se sabía un gran planificador, y lo utilizaría para salvar su cuero.

Sobre el mediodía se comunicó con Fede para enterarse de las novedades de los campos y darle instrucciones de las actividades a realizar. Habló con total normalidad y no dejó entrever nada de lo que tenía en mente. A partir de ahora retomaría su rol de gran simulador.

Al día siguiente, viernes 24 de julio, la camioneta de Esteban dejó su lugar en la cochera y tomó por la avenida Sarmiento hacia las afueras de la ciudad. Iba a baja velocidad y llevaba sobre el asiento del acompañante una libreta y una birome lista para ser utilizada. Cada tanto se detenía en la banquina y Esteban realizaba rápidas anotaciones. Llegado

a la ruta de circunvalación pasó bajo el puente y dobló hacia el oeste. Siempre a baja velocidad circuló hasta la Ruta Nacional número 11, tomó la rotonda y salió por la segunda boca, la que lo condujo a la Ruta Nacional número 16 con rumbo oeste. Manejó hasta la estación de peaje de Makallé, pero 100 metros antes de cruzarla giró 180 grados y retornó unos kilómetros hasta un camino de tierra que entra al norte y que con diversas curvas y contracurvas permite esquivar el aludido peaje saliendo nuevamente a la Ruta 16. Memorizó este recorrido y tomó algunas referencias en su libreta. Vuelto a la Ruta 16 continuó con rumbo oeste hasta la localidad de Lapachito, y pocos kilómetros después dobló a la derecha por la Ruta Provincial 9 que lo condujo a La Escondida. Pasó frente a la entrada del pueblo y siguió unos kilómetros más hasta cruzar el puente sobre el río Negro. Visualizó la tranquera de la Reserva Ecológica Privada *Loro Cuá* de su amigo Pedro Irizar. Verificó que no hubiera gente ni vehículos a distancia visual y se bajó de la *Toyota*. Desprendió de su cinturón el llavero y de entre el manojo de llaves verificó que la de la manchita roja en esmalte accionara el candado. El aparatito se abrió. Agradeció que su amigo Irizar le hubiera dado copia del candado de acceso a la Reserva y que no hubiera habido modificaciones inesperadas. Volvió a la camioneta y desandó el camino a Resistencia haciendo el mismo recorrido que a la ida.

Cuando llegó a su casa se preparó un sencillo almuerzo y se fue a dormir la siesta. Pensó brevemente en Eleonora hasta que el sueño lo venció y lo transportó a momentos felices de su vida en donde ella estaba viva y compartiendo las usuales vacaciones en Brasil. La vio corriendo por las arenas blancas de *Camboriú* y entrando grácilmente al agua con su bikini diminuto. Amelia y Fede jugaban en la sombrilla con baldes y moldes plásticos.

Una hora después se despertó, se preparó un café, y se sentó a la mesa del comedor con su libreta y un block de hojas. Trabajó un rato volcando las anotaciones de la mañana en un improvisado plano dibujado a mano alzada. Agregó cruces y circulitos y puso algunas letras a su lado. Cuando hubo terminado dobló la hoja, la colocó en un sobre y se dirigió a la biblioteca. Levantó un falso fondo de la tabla inferior y acomodó el sobre. El primer paso de su plan de acción estaba terminado. Ahora disponía de un relevamiento completo de las cámaras de seguridad que registraban el trayecto desde su casa hasta la reserva *Loro Cuá*. Distintas letras distinguían las cámaras de los negocios particulares (P), de las de las calles (C), y de las que en la ruta toman las patentes de los automóviles que viajan a exceso de velocidad (V). Cuando lo necesitara podría esquivar a cada una de ellas mediante cortos desvíos por calles aledañas. La única cámara imposible de evitar era la del peaje de Makallé, que es una suerte de embudo por el que deben pasar todos los vehículos que se dirigen al oeste. Pero haber recordado el viejo desvío que utilizaban los camioneros para ahorrarse el peaje solucionaría el inconveniente.

Había decidido registrar toda la información necesaria en papel porque más tarde podría ser quemado y desaparecerían los rastros. No más *nubes* indiscretas en su vida que luego podrían ser utilizadas para recuperar datos de su accionar. Incluso durante su viaje de exploración Esteban había evitado hacer y recibir llamadas telefónicas poniendo su celular en *modo avión*.

El sábado 25 de julio Esteban fue a comer un asado a casa de unos amigos. Utilizó sus dotes de gran simulador y se mostró distendido y dispuesto a conversar sobre eventos vividos en conjunto, que por supuesto incluían a Eleonora.

Desde el domingo 26 de julio y hasta el miércoles 29, Esteban desarrolló una vida normal, incluso ocupándose de cuestiones agropecuarias y hablando en diversas oportunidades con Fede. Se mostró en los comercios habituales, concurrió al Banco y aceptó una invitación de *Iván O'Farrell SRL* para presenciar un remate de hacienda.

El miércoles 29 a las 19:30 se dirigió caminado al Café Martínez. Llevaba en su bolsillo un papelito y una cinta adhesiva de doble faz. Consiguió lugar en la mesa acordada con el Inspector Miranda y pidió una cerveza Corona, su favorita. Sacó el papelito y lo miró por última vez. Tenía una “A”. Lo pegó bajo la tabla de la mesa. A las 20:15 se paró y se fue. Las cartas estaban tiradas, no habría marcha atrás.

Llegó así el jueves 30 de julio, el día acordado con el Inspector Miranda para el intercambio. Esteban preparó todo lo necesario con tiempo. Buscó un bolso de dimensiones suficientes como para cargar el dinero, puso en su interior una muda de ropa completa y un par de guantes de látex de los que se usan en inseminación artificial, abrió el cierre relámpago de la solapa del bolso y acomodó el planito con la localización de las cámaras de seguridad, cargó en la caja de la camioneta una pala de punta, un par de latas triangulares de *Fluido Manchester* y un rollo de polietileno negro, y a continuación desenrolló sobre los bordes laterales de la caja de la *Toyota* el cobertor de lona plastificada que usaba para casos de lluvia. Bajo el asiento delantero puso el machete marca *Bellota* que usualmente llevaba para limpiar las picadas de los campos, y finalmente cambió la configuración de su celular a *modo avión*. Saludó al encargado del edificio –Benito– comentándole como al pasar que se iba al campo y que regresaría al día siguiente. A las 19:15 arrancó su camioneta y partió.

Condujo con cuidado esquivando por calles laterales todas y cada una de las cámaras de seguridad de su informe, cuya localización a esta altura conocía de memoria. Apenas superó el puente de la avenida de circunvalación y dobló a la izquierda, Esteban se puso a pensar en el Inspector Miranda. ¿Quién sería ese hombrecito de aspecto frágil y anteojos de plástico que con total frialdad le había asegurado que tenía la potestad de mandarlo a la cárcel de por vida? ¿Cómo era posible que su sola firma en un informe de criminalística pudiera decidir los destinos de las personas? ¿Dónde estaba la razonabilidad de los sistemas en boga en nuestra organización social que daban semejante poder a una institución como la policial, tantas veces sospechada de corrupta? ¿Tendría el Inspector Miranda familia, mujer e hijos que disfrutarían de los frutos de la corrupción del padre sin cuestionarse la procedencia de recursos superiores a sus ingresos oficiales?

Decidió que esas preguntas no eran más procedentes bajo su nueva óptica de “*Last Man Standing*” porque al adoptar esa actitud extrema había expresamente renunciado a cuanto paradigma y norma regía a la sociedad convencional. Lo único procedente bajo la lógica de su nueva cofradía de incomprendidos de este mundo, era sobrevivir. No habría medias tintas, e incluso los daños colaterales de cualquier acción que realizara en lo sucesivo, eran irrelevantes. Un soldado en combate no se cuestiona si su oponente va a dejar una viuda y varios hijos indefensos, simplemente dispara o muere. Si quería ser *el último hombre en quedar de pie* tenía que estar dispuesto a acciones extremas. Quién sobrevive en soledad en el campo de batalla lo hace porque en el camino mató a todos los demás.

De repente se dio cuenta de que debía desviarse hacia la colectora para hacer las últimas cuadras antes de pasar frente

a *Musimundo*. Puso el guiño y dobló a su derecha, e inmediatamente a su izquierda. Entraba a zona de *alerta naranja* en su nueva percepción de combatiente, y aguzó los sentidos para descubrir cualquier anormalidad. Pasó frente a *Musimundo* con sus inmensos galpones, anduvo unos metros más y se detuvo a un costado del camino buscando no interrumpir el tráfico, que si bien es casi nulo a esas horas ajenas al horario comercial, de tanto en tanto traía algún vehículo solitario. Estaba en *zona roja*, justo en la intersección acordada. El reloj digital del tablero le indicó las 19:47, había llegado perfectamente en horario.

Luego de los diez minutos más largos de su vida vio que unas luces venían por la colectora pero en sentido opuesto al suyo. Al llegar al cruce de la calle de tierra el vehículo produjo dos leves destellos de luz alta y sin detenerse dobló a su izquierda y siguió su marcha. Esteban lo siguió. Registró que era un Chevrolet Corsa bastante nuevo.

Doscientos metros más adelante las luces de freno se encendieron y el pequeño auto se detuvo sobre la derecha de la calzada. Esteban hizo lo propio cinco metros más atrás. No había casas ni vestigios de civilización, solo pastizales descuidados en la cuneta. Ambos hombres se apearon y se aproximaron uno al otro. Se saludaron solo con un breve cabeceo, sin estrecharse la mano. El primero en hablar fue el Inspector Miranda.

—¿Trajo usted lo convenido?

—Sí, y supongo que usted también. ¿Correcto?

—Por supuesto.

—Inspector, por cuestiones que usted entenderá, quiero verificar que el celular que me entrega es el que me pertenece, lo mismo que el cinturón-estuche.

—De acuerdo, y si quiere hojee el informe. Quédese tranquilo que es el convenido, porque sin el celular que le entrego yo no podría presentar al Juzgado el informe que lo incrimina.

Esteban revisó el teléfono e inmediatamente constató que era el suyo, lo mismo que el inconfundible cinturón. Al informe no lo miró porque implicaría demasiado tiempo y además no lo entendería.

—Tengo un bolso en el asiento de atrás de mi camioneta con lo prometido, Inspector. Venga con su informe y el celular y haremos el intercambio.

Ambos caminaron los cinco metros que los separaba de la camioneta y Esteban abrió la puerta del conductor y estirando el brazo tomó el bolso que descansaba en asiento trasero. Se lo entregó al Inspector que se dispuso a abrirlo para verificar su contenido, para lo cual se alejó un par de metros. Comenzó a manipular las correas del cierre sin saber que sería la última cosa que haría en su vida. El machete *Bellota* salió de debajo del asiento y describiendo un prolijo arco de 180 grados cayó sobre el cuello del Inspector Miranda. La yugular seccionada despidió un chorro de sangre oscura que roció el polvo de la calle mientras el inspector se contorsionaba como una odalisca. Un Esteban impávido se alejó para no resultar salpicado. Pronto el Inspector quedó inmóvil, acurrucado en medio de la calzada. Con frialdad profesional Esteban verificó que no hubiera nadie en las proximidades y sacó su libretita con el protocolo a seguir. La lista, si bien breve, detallaba hasta

el último aspecto que era necesario contemplar para no dejar pruebas de lo sucedido. Decía:

Juntar: 1- informe, 2- celular, 3- cinturón-estuche, 4- anteojos plásticos, 5- machete, 6- bolso;

Hacer: 1- vaciar bolso, 2- extender plástico, 3- cuerpo a caja, 4- tierra sobre sangre, 5- sangre en ropa, 6- guantes plásticos, 7- revisión final

Esteban tomó una bolsa de residuos preparada al efecto y colocó en ella los artículos mencionados en el protocolo *Juntar*, salvo el contenido del bolso con correas, que puso en la camioneta en un nuevo bolso que hasta el momento permanecía vacío. Era ropa y enseres personales.

Pasó al protocolo *Hacer*: extendió el polietileno negro sobre el piso de la caja de la camioneta y arrastró el cuerpo del Inspector hasta ponerlo en posición para levantarlo. Efectuó la tarea intentando no mancharse de rojo. Caminó con una linterna por el sector donde el Inspector produjo su danza de la muerte y tapó con polvo del camino las manchas de sangre. Esta tarea le tomó unos minutos hasta que lo dejó satisfecho. Luego revisó su propia ropa y vio que solo tenía sangre en la manga de su camisa. Se la sacó y la colocó en la bolsa de residuos, y a renglón seguido se puso una limpia del bolso de mudas. Se calzó los guantes de látex con rapidez y verificó concienzudamente que ningún indicio de lo sucedido quedara sin atender en la escena de la muerte. Una vez satisfecho verificó que no hubiera nadie a distancia visual, cerró la puerta del *Chevrolet* y se dirigió a la camioneta.

Condujo unos cien metros adicionales antes de hacer la maniobra de giro y retorno, para no dejar más huellas que las

necesarias en la escena. Manejó las dos cuabras que lo separaban de la colectora, dobló a la derecha, y cuando estuvo a unos 30 metros del acceso a *Hierros Líder* estacionó a un costado. Con esto lograría que un potencial ladrón se sintiera disuadido por la garita de vigilancia de ese importante comercio. Cerró con llave y regresó caminando a paso vivo hasta el *Chevrolet Corsa*. Se sentó en el asiento del conductor, arrancó, y avanzó algo más de cien metros antes de girar ciento ochenta grados y retomar la calle de tierra rumbo a la colectora. Al pasar por el lugar del intercambio bajó la velocidad, puso las luces altas y verificó que nada demostrara que allí había sucedido algo fuera de lo normal. Satisfecho, continuó su marcha.

Condujo el pequeño auto por calles secundarias hasta la avenida Soberanía Nacional a la altura de la Terminal de Colectivos, allí cruzó el canal colector de aguas y estacionó a un costado. Entraba a una de las zonas más *calientes* del conurbano de Resistencia. Dejó las llaves puestas, retiró la documentación de la guantera, se sacó los guantes de látex y se retiró caminando hasta la Terminal. Con esta maniobra se aseguraba que el auto fuera prontamente robado y probablemente desguazado en no más de 48 horas.

En la Terminal de Colectivos tomó un taxi como haría cualquier pasajero recién llegado. Pidió al chofer ser llevado al cine del *Hipermercado Libertad*, sobre la misma colectora que estaba su *Toyota* pero unos mil metros hacia el este. De ahí caminó hasta su camioneta y verificó que todo estuviera como lo había dejado. Eran las diez de la noche. Se puso en marcha y siguiendo nuevamente la senda libre de cámaras de su planito casero, manejó rumbo al oeste, exactamente por el camino que había hecho el sábado anterior. Esquivó el peaje

de Makallé y condujo con precaución hasta la tranquera de la Reserva *Loro Cuá*.

Esteban se bajó para abrir la tranquera y vio con preocupación que del flanco sur se veían relámpagos lejanos que auguraban una tormenta en las próximas horas. Activó por unos momentos su celular, buscó el pronóstico horario del tiempo y respiró aliviado al ver que disponía de algo más de cuatro horas antes de que el frente pasara por la latitud en que se encontraba. Volvió a colocar el *modo avión* para evitar que una llamada fuera de horario delatara su ubicación. Abrió la tranquera, apagó las luces dejando solo las de posición, y comenzó la marcha a muy baja velocidad en busca de las picadas que él mismo había diagramado para su amigo Pedro Irizar. Cuando enfrentó la primera se introdujo por ella y manejó unos quince minutos hasta que encontró un lugar que le resultó apropiado. Detuvo la camioneta, abrió la tapa de la caja posterior y extrajo la pala de punta. Se alejó unos metros a la derecha de la picada y comenzó a cavar. Al cabo de una media hora una zanja de un metro ochenta de largo por cincuenta centímetros de ancho y un metro de profundidad estaba terminada y lista para recibir su carga. Bajó el cuerpo del Inspector Miranda de la camioneta y sacó el machete del bolso plástico. Puso las manos del cadáver sobre un palo seco que descansaba en el piso y le cortó los dedos uno a uno. Recogió los diez trocitos y los guardó en una bolsita con *zip-lock*. Arrastró el cuerpo hasta el borde de la zanja y lo desnudó. Verificó que no tuviera cadenas o anillos y lo lanzó hasta el fondo. Colocó la ropa del Inspector Miranda en la bolsa de residuos y la cerró, y acto seguido comenzó a echar tierra hasta cubrir la zanja completamente. A medida que lo hacía apisonaba con sus borceguíes para que sobrra la menor cantidad de tierra posible una vez concluida la tarea de relleno. Luego retiró de la camioneta las dos latas

de *Fluido Manchester* y desparramó su contenido sobre la tumba, a sabiendas de que la fauna silvestre es repelida por el olor que produce ese desinfectante. En las noches dormidas a campo en su juventud solía utilizarlo para repeler a las víboras, y en esta oportunidad serviría para que algún carroñero indiscreto no le arruinara la fiesta escarbando y exponiendo el cadáver.

Cuando la nefasta tarea fue concluida, Esteban desparramó hojarasca sobre la tumba hasta que quedó perfectamente disimulada, cargó todos los elementos en la camioneta y partió. Al bajarse en la tranquera observó que la tormenta estaba mucho más cerca. Eran las doce de la noche, y su experiencia campestre le decía que antes del amanecer caería una buena cantidad de agua. Era una muy buena noticia porque se borrarían las huellas de la camioneta en la picada, cuestión que constituía el único cabo suelto que podía revelar su presencia en el lugar.

Condujo de regreso hacia Resistencia y tomó el desvío de tierra que esquivaba el peaje. A esa hora era una boca de lobo, y seguramente nadie lo transitaría hasta el día siguiente. A mitad de trayecto detuvo la camioneta y bajó el polietileno negro, la bolsa de residuos y el *zip-lock* con los dedos del Inspector Miranda. Nuevamente sacó su libreta de anotaciones y la abrió en otra hoja donde figuraba un nuevo protocolo.

Se llamaba *quemar* y decía: 1- expediente, 2- polietileno 3- ropa con sangre, 4- ropa Inspector, 5- celular, 6- cinturón, 7- bolso, 8- bolsa de residuos, 9- dedos, 10- plano cámaras, 11- guantes látex, 12- esta libreta.

Arrimó la llama de un encendedor al expediente, que ardió al instante, y sobre esa llama puso la carpa de plástico ne-

gro que también ardió con facilidad. Sobre esa enorme fogata arrojó la ropa, el celular, el cinturón con velcro, el bolso, los guantes de látex, el *zip-lock* con los dedos y la bolsa de residuos, y luego agregó el planito y la propia libreta de instrucciones. Se quedó observando el fuego hasta su extinción, y en el tiempo de espera puso a un costado de las llamas la hoja del machete para eliminar todo vestigio de sangre en su superficie. Era la una de la mañana del viernes 31 de julio. La tormenta estaba más cerca, era prudente salir de ese camino de tierra a la brevedad.

El resto del viaje a su casa no tuvo sobresaltos y Esteban arribó pasadas las dos de la mañana cuando la lluvia estaba sobre su cabeza. Esa bendita tormenta le confería además la perfecta explicación a Benito por su regreso anticipado. Esta vez una *nube*, si bien de tormenta, jugaría a su favor borrando huellas y dando una explicación a su arribo anticipado. La vez anterior que había escuchado el vocablo *nube* –de boca del técnico informático Germán– se desencadenaron una serie de episodios que derivaron en la destrucción de su vida matrimonial y en la muerte de Eleonora. Hay nubes y nubes, pensó.

Se bañó, puso en el lavarropas toda la ropa que traía puesta, y se metió en la cama. Se sentía tranquilo y sin remordimientos, haber adoptado la postura de “*The Last Man Standing*” le confería un salvoconducto imprescindible para sobrevivir sin culpa. Cada vez comprendía mejor la actitud de Benites. Se durmió pensando en Eleonora y su camión cortito.

Por la mañana tomó un desayuno doble porque no había comido la noche anterior, y llamó a su grupo de *extranjeros* para organizar una salida a cenar. Hasta la muerte de Eleonora era costumbre de los matrimonios amigos salir juntos

los viernes o los sábados a la noche y Esteban quería retomar esa buena costumbre. Preguntó si aceptarían llevar a un pobre viudo con ellos, broma que todos respondieron con alegría porque demostraba una cicatrización del dolor del amigo en desgracia.

A primera hora de la tarde sacó del garaje su camioneta y fue hasta la Terminal de Colectivos, no sin antes pasar brevemente por el puente sobre la colectora de aguas y verificar con beneplácito que el *Chevrolet Corsa* había desaparecido de su lugar de estacionamiento. Supuso que a esa hora estaría siendo desarmado para proporcionar repuestos al mercado negro, porque esos modelos de automóvil son los mas buscados por los cacos. De regreso a casa dejó su camioneta a lavar en la estación de servicios *Shell* donde usualmente concurría, y solicitó un lavado integral, incluido el chasis y la caja. Las poderosas mangueras a presión borrarían cualquier vestigio que pudiera haberse escapado de su vista. Consideraba que con ese último paso nada más podía relacionarlo con la desaparición del Inspector Miranda. El transcurrir del tiempo diría otra cosa.

El lunes 2 de agosto amaneció frío, pero Esteban salió a caminar y a comprar el diario local para hacer un seguimiento de las novedades policiales. Más tarde llamó al Comisario Andino y se enteró de que no había aún elementos nuevos en el expediente, pero que estaban a la espera del informe de la División de Criminalística que les habían prometido para ese día. Quedó en llamar el miércoles cinco.

El día propuesto volvió a comunicarse con Andino quién lo citó a su oficina. Una vez allí se entabló el siguiente diálogo:

—La demora en comunicarle novedades se debe a que la División de Criminalística es quién debe producir el expediente

que nos da información para efectuar tareas de calle, detenciones, etc. Las tareas que a mi Departamento competen, como recoger testimonios, buscar personas y recoger pruebas, ya fueron realizadas. Lamentablemente, y por un motivo que no alcanzo a entender, el encargado de la investigación del crimen de Juan Moro 490 se ausentó a partir del jueves pasado y no sabemos dónde está. Su familia dijo que salió de su casa a las 19 horas de ese día y ya no regresó. A modo de infidencia nos enteramos por sus compañeros de trabajo que su matrimonio era un caos y que estaba a punto de separarse de su esposa. Como su vehículo tampoco aparece calculo que –y esto es extraoficial– el hombre se mandó a mudar. A veces se cometen esos errores en momentos de furia, pero luego se recapacita porque no es tan fácil abandonar el trabajo y las obligaciones familiares. Con seguridad el hombre aparecerá en los próximos días, pero eso no es lo que quería comunicarle.

—Adelante Comisario, lo escucho.

—Sabemos que el informe en cuestión está concluido y como el simple transcurrir del tiempo juega a favor del delincuente, he solicitado a Criminalística que si en dos días no se hace presente el Inspector encargado de confeccionarlo se me lo envíe con la firma de su segundo a cargo. O sea que si usted tiene a bien visitarme el viernes 7 de agosto en horario vespertino, volveremos a conversar.

—Acá estaré Comisario, necesito saber quién asesinó a mi esposa. Gracias.

El día estipulado Esteban estaba nuevamente sentado frente al Comisario, y notó que sobre su escritorio descansaba un informe en apariencia idéntico al que él había quemado.

—Dispongo del informe señor, y quiero que lo discutamos para ver si usted puede realizar algún aporte a la investigación.

—Adelante Comisario.

—Usted ya conoce los detalles de la situación en que su esposa fue encontrada. El hombre que la acompañaba se llamaba Hugo Muñoz, de 42 años, divorciado y domiciliado en la localidad de Clorinda, provincia de Formosa.

—¿Le dice algo ese nombre? —continuó el Comisario.

—En absoluto.

—El informe habla de cierta obsesión de su parte en el seguimiento de su esposa infiel, lo que hasta donde la experiencia me indica es un comportamiento normal para un hombre que se sabe engañado. En un primer momento enfocamos la investigación en su persona, porque usualmente los cónyuges son los asesinos de sus parejas en casos de infidelidad. Pero una visión más completa de las pruebas encontradas indican —de forma preliminar, claro está— que el o los asesinos pueden haber venido de otra parte. No son mano de obra local, creemos, porque nuestros confidentes del mundillo subterráneo se mostraron completamente desconcertados cuando los interrogamos al respecto.

—¿Quién es Hugo Muñoz, Comisario?

—Hugo Muñoz es un correo del narcotráfico, o sea el que traslada mensajes verbales, y en algunos casos dinero producto del ilícito. Los traslados de la mercadería física van por otros carriles, usted leerá frecuentemente en los diarios

que se decomisan cargas de marihuana y de drogas pesadas en las rutas gracias a las tareas de Gendarmería, o en los ríos gracias al aporte de la Prefectura. Pero rara vez se decomisa dinero, porque eso va por otra vía. Se entiende que si para este lado viene droga, para el opuesto debe ir dinero. Además los mensajes importantes se envían verbalmente, porque el hampa desconfía de celulares y computadoras dado que esos instrumentos son “*pinchables*” por las fuerzas de seguridad y espionaje, y además dejan rastros judicializables. ¿Tiene algo que aportar?

—Nada, soy el primer sorprendido.

—En la escena del crimen se encontró un teléfono celular con número de Asunción, de esos que no se identifican fácilmente porque no tienen titularidad explícita. Generalmente son robados, y vendidos tantas veces en el submundo del hampa que cuando uno llega a su dueño original termina siendo una viejita a la que le arrebataron la cartera hace meses y no hizo la denuncia. Fuera de este teléfono —el único descuido de los criminales— no hay nada más. No hay huellas digitales y no hay arma. Muy profesional. ¿Me sigue?

—Perfectamente, Comisario.

—Se concluye hasta ahora, y el fiscal coincide con nosotros, que el mencionado Muñoz —que cuenta con algunos antecedentes, si bien no con condenas— estaba realizando su tarea de correo narco, y que en sus estadías en Resistencia mantenía una relación amorosa con su esposa. Por algún motivo que nunca sabremos cometió un error o quebrantó algún código, y sicarios enviados del Paraguay dieron cuenta de él. Lamentablemente su esposa estaba en la casa, y esta gente no deja testigos.

—¿Debo suponer que nunca se sabrá mucho más, Comisario?

—Es poco probable, porque nuestro intercambio de datos con la policía paraguaya es casi nulo, y los sicarios deben haber cruzado en bote el río Paraguay o el río Paraná, y una vez en territorio argentino es muy sencillo llegar a Resistencia sin ser detectados. Lo mismo habrán hecho cuando huyeron. De cualquier manera estaremos atentos, a veces ocurren milagros, pero para nosotros el caso está en suspenso y no hay mucho más que podamos hacer, para serle totalmente franco.

—Agradezco su franqueza Comisario Andino. Manténgame informado, por favor.

—Quédese tranquilo, ante cualquier novedad me comunico.

El Inspector Miranda había hecho bien su trabajo, dedujo Esteban, y había puesto a la policía en una ruta investigativa que enfrentaba un callejón sin salida. Paradójicamente, y salvo detalles, seguramente se había acercado sin saberlo a la verdad, porque si bien el Inspector estaba convencido de que el asesino era Esteban, lo más probable es que Hugo Muñoz hubiera sido muerto por alguien relacionado a su turbio trabajo. La única persona en este mundo que sabía que Esteban no era el asesino era él mismo, pero no lo podía probar. El inspector había pagado el precio a su incredulidad con su vida y él, el “*Last Man Standing*”, había ganado su primer batalla.

Esa misma noche sus amigos *extranjeros* lo llevaron a cenar a un restaurante de Corrientes, y encontraron a un Esteban compuesto y en vías de una segura recuperación. Conversaron abiertamente sobre Eleonora y los buenos tiempos vividos du-

rante las vacaciones en conjunto. El gran simulador jugó muy bien su papel.

El sábado 8 de agosto Esteban fue a lo de Fede a almorzar y a interiorizarse de cómo estaba llevando su propio duelo. Luego le agradeció por haberse hecho cargo de las tareas de los campos y planificaron en conjunto las actividades futuras. Era época de parición y pronto comenzaría el servicio, cuestión que definiría en buena medida la rentabilidad del negocio.

A partir del domingo 9 y durante toda la semana siguiente Esteban repartió su tiempo entre actividades relacionadas con las administraciones y ciertas lecturas que se había propuesto realizar. Decidió terminar de leer las andanzas de doña Lucrecia y de don Rigoberto simplemente para enterarse de cómo se había ingeniado Vargas Llosa para arribar a un final feliz luego de tanto erotismo fuera de normas y de tanta permisividad sexual enfermiza. En esta oportunidad doña Lucrecia se disfrazaba de prostituta y se dirigía al hotel *Sheraton* en donde terminaba luego de muchos episodios menores en la cama con otra prostituta y un gordo que soñaba con tener una relación de a tres. Las vívidas descripciones de lo sucedido en esa alcoba, sumadas al hecho de que el hombre sufría de eyaculación precoz, convencieron a Esteban de saltar varias páginas y leer solo el epílogo. El final lo desilusionó por lo convencional: la pareja de doña Lucrecia y don Rigoberto se reconciliaba y luego de una última escena de cama aceitada con un racconto de las truculencias ejercidas en el pasado por la mujer, se iba de viaje a Viena con el degenerado Fonchito para ver los cuadros de *Egon Schiele* y escuchar música de Mozart. Puso el libro en una caja con otros que estaba apartando para donar a la parroquia, seguramente el párroco le daría mejor uso que él. Interrumpió el duelo por unos momentos y largó una estruendosa carcajada. Eleonora seguramente se reiría con él.

Separó también de la biblioteca el primer libro editado por su amigo Benites intitulado “*No Somos Nada – pasado y presente de una civilización especial*” porque le intrigaba el análisis previo que había llevado al autor a emitir el ensayo “*Last Man Standing*” que él mismo había adoptado como actitud ante la vida y que lo había conducido a matar a una persona sin sentir ningún remordimiento.

El libro *No Somos Nada* contenía una apretada descripción del origen del hombre y de su recorrido por los años que llevaba de vida hasta convertirse en la especie dominante en el planeta Tierra. Relataba las ventajas logradas por haber manejado el lenguaje, cuestión que le había permitido a la postre acceder a la evolución cultural y con ella trepar a la cima de la pirámide evolutiva. Hacía también una síntesis de cómo funciona el mundo en términos físicos y biológicos, describía las fuentes de energía y de materiales que el Planeta ofrece y cuantificaba los inventarios y los consumos. Relataba también las circunstancias que habían llevado al hombre a perder la objetividad y como poco a poco las mieles de la abundancia y el confort lo habían conducido a sentirse un dios y a crear un mundo soñado pero irreal e insustentable. Pero lo que más llamó la atención de Esteban era el desencanto de Benites con su propia especie, a la que veía incapaz de tomar las medidas que la conducirían a consolidar sus logros. Estimaba que la civilización se encaminaba irremediablemente a su colapso autointligido sin mostrar capacidad de reacción. Su amigo sostenía que el conocimiento necesario para salvar a la civilización de su segura caída existía en todas las bibliotecas, y que un pequeño núcleo de personas –entre las que se incluía– intentaba infructuosamente alertar a sus congéneres. Hablaba de la irrelevancia individual, o sea de cómo los individuos habían perdido protagonismo a favor de corporaciones e instituciones anónimas, que rigiendo los destinos del conjunto social

tomaban las decisiones. Sostenía que el mundo debía *decrecer* hasta recuperar lo que él llamaba la *carrying capacity* –algo así como la capacidad de sustentar– del Planeta a sus habitantes. Finalmente el atribulado Benites manifestaba que no creía en el diálogo ni en ninguna otra forma de intentar convencer a sus sordos congéneres, y que se sentía un predicador en el desierto. Y es ante estas circunstancias que decidía tomar la actitud del “*Last Man Standing*” trabajando para encontrar salidas sólo para su entorno y las escasas personas dispuestas a escuchar.

Esteban cerró el libro al llegar a su última página con el convencimiento de que su situación, si bien a escala individual, era la misma. Debería defenderse solo y procurarse los mecanismos para terminar en pie los años que le restaban de vida. Era el “*Last Man Standing*” y así seguiría jugando, y de momento iba ganando uno a cero porque ya había un contendiente menos en su campo de batalla particular.

El viernes 14 de agosto a las siete de la tarde el chirrido del portero eléctrico sobresaltó a Esteban que se estaba sirviendo una copa de vino. Era Benito anunciando la llegada de un tal Rogelio Páez.

—No conozco a nadie con ese nombre, ¿no estará confundido?

—Dice que es el encargado de la Reserva del señor Pedro Irizar.

Esteban sintió un escalofrío e hizo un esfuerzo para que no se le quebrara la voz.

—Bueno, dígame que suba.

Cuando el ascensor llegó a su piso y se abrió la puerta Esteban estaba esperando en el palier. Un gaucho con sombrero en la mano, arrugado y con la piel curtida por años de sol impiadoso se asomó pidiendo permiso.

—Permiso patrón, soy Rogelio Páez, de la Reserva *Loro Cuá* de don Pedro.

—Adelante pase por favor Rogelio y tome siento. ¿Unos mates?

—Si gusta...

Esteban desapareció por unos minutos y regresó girando la bombilla para acomodarla en el mate. Luego retornó a la cocina y trajo una pava eléctrica y un repasador a rayas. Puso todo sobre la mesa y comenzó a cekar.

—¿Qué lo trae por acá, don Rogelio?

En lugar de contestar, el hombre tomó el mate y balbuceó:

—Es *usted*, es *usted*...

—¿A qué se refiere? Claro que soy yo...

—Yo a usted nunca lo había visto, porque desde que don Pedro me trasladó del campo de Corrientes el año pasado, nunca anduvo por la Reserva. Claro que conozco a su hijo Federico porque me llevó las cámaras hace cosa de dos meses. Buen muchacho, y parece bien campero.

—Es cierto, no nos conocemos.

—Ese es el motivo de mi visita, y disculpe que lo moleste un viernes a esta hora, pero son pocas las veces que vengo a la ciudad, y justo hoy tenía unos trámites que hacer.

—No se aflija, y dígame en que lo puedo ayudar.

—¿Tiene usted computadora, patrón?

—Claro, ¿por qué pregunta?

—Es mejor si la trae y yo le explico, porque hablando soy medio bruto.

Esteban arrimó la *laptop* que descansaba sobre la cómoda del dormitorio, y la posó en la mesa. Estaba encendida, por lo que solo levantó la tapa con el monitor y la luz brillante se encendió mostrando la pantalla de inicio.

—¿Me hace el favor de ponerle esto? Y don Rogelio extendió la mano callosa arrimando a Esteban una pequeña memoria azul.

—¿De dónde sacó esto?

—Es la memoria de una cámara espía, una de las seis que me llevó su hijo Federico. Soy el encargado del manejo de las cámaras, que utilizamos para fotografiar los bichos que pasan por ahí. Cuatro las tengo en las picadas, y dos en los esteros. En las picadas salen los guazunchos, los zorros, los gatos, los ciervos y los peludos, y en los esteros la carpinchada, los yacaré y los pajarracos. Se gatillan cada vez que algo se mueve, y se puede sacar fotos o películas. De día sale en colores, y de noche en blanco y negro, porque prenden el

flash. No hacen ningún ruidito, créame, para que los bichos no desconfíen, y el flash es con rayos infra... infra...

—Infrarrojos —ayudó Esteban.

—Es verdad. Eso es para que los animalitos no se asusten por el fogonazo. Además se cuelgan de los árboles y no se ven porque son color uniforme de soldado camuflado. Uno puede pasarles por el costado y no las ve, créame.

—Le creo dijo Esteban

—Cada una tiene su nombre, que se lo puso don Pedro, desde *Espía 1* hasta *Espía 6*. Llevan seis pilas para que duren bastante, y yo comprobé que aguantan tres semanas. Entonces mi trabajo es ponerlas en los mejores lugares, donde calculo que hay mas bichos, y cada 20 días más o menos las recorro, les cambio las pilas y saco las memorias para ver que cacé. Tengo una memoria de repuesto para cada máquina y entonces me llevo la que estaba puesta a mi casa y dejo la máquina trabajando sin interrupción. Así me ordenó don Pedro cuando estuvo. El campo es grande, ¿vio? Y no es cuestión de andar de balde.

Esteban empezó a intuir por donde venía la mano, pero guardó completa calma.

—En las *casas* hay un escritorio con una computadora, y don Pedro me enseñó a usarla. Mucho no entiendo, pero aprendí a ponerle las memorias y a mirar qué se ve. Salen miles de bichos, créame. Además se ve la fecha y la hora en que se gatilló la foto o la película, entonces anoto en que horario los bichos están más activos.

—¿Y esta memoria qué es?

—Esta es la memoria de la *Espía 2*, y si la pone en su computadora le muestro. Es *usted*, es *usted*.

Esteban insertó la memoria en la ranura y buscó en el *finder* el dispositivo llamado *Espía 2*. Comenzó a pasar las imágenes y videos, la mayor parte de animales silvestres caminando frente a la cámara, hasta que Rogelio le anunció:

—Ahora viene, ahora viene...

Acto seguido Esteban quedó helado. El primer video fechado 07/30/15 H 22:27 mostraba a su camioneta deteniéndose y a él abriendo la puerta y descendiendo. La filmación era en blanco y negro y con flash infrarrojo, por lo que en un primer momento era difícil identificarse. A partir de ese instante se gatillaron 45 videos más, de treinta segundos cada uno, el último fechado 07/30/15 H 23:14. Prácticamente toda su actividad funeraria estaba registrada, salvo los momentos en que se mantuvo inmóvil descansando o que se hubo alejado de la cámara. En un par de oportunidades se ve su rostro nítidamente, tan cerca del obturador que podría haberlo tocado.

—Es *usted* patrón, es *usted*. Como no nos conocíamos yo tuve dudas, solo sabía que usted era amigo de don Pedro y el papá de don Federico, pero como no estaba seguro decidí venir a verlo. No quise hacer la denuncia hasta hablar con usted, porque sé que mi patrón es su amigo. Su dirección estaba en la caja de las cámaras espía, por lo que no me costó nada llegar hasta su casa, el remís me trajo derecho desde la Terminal.

—¿Y ahora qué va a hacer?

—Ahorita me vuelvo al campo, yo soy solo y no puedo abandonar la casa.

—¿Con quién habló usted de esto?

—Con nadie patrón, con nadie. Lo descubrí esta mañana y me vine disparado para acá para estar seguro. Yo lo sospechaba, ¿sabe por qué patrón?

—No, no tengo idea.

—Porque el candado no estaba roto, y los únicos que tienen llave son don Pedro y usted. No soy tan tonto, ¿vio?

—¿Y ahora qué va a hacer?

—Ahora nada, pero mañana voy a la comisaría de *La Escondida* y hago la exposición, sino soy cómplice ¿vio? Usted si quiere escápese, váyase al Paraguay, yo no voy a contar nada de lo que hablamos acá. Ya que es amigo del patrón me gustaría ayudarle, no me importa a quién mató, seguro que se lo merecía. Además don Federico es un muchacho tan correcto... No voy a ir a la comisaría hasta el mediodía para darle tiempo a que prepare la valija y se cruce al Paraguay. Le digo que si toma un bote no hay aduana ni nada, se baja en el pajonal y listo. Ahora patroncito tengo que irme corriendo porque con tanta charla me voy a perder el último colectivo a La Escondida que sale en 20 minutos. ¿Me consigue un remis?

—Espere Rogelio, no va a llegar a tiempo, yo lo llevo.

—¿Hasta el campo patrón?

—Sí, quiero devolverle el favor. Deme un minuto para que me cambie. Mientras tanto caliente agua para el mate. Pase a la cocina, hay un termo sobre la mesada y yerba nueva en la lata azul.

Esteban entró a su dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Tenía que pensar a toda velocidad. El primer problema a resolver era el de las cámaras de seguridad de la ruta, porque con Rogelio en la camioneta no podría hacer todos los desvíos necesarios, y mucho menos el del peaje de Makallé. Por inocente que fuera el hombre sin dudas iba a sospechar algo extraño. Sacó del cajón de la cómoda la muslera elástica que había usado cuando se desgarró tiempo atrás. Comprobó su elasticidad y quedó satisfecho. Se puso ropa de campo y reemplazó sus zapatos habituales por alpargatas. No quería huellas identificables. Puso su celular en *modo avión* y supo que esa era la última acción que podría hacer en los escasos minutos que contaba. Salió del dormitorio y Rogelio estaba sentado en la silla con el termo. Especuló con que se olvidara de pedirle la memoria incriminatoria, que aún descansaba en la ranura de su computadora, pero no fue así. La extrajo y se la entregó a Rogelio, que la colocó en el bolsillo superior de su camisa *Ombú* y cerró el botón.

Bajaron a la cochera y Esteban le dijo a Rogelio que subiera al asiento del acompañante. Él se encaminó a la canilla, mojó un paño y se arrimó al frente de la *Toyota* para limpiar los faros. Mientras lo hacía simuló que se le caía el trapo y con mano rápida sacó la muslera elástica y la ciñó en la patente de lantera. El alto capot de la camioneta ocultó su maniobra a los ojos de Rogelio, y acto seguido Esteban dio por terminada la limpieza y se subió por el lado del conductor. Arrancó y salió

a la calle doblando a la izquierda como habitualmente hacía. Era consciente de que había un cierto riesgo en conducir con la patente cubierta, pero lo consideró mínimo a esas horas de la noche y máxime con los faros encandilando a un eventual inspector de tránsito. Por suerte recordaba que las cámaras de los peajes toman a los vehículos arribando, y se cuidaría muy bien de no ser fotografiado en exceso de velocidad porque esas cámaras fotografían al vehículo desde la retaguardia.

El viaje transcurrió sin sobresaltos y conversaron de diversos temas pero evitando tocar el asunto de la cámara *Espía* 2. Esteban interrogó disimuladamente a Rogelio sobre cuestiones que le interesaba conocer. Supo así que el hombre había enviudado poco antes de que Pedro Irizar lo transfiriera desde el campo de Corrientes a la Reserva *Loro Cuá*. También supo que la comunicación con su patrón era espaciada porque en *las casas*, como Rogelio denominaba al casco, no había señal. Para hablar por celular debía arrimarse a La Escondida, cuestión que solo hacía cuando había novedades que requirieran atención urgente. Finalmente le contó que don Pedro visitaría la Reserva a principios del mes siguiente para traer insumos y pagarle el sueldo. Esteban mentalmente calculó que faltaban al menos 15 días.

El termo del mate se había vaciado hacía rato al tiempo que la *Toyota* se detuvo en la entrada de *Loro Cuá*. Rogelio se bajó presuroso y abrió el candado que liberó la tranquera que se deslizó con un chirrido. Esteban pasó la camioneta, Rogelio volvió a cerrar la tranquera y retornó a su lugar. Diez minutos después llegaban a *las casas* y se detenían frente a la de Rogelio, y al apearse y agradecer la atención por traerlo preguntó:

—¿Necesita algo patrón? ¿Agua para el mate?

—Bueno, si fuera tan amable.

Esteban se bajó a estirar las piernas y esperar en la penumbra de la noche estrellada. Rogelio demoró unos minutos en aparecer con el termo. Cuando estuvo a un metro de Esteban recibió de lleno el golpe del machete *Bellota* en su cuello. La yugular desparramó su contenido, pero a diferencia del Inspector Miranda, Rogelio se quedó rígido y mirando con asombro a su matador, como buen correntino de ley. Finalmente cayó al suelo y su agonía duró escasos minutos.

Esteban no entró a la casa ni tocó nada, solo abrió el bolsillo superior de la camisa de Rogelio y extrajo la pequeña memoria azul. Cortó el botón con el filo del machete y se lo metió en el bolsillo, comprobó que tanto el termo como el mate y la bombilla estuvieran abordo y a continuación subió a la camioneta y se fue. Cuando llegó a la tranquera abrió el candado con su propia llave, cruzó al otro lado y volvió a cerrar. Caminó hasta la *Toyota* y al minuto regresó con la llave cruz que se usa para cambiar cubiertas, colocó su extremo dentro del arco que conforma el cierre del candado y dio varios golpes violentos hasta que cedió. Agradeció al cielo que la industria china fuera ordinaria porque los candados de antes le hubieran roto la muñeca. Ya no era el único que podía entrar a la Reserva, rompiendo el candado podría ser cualquiera.

Sacó la muslera elástica de la patente y regresó a Resistencia por el camino seguro, esquivando el peaje de Makallé y las demás cámaras indiscretas. Se detuvo donde había hecho la fogata un mes atrás y encendió otra mucho más modesta donde quemó el termo plástico, el mate de calabacita, el botón de la camisa de Rogelio y la memoria azul. Nuevamente puso la hoja del machete sobre la llama para asegurarse de que la sangre se evaporara. Mirando al fuego consumir

las pruebas de su crimen Esteban se sorprendió de no sentir ningún remordimiento por haber matado a ese ser puro y noble que fue Rogelio. Sabía que en su postura de “*Last Man Standing*” era necesario disponer de una frialdad extrema porque todo era válido para quedar de pie –incluso la muerte de inocentes– aunque la nobleza de ese ser sencillo y amable era casi un límite. ¿Sería capaz de matar a un niño? ¿O a una mujer? Rogó no tener que averiguarlo.

Llegó a su casa a medianoche, se pegó un baño y se fue a dormir. Eleonora no apareció esta vez en sus sueños, a lo mejor estaba disgustada.

El fin de semana fue entretenido, con los varones juntándose a ver fútbol y tomar cervezas y las mujeres contando los avances de sus nietos, sus proyectos de escapadas de compras a Buenos Aires y jugando a las cartas. Esteban cada vez más distendido y comunicativo parecía estar asimilando su nueva condición de viudo. El domingo Fede pasó por su casa y arreglaron encontrarse en Formosa al mediodía del lunes para el remate de la Sociedad Rural. Luego él viajaría al oeste a revisar unas vaquillonas y Esteban retornaría a casa.

A la tarde bajó al garaje con un spray de *Cif* y un paño y limpió meticulosamente el interior de la camioneta, sobre todo del lado del acompañante para borrar las huellas digitales de Rogelio. Pero algo tenía preocupado a Esteban, había aún un cabo suelto: las pisadas de su camioneta. Si bien suponía que nadie descubriría el cadáver muy pronto, el pronóstico del tiempo para los próximos diez días no mostraba ni una nube en el horizonte, y las huellas de la *Toyota* eran casi las únicas en el camino de entrada de la Reserva. Sacó mil quinientos dólares de sus ahorros para vacaciones de la cajita de seguridad del placar y se los puso en el bolsillo. Arrancó su

viaje a Formosa bien temprano a pesar de que solo necesitaba encontrarse con Fede en la Rural a la una del mediodía. Llegó a la ciudad a las diez de la mañana y se dirigió directamente al mercado de pulgas, donde se vende todo tipo de mercaderías contrabandeadas de la vecina localidad paraguaya de Alberdi. Buscó un cambista callejero y vendió los dólares, y sobre la marcha se fue a una gomería y compró cuatro cubiertas nuevas que se hizo colocar. Por suerte las que traía la *Toyota* requerían un cambio cercano, quizás en diez mil kilómetros más. Pagó con efectivo, nada de tarjetas o cheques que podían ser rastreados con facilidad. Entonces sí, convencido de que el círculo estaba cerrado, se fue a la Sociedad Rural a disfrutar del asado. Pero se volvería a equivocar.

Pasaron dos semanas sin novedades, lo que le indicó a Esteban que había hecho las cosas bien. Cada día transcurrido ponía mas distancia entre los crímenes y las posibilidades de que aparecieran sorpresas desagradables que los resolvieran. Llamó en diversas oportunidades al Comisario Andino y supo que el Inspector Miranda continuaba desaparecido, y a diario leía las noticias del interior de la provincia para chequear si habían descubierto el cuerpo de La Escondida. Nada, nada de nada. Esteban pensó que el dicho de los ingleses: “que no haya noticias es una buena noticia” se adaptaba perfectamente a sus circunstancias.

El viernes 4 de septiembre Esteban se despertó distendido, poco a poco los fantasmas que poblaban sus sueños iban haciéndose más difusos y lograba dormir mejor. El Inspector Miranda y Rogelio Páez perdían presencia y eran reemplazados por agradables imágenes de vivencias pasadas, y hasta comenzaba a atreverse a proyectar el futuro. Desde siempre había soñado con tener un campito propio donde criar ganado, plantar frutales cítricos que tan bien producían en la

región, y tener una pequeña majada de ovejas que produjera corderos para asados familiares y con amigos. En sus divagues a la hora de la cena solía bromear con Eleonora que ese rodeo debería producir 54 corderos, uno para cada domingo del año, y que si alguno moría anticipadamente habría que rezar para que uno de esos fines de semana lloviera y los invitados se excusaran. Su campito dispondría de un par de caballos mansos y unos petisos para los nietos propios y ajenos. La casa sería un gran rancho construido con materiales de la zona: paredes de adobe, piso de ladrillos —¡es muy sucio! gritaría Eleonora— y techo de paja cortadera o de tejas de palma negra. Disponía de algunos ahorros acumulados en sus cuarenta años de trabajo y tenía en vista un campito al que lo surcaba el *Río de Oro* con sus montes en galería, donde seguramente alguna familia de monos carayá le haría compañía y delataría permanentemente sus humores con los potentes rugidos que solo ellos son capaces de emitir. Se tomaría un tiempito más y luego haría una oferta, al fin y al cabo su amigo Benites refería en el libro que los hombres vivieron —hasta la Revolución Industrial— solo de leña y comida, y eso habría en abundancia. Algún día su nieto Joaquín —y alguno más que vendría— le estarían agradecidos. El “*Last Man Standing*” habría cerrando el círculo hacia una supervivencia segura de sus seres más queridos.

El molesto chirrido del portero eléctrico lo devolvió al presente. Del otro lado del cable la voz de Benito sonaba más excitada que de costumbre.

—Don Esteban, don Esteban, ¿leyó el diario?

—Todavía no lo compré, Benito.

—¿Quiere que se lo lleve? Le va a interesar.

—Bueno, suba.

Benito hizo su aparición con el diario *Norte* en la mano y su cuaderno de visitas bajo el brazo.

—¿Se acuerda don Esteban del hombre que preguntó por usted el mes pasado? Apareció muerto, recién lo descubren.

—Que barbaridad, Benito, pobre hombre, era el encargado de la Reserva Ecológica de un amigo mío.

—Si don Esteban, me acuerdo, pero mire mi cuaderno: estuve en su casa el viernes 14 de agosto a la tardecita, y luego apareció muerto. Lo encontraron ayer, pero el diario dice que estaba todo comido por los bichos y en completo estado de descomposición, y que la policía estima que llevaba muerto mas de quince días. Hoy es viernes 4 de septiembre, o sea que los últimos que lo vimos con vida somos nosotros, o casi. Qué casualidad don Esteban, ¿no le resulta increíble? Pobre hombre, lo que es vivir solo en el campo, te puedes morir tranquilo que nadie se entera.

—Si, muy triste Benito.

—Bueno don Esteban, hoy empieza mi franco, me voy a pescar y el lunes vemos que sale en el diario. Parece que lo mataron, pero todavía no saben nada. ¡Qué casualidad don Esteban, parece mentira, parece mentira!

Tres meses después, el 25 de diciembre —día de Navidad— suena el portero eléctrico en lo de Esteban mientras preparaba un bolso con regalos y otro con comida para concurrir a la casa de Fede, donde la familia se reuniría para almorzar. Amelia —con su marido y su hijo Joaquín— apenas llegada de

Buenos Aires se había acomodado en casa de su hermano para pasar unos días de vacaciones. Y de paso acompañar a su padre viudo en la primera Navidad en solitario.

—¿Quién es?

—Nicasio, don Esteban, quería saludarlo por las fiestas.

—Suba Nicasio, tengo algo para usted.

Sobre la mesa de la entrada Esteban tenía un sobre preparado para el nuevo encargado del edificio, Nicasio. Era la retribución que todos los años acostumbraba regalar a los porteros para aceitar su atención.

—Felices Fiestas don Esteban.

—Lo mismo para usted, Nicasio. Sírvaselo, es una pequeña atención.

—Muchas gracias don Esteban. Hoy cumpla tres meses como encargado, y me estaba acordando de mi pobre cuñado Benito y como lo encontraron una semana después de que salió a pescar. Su cuerpo, o lo que quedaba de él después de las pirañas, apareció contra un pajonal de la isla *Pirá*, y su bote mucho más abajo dado vuelta. Nunca se supo cómo murió, un hombre tan conocedor del río... ¿Se acuerda don Esteban? Mi hermana todavía no se repone de su muerte, pobrecita.

—¿Y cómo no me voy a acordar?, era muy buena gente Benito, muy servicial.

—Bueno don Esteban, lo dejo porque no quiero abandonar la puerta. Felicidades.

Seis meses después, en el mes de junio de 2016 Esteban ya había comprado el campito que lucía en su tranquera el cartel *La nube* tallado en madera. Su vida se alternaba entre su trabajo en los campos y la casa-rancho soñada que iba tomando forma. Una majada de ovejas correteaba por el parque y oficiaba de cortadora de pasto, mientras dos criollos gateados bien brillosos esperaban en la tranquera del potrero por su ración de avena. El “*Last Man Standing*” finalmente tendría su guarida para soportar los embates del colapso mundial por venir.

En todos esos largos meses desde la desaparición de Benito tampoco se habían producido novedades de importancia en la esfera policial: el asesinato de Eleonora y su amante había caído en vía muerta, el Inspector Miranda se había evaporado, el crimen de Rogelio Páez no se había resuelto y nadie supo como Benito cayó al agua desde su lancha pescadora y pereció ahogado. Nadie menos Esteban, claro está.

Ya vuelto a Resistencia desde *La nube* Esteban se decidió a cenar y a cumplir con su rito diario de conversar imaginariamente con Eleonora contándole las novedades de los trabajos. El portero eléctrico sonó mas estruendoso que nunca.

—Don Esteban, soy Nicasio. Lo buscan, dicen que...

FIN

La fogata

- *Urco*
- *María*
- *Manuel*
- *El buen Dios aprieta pero no ahorca*
- *Conversando con Mandinga*

Urco

Urco, el *Neanderthal*, corría como un demonio. El terreno, cubierto con una gruesa capa de nieve lo obligaba a un tremendo esfuerzo, pero si se detenía era hombre muerto. Saltó un tronco caído y una rama le perforó el trozo de cuero que usaba atado a sus pies a modo de protección contra el frío. El invierno se había adelantado, y transcurría el peor año desde que tuviera memoria. Su clan permanecía encerrado en una cueva y aguardaba ansioso que él, el más fuerte del grupo, les procurara algún conejo o trozo de osamenta para estirar un poco más la agonía. Desde que una nueva clase de hombrecitos, más pequeños y menos corpulentos, pero provistos de armas y técnicas superiores para la caza los habían desplazado hacia el norte, las posibilidades de supervivencia de los *Neanderthal* decrecían año a año. En su nuevo ambiente los inviernos duraban más y eran más crudos, y las presas eran escasas y mejor adaptadas que ellos a esas circunstancias adversas. Intuían que la Naturaleza les había retirado sus favores y que pronto los echaría para siempre. Ahora un nuevo favorito, esos hombrecitos con armas que revoleaban y llegaban más lejos que sus lanzas, los acosaban permanentemente. Cuando lograban luchar cuerpo a cuerpo los *Neanderthal* vencían, pero generalmente los hombrecitos hacían movimientos que los confundían, luego los cercaban, y finalmente sin necesidad de contacto los maltrataban con su novedosa artillería.

Nunca las comidas son gratis en la Naturaleza, *Urco* lo sabía bien, pero en días de suerte se podía encontrar un animal muerto y aprovisionarse por varias jornadas. Claro, siempre que no aparecieran los hombrecitos o los lobos a arruinar la fiesta.

Las osamentas eran su principal sustento, porque aunque fueran viejas y hubieran sido previamente aprovechadas por el rey de los carroñeros –el lobo– disponían aún de un tesoro oculto que solo animales con manos podían aprovechar: el caracú, el relleno gelatinoso de los huesos. Para acceder a ese manjar había que triturar los huesos, y los *Neanderthal* eran expertos en hacerlo golpeándolos con piedras. De cuando en cuando agarraban un conejo, y casi nunca un ciervo porque éstos eran rápidos como el demonio y con un olfato superior que les proveía de alerta temprana ante el peligro. La condición de bípedos hacía lerdos a los *Neanderthal* en las carreras a campo traviesa y debían resignarse a su condición de carroñeros de las presas de los cazadores más eficientes. Los inviernos, cada vez más largos y crudos, los privaban de los alimentos vegetales, y *Urco* recordaba que en épocas mejores los frutos constituían buena parte de su dieta.

Correr sobre la nieve virgen caída la noche anterior duplicaba el esfuerzo de *Urco*, y hacía rato que había perdido el carril abierto por los ciervos que facilitaría su desplazamiento. No corría detrás de ninguna presa, corría por su vida. A sus espaldas –y a un galope pausado– avanzaba una manada de lobos probablemente tan necesitada como él de alimentos, pero con la ventaja del número y de la resistencia innata.

Urco sabía que sus chances eran escasas, pero haría el esfuerzo porque la supervivencia estaba escrita en sus genes y porque su clan dependía de su tarea de cazador líder.

De pronto sintió un tarascón en el tobillo. El primer lobo de la manada hizo su tarea para detenerlo, pero *Urco* giró ágilmente y le aplicó un feroz golpe en la cabeza con la vara que portaba. Sin detenerse a comprobar el resultado reanudó la carrera a toda la velocidad, pero su herida comenzó a teñir de rojo la blanca nieve a sus espaldas. Los lobos, sin prisa pero sin pausa, se mantenían a prudencial distancia sabiendo que la resistencia los favorecía. Su galope era lánguido, extraño, como si dominaran las leyes de la física para consumir poca energía. El tiempo jugaba en contra de *Urco* debido a que su superior esfuerzo para recorrer igual distancia le restaba oxígeno a su organismo, y la pérdida constante de sangre lo debilitaba.

La cueva donde habitaba con su familia podía resultar un refugio adecuado, porque el fuego que mantenían siempre encendido era un arma que los lobos no resistían. Pero faltaba demasiado tiempo de marcha para alcanzarla ya que con la avidez por encontrar un conejo o una osamenta, esa mañana había dejado de lado la prudencia. Los lobos lo apuraban, su corazón latía acelerado y empezó a faltarle el oxígeno, entonces *Urco* decidió apelar a su último recurso: intentar treparse a un árbol. Era una acción extrema, casi suicida, porque si los lobos esperaban al pie, seguramente moriría esa noche por congelamiento.

Divisó un abeto solitario y de poco fuste y a él enfiló con decisión. Se veía a la distancia un bosque de mayor envergadura pero *Urco* sabía que no llegaría vivo. Corrió velozmente, saltando rocas y obstáculos y sintiendo a los lobos cada vez más cerca, casi rozando sus piernas. Cuando otro lobo intentó frenarlo con un tarascón, nuevamente tiró un golpe a ciegas hacia sus espaldas, sabiendo que si detenía su marcha lo rodearían y matarían irremediablemente.

El abeto estaba cada vez más cerca y los lobos más insistentes, como si supieran lo que la presa planeaba. *Urco* lanzó el último golpe hacia su retaguardia, tiró el palo que distraía su mano, y con lo que le quedaba de fuerzas saltó hacia el arbolito. Se tomó de unas débiles ramas y trepó como pudo hasta quedar a un par de metros del suelo. Estaba agotado, dolorido y sangrante, y notó con desesperación que el abeto era un pobre recurso para sus necesidades de refugio. Era demasiado débil, y no tenía siquiera una rama que le permitiera sentarse a reposar. Para colmo de males se agitaba hacia los lados ante cada movimiento suyo, amenazando con quebrarse y tirarlo al suelo.

Los lobos se agolparon al pie del árbol y cuando vieron que su presa estaba demasiado alta para tomarla de inmediato se retiraron unos metros, escarbaron improvisadas madrigueras en la blanda nieve y se acostaron a esperar. Su instinto les decía que la genética jugaba a su favor y que tarde o temprano su almuerzo caería mansamente a sus fauces. Numerosos factores les daban la razón: ellos estaban cómodamente acostados y recuperando fuerzas, sus pelambres los protegía del intenso frío y estar bajo la nieve les garantizaba resguardo del viento helado y disfrutar de una temperatura superior.

Urco consumía sus últimas reservas energéticas gastando una cuota extra en mantenerse prendido a las ramitas para no caer. El cuerpo poco a poco se entumecía, el viento laceraaba su piel, y las partes no cubiertas por su escasa vestimenta de cuero perdían sensibilidad por el congelamiento. Pensó en su clan que quedaría desprotegido, en su compañera, en las crías, y en algunos miembros viejos que no pasarían ese crudo invierno sin su ayuda. Pensó en tiempos pasados, en prados verdes y generosos, en soles tibios de tardes de verano y en aguas chispeantes de arroyitos traviesos. Se vio corriendo co-

nejos, llegando orgulloso a compartir con la tribu, durmiendo al amparo de un refugio seguro y arrimando sus manos a un fuego generoso que le provocaba confort.

Pasaron las horas y comenzó a oscurecer. *Urco* ya era una criatura moribunda que solo se mantenía en su lugar por la propia rigidez del congelamiento y por su obstinación. En determinado momento sacó fuerzas de no se sabe dónde y gritó en el ronco y gutural gruñido que solo los *Neanderthal* comprendían:

—¿Y ahora qué carajo hago?

Pocos minutos después un lobo terminaba la tarea desgarrando su garganta.

María

Una *fallo salomónico* es una decisión a la que se recurre para solucionar problemas entre las partes de manera tajante y equitativa. Si bien usualmente se aplica a situaciones que no conllevan sangre o muerte, como la elección de un nombre o la división de bienes materiales, otras veces, como el relato original que le dio nombre al suceso, lo que se dirime es de una crueldad extrema y pone a los litigantes entre la espada y la pared.

Salomón era hijo de David y rey de los judíos entre el 966 y el 926 AC, época de esplendor de la cultura hebrea, y narra el *Libro I de los Reyes* el siguiente episodio:

Dos prostitutas habían tenido sendos bebés casi en simultáneo, y al amanecer del siguiente día uno de los bebés había muerto, probablemente por haber sido sofocado por la madre durante el sueño. Esta mujer, desesperada por su pérdida, cambió en silencio su hijo muerto por el sano, y ante la reacción de la otra madre se generó el famoso conflicto que se dirimió en la corte del sabio rey Salomón.

—Este es mi hijo —dijo Josefa.

—No su majestad, es el mío, ella me lo cambió mientras dormía —replicó María.

Así las cosas el sabio monarca llamó a un guardia y le dijo:

—Corta con tu espada el bebe al medio y entrega a cada una de estas mujeres una mitad.

María supo con desesperación que su hijo moriría, y cuando vio al enorme guardia aproximarse, extraer parsimoniosamente su cimitarra y tomar al niño de una pierna para ejecutar la orden, la embargó tal desesperación que entre lágrimas se cuestionó:

—¿Y ahora qué carajo hago?

A continuación, y ante el silencio de la otra mujer y la impavidez del rey que indicaba que su fallo no sería modificado, gritó:

—¡Deténgase! ¡entregue el bebe a Josefa, pero no lo mate!

Salomón entonces supo que María era la verdadera madre y decretó que le fuera entregada la criatura.



Episodios como los que tocó vivir a *Urco* y *María* no son más que ejemplos de situaciones donde el ser humano es llevado al borde de la desesperación puesto que en apariencia no existen soluciones *buenas* para el problema que enfrenta. *Urco* sabía que si perdía la vida en boca de los lobos su familia sucumbiría, y *María* suponía que resignaría a su hijo para siempre. En el primer caso sucedió lo peor, y en el segundo las cosas se encaminaron de la mejor manera, pero al momento de la toma de decisiones la premura por hacerlo y la aparente

falta de alternativas arrastra al individuo a sentimientos extremos. Cada uno manifiesta su desesperación a su manera, pero puede resumirse ese instante en la expresión:

—*¿Y ahora qué carajo hago?*

Manuel

La camioneta blanca circulaba a baja velocidad por la Ruta Nacional número 11 en la provincia del Chaco con sentido norte a sur. El mediodía de una jornada con sol brillante regalaba visuales maravillosas de los campos del entorno y producía un brillo especial en las aguas de las cañadas circundantes al camino, donde las aves zancudas subían y bajaban sus cabezas buscando pececitos y caracoles. Los vacunos, ávidos por la abundante gramilla que sobresalía de la superficie, no se inmutaban ante el paso de los vehículos. Los monos *carayá* rugían desde los montes cercanos anunciando la llegada de la época de apareamiento y ofreciendo sus mejores genes a las hembras de las cercanías, prometiendo así crías saludables y superadoras.

Manuel, el conductor de la *Mitsubishi L 200* que trepaba la prolongada rampa de acceso al puente sobre el arroyo *Cangüí Grande*, miró por el espejo, se desvió a un costado y detuvo la marcha. Se bajó, abrió la tapa de la caja y se sentó con las piernas colgando. Necesitaba meditar y estaba urgido por tomar decisiones, y ese ambiente silencioso y bello que tanto conocía le pareció la mejor elección. Un par de kilómetros más adelante se perfilaba la silueta del casco de la Estancia *Tacuari*, su hogar desde que se había mudado proveniente de la cada vez más lejana en sus recuerdos ciudad de Buenos Aires. La fila de pinos del frente, y los enormes eucaliptus del sector norte del parque, atestiguaban que habían pasado largos años desde que él mismo los hizo plantar. La casa, que ahora ocupaba

una gran superficie, en sus orígenes había sido solo un puesto de una enorme explotación ganadera de los albores del siglo XX, cuando a esos recónditos lugares solo llegaban aventureros y grandes compañías comerciales ávidas de establecer sus reales en regiones del país abandonadas al ojo central.

Manuel se había recibido de ingeniero agrónomo en la prestigiosa Universidad de Buenos Aires en el año 1973, y ya en los finales de su carrera había realizado viajes de reconocimiento a las provincias del norte en busca de sacar el mejor provecho de una pequeña herencia familiar. Lo acompañaba su padre, un abogado con visión amplia, qué había escuchado y retenido en su memoria una frase que pronunciaron unos amigos conocedores: *“...si van a comprar campos con futuro vayan al norte, allí hay temperatura y agua abundante y todo crece mejor. No vayan al desierto ni a climas fríos, busquen la ayuda de la Naturaleza que en algunas regiones es más generosa que en otras ...”*

Y allí aterrizó Manuel recién casado con su novia de toda la vida, Mercedes. Tenía 24 años y su compañera de aventuras solo 21, y venían con algún equipaje y muchos sueños, sueños que incluían la gran cuota de osadía que solo confiere la juventud.

Los años iniciales habían sido duros como el entorno que habían elegido. No disponían de luz eléctrica salvo cuando el viejo motor *Lister* decidía que ese día iba a funcionar, y el agua ferrosa de las perforaciones alteraba el color de todo cuanto se lavaba. El insoportable calor del verano ponía la casa al rojo vivo, y la carencia de siquiera un ventilador –el motor solo funcionaba hasta que el viejo Legui se iba a dormir– transformaba las noches de verano en un baño de vapor. Manuel recordó que se trasladaban a dormir al piso embaldosado del living,

sin colchón ni nada que aislara ese fresquito que les conferían los mosaicos, y que cuando la transpiración los empapaba se movían a un costado en busca de un sector seco y aún fresco. Pensó en la vieja heladera *Siam* a kerosene que con esa mechita de género que producía una minúscula y cambiante llamita, era su única esperanza de mantener algo fresco. Pasó por su cabeza el *quematuti*, lo más avanzado del momento para entibiar el agua en el invierno y hacer soportable un baño bajo el chorrito apenas visible de la ducha del baño.

Poco tiempo después de instalados en *Tacuarí* había nacido la pequeña Luly, y la recordó meciéndose en la hamaca colgada del Viraró del jardín empujada por su pequeña niñera Nancy y cantando al compás del movimiento pendular: *trin-trin, trin-trin*

Hizo también un momento para recordar a *Timbó*, el fantástico perro pointer que los acompañó desde cachorrito y que salía al campo con sus amigos perrunos regresando indefectiblemente tajeado, mordido y con algún trozo de oreja faltante.

Asuán, el orgulloso y elegante padrillo árabe que su suegro había regalado a Mercedes, era parte de la familia, e incluso entraba a la cocina al menor descuido a reclamar algún trozo de zanahoria y los mimos de su dueña.

Diablo, la *Torda* y el *Vaso* conformaban la tropilla de Manuel, y recordaba las salidas diarias al campo con esos nobles compañeros que disfrutaban tanto como él mismo de la belleza del entorno, llevándolo con paso brioso en las interminables recorridas para verificar el estado de las vacas y contabilizar los nacimientos. La emoción que había producido la llegada del primer ternero, que Mercedes bautizó *primerino*,

le hicieron recordar su nombre aunque ya habían pasado más de veinticinco años desde el acontecimiento.

Pensó en sus primeros amigos en el exilio chaqueño, con los que había conformado amistades sólidas y con quienes Mercedes y él habían compartido la crianza de sus hijos, las vacaciones y cuanta alegría o desgracia les hubiera deparado el vivir.

Recordó con una sonrisa los eventos propios de una región recién abierta al modernismo que mezclaba su cultura ancestral con la foránea, produciendo episodios que hoy recordados parecerían salidos de un libro de cuentos. Pensó en la mujer del capataz –señora gorda y grandota si las hay– que había golpeado desesperada su puerta a media noche gritando que una extraña criatura había aparecido en su ventana arañando el mosquitero, y que cuando su marido hubo tomado la linterna, esta criatura –mitad hombre y mitad animal– había huido hacia el estero, y que llegada al alambrado lo había superado de un solo salto y continuado su carrera hasta perderse en la penumbra de la noche oscura. Volvió a sonreír viéndose en calzoncillos y con una escopeta arrastrándose por el jardín en busca del intruso, única manera de calmar el terror de la buena señora y lograr que retornara a su casa y los dejara dormir.

Hizo un lugarcito para recordar a Rito, ese pequeño lleno de rulos hijo del noble Quinteros, que permanentemente recorría los eucaliptus con su gomera, y en los días en que tenía éxito pasaba frente a la casa orgulloso y decía:

—Rico el guiso ‘e loro patrona...

Sin embargo en ese día de comienzos de la Primavera de 2001, Manuel tenía otras cosas en que pensar. Temprano por la mañana había concurrido a su banco de la localidad de La

Leonesa y el gerente de la entidad le había comentado que no iba a ser posible refinanciar su deuda porque las instrucciones precisas de la casa matriz eran de recuperar a toda costa los fondos de productores en dificultades.

La Argentina venía de años de gobiernos corruptos y nefastos para el desenvolvimiento de las empresas particulares, y las crisis que recurrentemente sacudían al país volvían a perfilarse en el horizonte. Se salía de diez años de convertibilidad de la moneda local con el dólar norteamericano, situación que en un inicio hizo pensar que el país se integraría al Primer Mundo pero que en instancias posteriores había llevado a la falta de competitividad de la economía y a la quiebra de las empresas locales.

Manuel, que durante casi toda su vida activa en el norte había sido ganadero –actividad que suele ser poco rentable pero a la vez de bajo riesgo– había tomado la errónea decisión de dedicarse al cultivo del arroz, producción sumamente demandante en insumos y con altísimo costo por unidad de superficie. Como correlato, la producción de arroz era altamente dependiente de la exportación a terceros países –fundamentalmente al Brasil– por lo que la falta de competitividad que le generaba un dólar subvaluado configuraba una tormenta perfecta que llevó a la quiebra de casi todo el sector.

La tendencia innata en Manuel de asumir riesgos sin amedrentarse lo había llevado a sembrar superficies demasiado grandes para sus espaldas, y cuando las cosas se complicaron en lugar de achicarse o de parar había decidido huir hacia adelante sembrando cada vez más lotes e intentando incorporar la ulterior etapa de elaboración y venta del producto. Suponía que las cosas tenían que mejorar y que no era el momento de dar pasos hacia atrás. Tanto Mercedes como algunos buenos

amigos lo alertaron, pero el optimismo y la tozudez de Manuel –y la confianza en sus capacidades– lo pusieron frente al precipicio.

Esa bonita mañana del mes de septiembre de 2001 un Manuel atribulado pensaba mientras mecía sus piernas colgadas de la caja de la camioneta. Sentía que miraba por última vez el campo de sus amores, el que albergaba sueños e ilusiones de progreso, y el que había visto crecer a sus hijos en libertad y rodeados de animalitos y pastos verdes. Intuía lo que estaba viviendo la estoica Mercedes, que lo ayudaba sin quejarse y que con ese instinto que Dios solo reservó para las mujeres se preparaba interiormente para lo peor.

Un sentimiento ambiguo lo embargaba porque sabía que había dado todo de sí, que no se había permitido pereza, que había paleado camiones de arroz a la noche hasta sentir que su cuerpo desfallecía, y que había caminado cientos de kilómetros en el barro paleando *taipas* y detectando a esos malditos gusanos que se comían las raíces del arroz. Pero también sabía que había fallado en percibir a tiempo que este no es un mundo de justos sino de sensatos, y que había puesto en riesgo a su familia y a los únicos bienes que poseían para morar y comer. La estancia *Tacuarí* no solo era su lugar de trabajo sino también su casa, el patio de juegos de sus hijos, el nicho donde Mercedes se sentía protegida, y también el pedazo de mundo pleno de pájaros, monos y guazunchos que a su manera convivían con él. Era sus salidas a caballo en mañanitas con rocío, el lugar donde sentado en una tabla del puente del *Cangüí* podía pensar en soledad tantas cosas que haría con su familia en los tiempos por venir. Nadie que no haya vivido en el campo puede comprender la consustanciación del productor con su pedacito de mundo. Nadie.

Y lo iba a perder todo, ya se lo había anunciado con una sonrisa profesional el Gerente del Banco de la Nación: no habría refinanciación, había que pagar.

Y entonces, en esa bonita mañana ya agonizando en medio-día, un Manuel desesperado y sin salidas, acorralado contra la pared de la vida, liberó de sus entrañas ese clamor profundo y sentido que desnudó su desazón:

—*¿Y ahora qué carajo hago?*

Los monos callaron su aullido, las vacas dejaron de pastar por un instante, y las garzas y cigüeñas alzaron sus cabezas acompañando al amigo herido en su dolor.

Manuel saltó de la caja y trepó a la camioneta, y en los cortos momentos que lo separaban de su hogar manejando despacito, tomó su decisión.

Convocó a Mercedes para conversar, y su compañera y socia en la desgracia escuchó en silencio lo que desde antes intuía: que ese no iba a ser más su hogar. Manuel no sabía llorar y Mercedes poco, así que pasaron a la acción.

Abrieron de par en par la puerta del frente de la casa, la que comunicaba al jardín, y comenzaron a transportar papeles, fotos, cartas de amor, libros de contabilidad, planillas, recuerdos y cuanta otra posesión no podría acompañarlos en el viaje a iniciar. Apilaron todo lejos de las ramas del árbol que sabía del *trin-trin* de Luly para no dañarlo, y un único fósforo arrancó una fogata que muy pronto alzó sus brazos danzantes al cielo cumpliendo impiadosamente su cometido.

Mercedes y Manuel observaron las llamas en silencio a sabiendas de que no se quemaba solo papel sino treinta años de historia, dichas, dolores, amigos viniendo a un asado, Marita montando un petiso con el jardinero desabrochado y Pedrito jugando solitario debajo del ombú.

La Fogata, ahora en mayúsculas, fue la bisagra en la historia de la familia, la que marcó un antes y un después, la que supo de amores y frustraciones, y la que debía proporcionar la energía necesaria para un ansiado resurgir.

Consumida la última llamita, Mercedes –esa mujer hecha de madera dura como el Viraró– cargó en su auto sus bártulos y su templanza y persiguió por última vez a Pedrito por el jardín para que subiera con su inocencia en el asiento de atrás. Luego arrancó y siguió a la camioneta blanca en su viaje hacia el sur.

Manuel, con su *Mitsubishi* cargada de culpas y temores, puso primera, superó el guardaguanado y lideró la caravana por la ruta que los conduciría hacia el resto de sus vidas. Nunca más volvieron y tampoco miraron para atrás.

Se encaminaban a la ciudad, donde las mañanitas son solo mañanas y a la solidaridad le faltan letras, pero seguros de que la vida les proporcionaría un después.

Manuel se atrevió a recitar en la soledad de su manejo una rústica poesía que había escrito en su niñez, cuando soñaba desde Buenos Aires con amaneceres sin edificios que le taparan la visual, y cuyo texto escrito con letra de niño se había consumido en la Fogata del ayer.

*Yo ando siempre bien montao
Y es que tengo un colorao
Disparador como luz
Es más rápido que avestruz
Y con esto le digo todo
Yo solito voltié un toro
En el medio del Salao
Y allí despanzurrao, de azotes le di
Que en su vida yo no lo vi
Voltear otro alambrao*

El buen Dios aprieta pero no ahorca

*Pa divisar al salvaje
Se ha hecho el mangruyo
Y puede el indio arrastrarse
Y ocultarse entre los yuyos
—Que desde allí se los divisa—
Y raja el gaucho que le pisan
Los talones hasta la rodilla*

Estos versos escritos por un Manuel de 11 años podían adaptarse a su nueva circunstancia —pensó— porque la vida lo estaba corriendo y *pisándole los talones hasta la rodilla*.

Los primeros momentos de esta etapa de la familia en Resistencia fueron duros y cargados de incertidumbre. Manuel tuvo que acudir a un amigo por la garantía del departamento que alquilaron, y a otro por algún soporte, pero no bien instalados comenzó la batalla por la recuperación. Aprendió el significado de las palabras *pedir* y *sufrir*, y supo de orgullos heridos y de espacios demasiado estrechos como para maniobrar.

Arroz Marioneta

Eran tiempos difíciles para todos sus habitantes, porque la Argentina había entrado en default —con la algarabía irresponsable de sus representantes en el Congreso de la Nación— y se sucedieron varios Presidentes en escasos días. Los ciu-

dadanos de a pie, empobrecidos y atemorizados salieron a la calle a clamar: *¡que se vayan todos!*, pero no abundaré en ese tema que dejo a cargo del largo brazo de la justicia divina.

La miseria instalada a lo largo y a lo ancho de la provincia del Chaco había obligado a las autoridades a repartir comida, cuestión que efectuaba a través de cajas de cartón conteniendo una variedad de artículos indispensables, entre ellos el arroz. Las llamaban cajas *AIPO*, nombre indescifrable para Manuel, tan difícil de comprender como el florido oximoron *Quebracho* para la cuasi-moneda –o papel pintado– que había emitido el Gobierno Provincial para disimular que la Argentina se había quedado sin moneda nacional.

Entonces Manuel tuvo una idea sacada de la galera de su obstinación por sobrevivir: juntaría la miseria de varios para crear riqueza. Un amigo arrocero también caído en desgracia conservaba en sus silos unas cuantas toneladas de arroz invendible por *manchado*, o sea algo amarillo por falta de la conservación adecuada, pero perfectamente comestible. Otro amigo –proveedor de insumos agropecuarios– tenía un galpón en Resistencia desocupado por la falta de actividad, y un tercer conocido de sus épocas de arrocero disponía de un molino –aparato que pela el arroz y lo pule para hacerlo comestible– en la localidad de La Leonesa, medio desmantelado por falta de actividad y dinero para los repuestos.

Manuel montó su camioneta blanca y recorrió todas las *chacaritas* –desarmaderos– de Resistencia, hasta que por fin encontró tirada entre los yuyos una vieja envasadora semi-automática para empaquetar productos sólidos en bolsitas de polipropileno. La compró y la cargó en su *Mitsubishi* con destino al galpón desocupado. Ya tenía todas las piezas del rompecabezas, pero faltaban los papeles, que resultaron la peor

parte. Concurrió a la Dirección de Bromatología para inscribir su producto y a la Secretaría de Desarrollo Social para anotarse en el próximo concurso de precios de arroz para la caja AIPO. Pero necesitaba una marca: con sus escasas dotes de dibujante y apoyándose en el *Paint* de la computadora, dibujó un escenario de títeres con cortinitas abiertas que permitiría ver a dos muñequitos –y en eso se inspiró en el *Santo* de la serie de televisión– que danzaban al compás que le imponía el artista oculto detrás. Nació así la marca *Marioneta*, a sus ojos la más bella del Universo, y que con sus diversas combinaciones de colores distinguía las calidades: 000, 0000, y 00000

Lo relatado en el párrafo anterior con escaso gasto de tinta para no hacer la lectura aburrida al lector, demandó a Manuel un enorme esfuerzo e interminables concurrencias a dependencias oficiales para obtener esos numeritos que llevan los envases de los alimentos y que raramente leemos y mucho menos comprendemos –fechas, contenidos, calidades, valor nutricional, etc.– y al mismo tiempo para reparar la envasadora y poner en condiciones el galpón, que también debió ser habilitado como establecimiento industrial –hubo que hacer un baño, corregir desagües, arreglar pisos, etc.

Finalmente llegó el día del concurso de precios para la provisión anual de arroz para la caja AIPO, y Manuel asistió con su sobre y sus miedos a la Secretaría de Desarrollo Social en el noveno piso de la Casa de Gobierno Provincial. Había cuatro sobres más sobre la mesa porque el enorme tonelaje que implicaba la provisión de arroz de un año entero conferiría a ese único concurso un interés especial para molinos, mayoristas de alimentos y proveedores usuales del Estado. Sin embargo ese quinto sobre traía en su interior un truco que terminó por dismantelar las ambiciones de los cuatro primeros oferentes. Manuel se había inscripto en la AFIP

como *monotributista*, y como ese régimen impositivo imponía recategorizaciones anuales –si se superaban determinados montos de facturación– pudo hacer una oferta inferior a los demás aprovechando que durante ese primer período fiscal no debería depositar el impuesto al valor agregado (IVA) que condicionaba al resto. Se levantó orgulloso de la mesa ante la mirada disgustada de sus contendientes ¿quién era ese desconocido que les había birlado el negocio? Pronto lo sabrían, y no solo eso sino que lo sufrirían en el concurso de precios del año siguiente, que volvió a ganar Manuel.

A partir de ese momento se sucedieron interminables jornadas de trabajo para traer el arroz, envasarlo y posteriormente despacharlo a sus distintos destinos. Y como era dable esperar, Manuel subió innumerables veces los nueve pisos de la Casa de Gobierno para recibir sus cheques y seguir operando.

Luego del segundo concurso de precios Manuel intuó que los dolidos grandotes no le iban a dar una tercera oportunidad. Supo que lo iban a desplazar del negocio a sangre y fuego, y esta vez atinó a parar. Desmanteló todo y se puso a buscar otra actividad. El objetivo ya estaba cumplido, cuál fue volver a subirse al mundo y a recobrar la confianza.

Vendiendo campos

A la sazón ya estaba instalado en el Gobierno Nacional Néstor Kirchner y su ministro Lavagna, y las cosas parecían mejorar al ritmo de un mundo que simulaba crecer a ritmo descomunal. Venían años dorados para los mercados, la locomotora china impulsaba los *comodities* hacia las nubes y las producciones argentinas se colocaban con fruición y buenos precios. Manuel miraba los diarios y se sorprendía de las flechitas en

verde y empinadas hacia arriba de todos los mercados, y las cifras de crecimiento de los países del mundo deslumbraban. Habíamos entrado, y luego los sucesos lo desmentirían, a un mundo feliz. Era el momento adecuado para acomodar las *calchas* –el recado– pensó Manuel en términos camperos.

Tanta euforia y buenas noticias atrajo inversores al sector agropecuario, y los compradores de campos comenzaron a poblar los hoteles de Resistencia. ¡Vienen los cordobeses! ¡Vienen los de Santa Fe! ¡Se despertaron los locales! Música para los oídos de quien conocían el negocio por tantos años de permanencia en la región.

Manuel sintió que otra oportunidad pasaba frente a sus narices, y decidió aprovecharla vendiendo campos y asesorando a los inversores. Su oficina sería las mesas de los bares, y sus herramientas de trabajo la noble *Mitsubishi*, su computadora y su teléfono celular. Nada de infraestructuras costosas ni secretarías elegantes, total él vendía confianza y experiencia en la zona, y eso le sobraba. Esta etapa de su vida fue tan rica que merece algunos pequeños relatos que a ojos del lector pueden parecer fantasiosos, pero que se ajustan –salvo fallas de la memoria debidas al tiempo transcurrido– estrictamente a lo sucedido.



La primera historia que selecciono para contar, es lo que vivió Manuel cuando una empresa cordobesa se largó a comprar campos en el *Impenetrable Chaqueño*, enorme zona del noroeste provincial que fue abierta a la producción a partir de la época del *Chaco Puede* del gobierno del General Serrano, momento en que se abrieron caminos y se la mensuró dividiéndola en leguas cuadradas. Estas tierras cubiertas de monte

—de ahí su nombre de *Impenetrable*— fueron vistas como una oportunidad por productores del centro y sur del país que —desmonte mediante— deseaban incorporarlas a la producción de soja o a la ganadería moderna. Como en sus orígenes eran tierras Fiscales, muchas quedaron en manos de sus ocupantes originarios, gente generalmente de la más baja escala social. Pues quiso el destino que uno de esos propietarios, indígena de pura cepa, decidiera aceptar la oferta de unos cordobeses y que Manuel participara de la operación. Por supuesto el vendedor no tenía ni cuenta bancaria ni nada parecido, así que se trajeron los dólares en una valija desde Córdoba. Recuerda Manuel como evento único e irrepetible, la imagen de ese personaje, con alpargatas agujereadas y ropaje raído, saliendo de la escribanía arrastrando una valija repleta de dólares para ser escondidos en quién sabe qué cueva de su rancho. Anécdotas de una Argentina adolescente...



En otra oportunidad, claramente más rica para el espíritu, Manuel buscó en el aeropuerto a un acaudalado interesado en comprar un campo, de nombre Diego G.

Recorrieron distintos establecimientos y conversaron mucho en los viajes en camioneta, y el hombre, que estaba ya dando los últimos empujones de su vida, le contó su historia personal. Había comenzado en la completa pobreza cuando de niño trabajaba con un tío que tenía un almacén de campo, y él era el encargado de llevar en carro los pedidos hasta las estancias. Dormía al lucero bajo el carro, donde fuere que la noche le imponía parar y desatar las mulas par su descanso. Recordaba esas épocas sin resentimiento ni dolor sino —por el contrario— como experiencias inolvidables. Relataba como disfrutaba de acostarse panza arriba y mirar a las estrellas, a cuál más bella

a su parecer. Luego la vida le había sonreído y permitido comprar campos hasta llegar a la situación actual, en que poseía una enorme fortuna en tierras. Ahora, al final de su vida, quería comprar algo en el norte para regalar a sus nietos. Pero esa es solo parte de la historia, la importante sucedió cuando en un momento, emocionado casi hasta las lágrimas, dijo:

—Manuel... *La vida es una aventura maravillosa, la vida es bella, recuerde eso, la vida es bella y hay que disfrutarla a diario y hasta el final...*

Esa simple frase quedó acuñada en la memoria de Manuel y posteriormente transmitida, como filosofía de vida, a sus hijos y a sus nietos. Diego G. finalmente no compró campo y Manuel no ganó su comisión, pero obtuvo a cambio un recuerdo que quedará para siempre grabado en su corazón.



—Hola José, soy Manuel.

—¿Hola qué novedades tenés?

—Tengo un campo para ofrecerte, y no podrás negarte.

—¡Ahá!, seguro que querés que disponga de una valija de plata para el lunes.

—No exageres, solo media.

—¡Pero vos te creés que soy un Banco!

—¡Yyyy!

—¿De qué se trata?

—Tengo 6000 hectáreas sobre el río Paraguay, en Formosa, una isla espectacular para engordar novillos, ¡imperdible!

—¿Y como viene la mano?

—Te cuento... es una sucesión en donde están todos peleados, con abogado y todo. Y resulta que tienen que vender para arreglar el entuerto. El negocio lo maneja una escribana de Formosa, que tiene un amante que yo conozco y que es un rico inversor en campos. El tipo quiere comprar, pero necesita unos días para hacerse del dinero, y yo le quiero ganar. Si compramos el lunes lo embromamos.

—Bueno, andate el fin de semana con Gustavo, y si le gusta convocamos al abogado para ver como de complicado está el tema papeles.

—Dale, y si después no te gusta el negocio te dejo que me ganes al tenis.

El campo fue revisado y aprobado por el asesor de José, y el lunes Manuel convocó al abogado, que era porteño, para que se trasladara al Chaco con la documentación. Quiso el destino que este buen hombre fuera tanto amigo de José como de Manuel, a quién ambos habían dejado de ver por muchos años, pero que confería total seguridad de que no habría cosas ocultas. Verlo bajar por la escalerilla del avión y reconocerlo fue sorprendente, y luego de los abrazos y consultas por las familias Manuel supo que el negocio se haría, como finalmente ocurrió.

—¿Existe la suerte? Sí, claro, pensó Manuel.

Estancia Perlas Negras

Fruto de la venta de la estancia *Tacuari* y del desmantelamiento de la explotación arroceras, Manuel había recuperado algunos fierros que envió al playón de un comerciante en maquinarias de Corrientes, de nombre Américo P. Consistía en un par de tractores, unas cosechadoras y otras herramientas menores. Cada tanto se daba una vuelta por allí para ver si se había vendido algo y volverse con los cheques, tan necesarios para seguir adelante en esos momento difíciles.

Estando un día apoyado contra el mostrador del corralón, ve entrar a un gordo grandote, con una cicatriz en el labio y que caminaba con dificultad. El hombre también se apoya en el mostrador y dice:

—Che, Américo, ¿no sabés quién quiere comprar un campo barato?

—No, Nieco —así se apodaba el hombre— ni idea...

A mi juego me llamaron, pensó Manuel, y entabló con Nieco una conversación como para conocer detalles de la oferta. Resultó ser un campo de 3000 hectáreas en Ituzaingó, Corrientes —aledaño a los *Esteros del Iberá*— perteneciente a una viejita encantadora llamada Titila —viuda— y que estaba en manos de un sobrino que se la quería comer cruda. Entonces había decidido venderlo, pero la operación no era fácil porque el campo estaba en un 99 % cubierto de agua, justamente por ser vecino por su lado más largo del famoso estero.

Nieco, comisionista de boliche, o *datero* como se les dice en la zona, no tenía idea de nada ni conocía el campo, solo sabía que quería ganar su comisión. Manuel, acostumbrado a estas

situaciones, no se alarmó. Combinó que al día siguiente lo recogería por su casa y se irían a ver el campo.

Partieron al alba y a las nueve de la mañana estaban en el rancho de un vecino, Antonio Ojeda, que conocía el campo de épocas mejores y que Titila había convocado para que colaborara en la revisión. Antonio y Manuel subieron a caballo en casa del primero porque no había camino para vehículos con ruedas. Estaban a unos dos kilómetros del portón de entrada y se fueron al tranquito conversando sobre las condiciones del campo. Cuando llegaron al alambrado encontraron la puerta cerrada con candado, gracia que había pergeñado el famoso sobrino infiel. No habría revisión. Entonces Manuel paró su caballo junto al de Antonio enfrentando el campo desde afuera y comenzó:

—Antonio ¿Cuánto hay así? Y Manuel señalaba un *gramillar*.

—Yyyy, más o menos la tercera parte patrón —decía Antonio.

—¿Y así? Y señalaba un *juncal*.

—Yyyy, más o menos otra tercera parte...

—¿Y así? Y señalaba un *pirizal*.

—Yyyy, más o menos otra tercera parte... patroncito.

—¿Y así? Y señalaba un *camalotal*.

—Yyyy, más o menos otra tercera parte...

Cuando ya iban por cinco terceras partes, o sea un campo y medio según las matemáticas de *Euclides*, Manuel consideró que era suficiente y partieron de regreso al rancho.

—Nieco, deme un día y si resuelvo unos problemitas, compro el campo.

Los problemitas a que aludía Manuel eran que ni por asomo disponía del dinero, a pesar de que el precio era módico. Entonces llegado a Resistencia llamó a un amigo porteño y le propuso que aportara el dinero y que compraran a medias, luego lo venderían y repartirían la ganancia en partes iguales. Como era un muy buen negocio el amigo aceptó, y propuso tomar un avión al día siguiente con la seña para asegurar la operación. Al primer vuelo del siguiente día Manuel fue por su amigo al aeropuerto, y se estableció el siguiente diálogo:

—Hola, ¿trajiste el sobre?

—Si, acá está, pero hay una variante, te presto el dinero y compra vos solo. Los negocios entre amigos siempre terminan arruinando la relación.

—Como prefieras, gracias.

Manuel se hizo del dinero para el Boleto y al día siguiente estaba en la escribanía con Titila suscribiendo el correspondiente documento de compra venta. Pero había un inconveniente, y era que había recibido el monto necesario para iniciar la operación pero le iba a faltar el mayor, el que se aporta al momento de la Escritura. Había noventa días para conseguirlo, y Manuel tenía como único recurso la comisión a cobrar a su amigo del campo de la isla de Formosa, pero los documentos se demoraron por diferentes motivos y los plazos

comenzaron a angustiarse. Un día –solo un mísero día– antes del vencimiento del plazo para escriturar, Manuel pudo cobrar su acreencia y respirar. Al siguiente corrió a la escribanía con Titila y fue nuevamente dueño de un campo. O de una pileta de natación, como le decían con sorna sus amigos. Le puso de nombre *Perlas Negras*, nombre alegórico a los animales que pensaba criar: búfalos.

A partir de ese glorioso momento otra vez las mañanas serían mañanitas, y algún montado lo sacaría a pasear.

Estancia La Victoria

—¿Vamos a comer un asado a la Rural de Corrientes? –dijo Marcelo a Manuel.

—Vamos, te busco.

Era la exposición anual de la Sociedad Rural correntina, por lo que la algarabía y el bullicio eran intensos, los animales lustrosos lucían sus cualidades, y lo más distinguido de la sociedad correntina aprovechaba para juntarse y pasar un par de jornadas socializando. El asado hecho con la mejor carne y los más competentes parrilleros del lugar, chorreaba su jugo anticipando el banquete. Todo era festejo y color, las damas lucían sus mejores ropas camperas y los gauchos y sus patrones recorrían los corrales y los palenques con mirada experta. Y por allá *atrasito* sonaba un *chamamé*.

Llegado el almuerzo los dos amigos se sentaron a una gran mesa redonda acodados de algunos conocidos y de otros que no. Manuel quedó rodeado por Marcelo y por un hombre de mediana edad, algo pelado, que conversaba animadamente

con su vecino. Ciertas palabras de esa conversación, a pesar del bullicio, fueron registradas por Manuel, y como tenían un contenido que era música para sus oídos dejó de atender a Marcelo y se esforzó por escuchar a los otros dos. Hablaba su vecino medio pelado:

—Mi familia tiene un campo en el norte de Santa Fe que ni conozco. Lo compramos cuando teníamos la concesionaria de automóviles para desgravar impuestos con los vientes, pero luego mi padre murió, se cerró el negocio y el campo está abandonado. Para peor nos metieron un juicio por no pagar los impuestos y si seguimos así lo vamos a perder. Somos veinticuatro herederos, y nadie se interesa. El hermano de mi padre antes se ocupaba, pero ahora está viejo y no puede hacerlo más.

Los colmillos asomaron por los labios superiores de Manuel. A río revuelto, ganancia de pescadores...

Dos meses y mil pocillos de café le llevaron a Manuel las conversaciones con el tío viejo, don Marcos, quién terminó encariñándose con él seguramente porque le prestaba la oreja para escuchar cuanto cuento de su vida recordaba. Manuel le confesaba tanto su deseo de comprar cuanto su imposibilidad de hacerlo por falta del dinero. Finalmente se llegó a un acuerdo: se pagaría un precio ridículo y además en sesenta cuotas mensuales, como quién compra un automóvil.

—Eso sí —dijo don Marcos que era de origen judío y no podía deshonrar a su raza de semejante manera— ¡en dólares!.

Se acordó el precio del campo en 60 cuotas mensuales de 760 dólares cada una. ¡Eran 2.850 hectáreas!

A los pocos días 24 personas más sus cónyuges hacían cola en la vereda de la escribanía para firmar. Manuel ni siquiera había ido a mirar el campo, porque no tenía camino de acceso, era lo que se llama vulgarmente *un pedazo de mapa*.

Vale como anécdota pintoresca la forma en que Manuel, intrigado por saber que había comprado, pudo finalmente visitar el pedazo de mapa, al que bautizó *La Victoria*. Supo por la planilla de Catastro municipal que su vecino del lado este se llamaba Alfredo G. y que vivía en la localidad de Villa Ocampo, entonces se fue a rastrearlo y cuando lo encontró se vio frente a un personaje de los que solo aparecen en las películas de aventuras, y de las malas. Este hombre estaba acondicionando un aparato extrañísimo al que denominaba *Tractormóvil*, y que consistía en un chasis de un antiguo camión del ejército –Jeepon Guerrero– con un motor de colectivo Bedford, tracción 4x4, y con cubiertas de tractor duales, las interiores de caucho y las exteriores de hierro. Y por supuesto *convertible*, solo disponía de un par de sillitas playeras sobre el chasis. Alfredo G. sostenía que era la única forma de circular por esos parajes que pertenecen al famoso *humedal* de más de un millón de hectáreas que se encuentra en el norte de la provincia de Santa Fe y que se denomina *Bajos Submeridionales*. Y sus campos estaban ahí adentro, donde no hay nada salvo *espadañas* –especie de juncos– de tres metros de altura y *tacuruces* –hormigueros gigantes– de casi un metro. Para frutilla del postre, el *Tractormóvil* transportaba un *ancla* –sí, leyó bien: un *ancla*– para ser utilizada con un malacate en caso de empantanamiento.

Acordada la fecha de inicio de la aventura, Manuel se encontró con Alfredo G. en un punto predeterminado de la Ruta 13, desde donde se zambullirían en busca de sus campos. Volaban gansos, cigüeñas y garzas por doquier, lo que anticipaba

lo que se les venía. Manuel llevaba su *GPS*, única forma de no perder el rumbo y aparecer en cualquier lado, habida cuenta de que la visibilidad era nula porque iban atropellando *espadaña* y *tacuruces* en todo el trayecto. En medio del viaje de ida vieron entre la vegetación un punto brillante, e intrigados se dirigieron a su encuentro para ver de qué se trataba: era una lata, colocada sobre el caño de escape de un tractor abandonado por su dueño en alguna antigua incursión aún más suicida que la de ellos. ¡Lo único visible del tractor era la punta del caño de escape!

Luego de tres horas de marcha por el agua, cuando el *GPS* indicó que estaban en el inicio del campo *La Victoria*, encontraron una pequeña altura de unos 7 metros de lado con un ranchito arriba, el más humilde que Manuel hubiera visto en su larga vida de campo. No había nadie, y se quedaron a esperar. Decidieron prepararse a dormir allí mismo porque sería imprudente salir con poco tiempo de luz solar. Manuel se acostó sobre una tabla, único lugar seco, con la espalda contra un chanco blanco que se arrimó a la altura a la tardecita. Los mosquitos se los comieron vivos, literalmente. Manuel recuerda ese episodio como el peor de su vida. Más adelante veremos que estaba equivocado.

Luego de 12 horas de oscuridad y mosquitos, el sol se apiadó de los aventureros y amaneció: una hora más tarde vieron venir a dos jinetes, y al llegar se anoticiaron de que era el dueño de casa y su compañero. Eran dos seres humanos paupérrimos, degradados por la vida, flacos como esqueletos, primitivos, y cuanto otro adjetivo se le ocurra al lector para describir al último escalón de la jerarquía humana. Apenas sabían expresarse, y supimos por su explicación que eran cazadores de nutrias y que cada muerte de un obispo salían del pantano –su hogar– a lomo de caballo para cambiar sus

cueros por mercadería. Alfredo G. bautizó al dueño de casa: *el solitario*.

Dieron una pequeña vuelta por el campo, y convencidos de que no había más que mirar, partieron. *La Victoria* había sido barata, pero era efectivamente un pedazo de mapa sin utilidad alguna. Y sin embargo Manuel había escuchado de terceros que en otras épocas incluso se habría obtenido cosechas en ese lugar, por lo que no salía de su asombro.

Pocos años después la provincia de Santa Fe encaró un plan de canalización del los *Bajos Submeridionales* comenzando de sur a norte, y esos campos se secaron y pasaron a ser medianamente productivos. Otra vez la suerte jugó a favor de Manuel, e incluso pudo alquilar *La Victoria* y hacer un camino de acceso. La *espadaña* desapareció al evacuarse el agua en exceso, y fue espontáneamente reemplazada por pastos de mejor calidad nutritiva y de bajo porte.

Disfrutando Perlas Negras

Perlas Negras, el campo de Ituzaingó a la vera del *Iberá*, significó para Manuel y su familia la vuelta a lo que tanto habían disfrutado en la ya alejada en la bruma del tiempo estancia *Tacuareí* de sus inicios nortños. Retornaron las cabalgatas y el disfrute inigualable de una Naturaleza pródiga y bellísima como la de los esteros correntinos. Mercedes y los chicos volvieron a calzarse botas y a acompañarlo. A medida que las comisiones y honorarios lo permitían, compraban búfalos para ir conformando un rodeo. Trajeron de Brasil todos los libros que pudieron de la materia, y en poco tiempo se habían convertido en expertos en la crianza de esos nobles animalitos, al menos en papel.

Contrataron a Antonio Ojeda –el discípulo de *Euclides*– como capataz, y a su hijo Diego como ayudante. Posteriormente –cuando el tamaño del rodeo lo requirió– incorporaron a *Negro*. Los dos jóvenes salían con sus caballos en seguimiento de los búfalos, siempre por el agua porque esa era la característica excluyente de ese campo. Manuel los apodó los *Masai*, en alusión a la tribu africana que vive en fuerte consustanciación con sus vacas, a las que acompañan en su búsqueda permanente de pastos tiernos y protegen de los leones. Por las noches tanto los búfalos como los *Masai* buscaban una alturita para dormir al sereno. Y a la mañana siguiente continuaban con su tarea de ir paulatinamente abriendo sendas en los embalsados para conquistar nuevos sectores del campo.

Antonio vivía en su rancho cercano a *Perlas Negras* y oficiaba de acompañante cuando Manuel o su familia concurrían al lugar. Salían por el día a caballo, siempre chapoteando agua y admirando la generosidad con que Dios había pintado esos paisajes. Y volvieron a sucederse las experiencias del maravilloso choque de civilizaciones que vivía una Argentina colonial intentando proyectarse al futuro.

En una oportunidad Antonio conducía su ruano delante del zaino de Manuel, y en determinado momento se detuvo –en medio del agua, claro está– y apeándose de su montado se arrodilló y comenzó a rezar. Manuel respetó el momento místico, y cuando hubo terminado la oración y Antonio montó nuevamente su caballo chorreando agua por la bombacha, se atrevió a consultar el motivo de su accionar.

—¿Ve patrón aquella *crucita* en medio del *pirizal*?

—¿Cuál, aquel puntito como a doscientos metros?

—Sí, *che* patrón, esa. Es la *crucita* de un hombre que era loquito, y vino a morir acá, en medio del *pirizal*. Y hay que rezarle, porque su espíritu anda por ahí, y de noche se lo ve.

¡Qué belleza, qué privilegio poder disfrutar de un pasado que se termina! —pensó Manuel.

El este y el sur de *Perlas Negras* lo conformaba el Iberá, impenetrable para vacunos y hombres, y al oeste tenía un precario alambrado que lo separaba de la estancia *Rincón del Rosario*. Para hacer divisorias al campo, y lograr algún tipo de manejo racional, a Manuel se le ocurrió hacer alambrados eléctricos por la imposibilidad de introducir postes. Pero era todo agua y de distintas profundidades —de veinte centímetros a dos metros— por lo que en primera instancia parecía una idea demencial. Se pensó entonces en algo ingenioso: el alambrado eléctrico *flotante*. Se clavaba postes esquineros —transportados en canoa— cada quinientos metros, y en el intermedio entre dos de ellos el alambre se mantenía sobre la superficie acuosa solidarizándolo a bidones u otros elementos flotantes. Así se evitaba que tocara el agua y descargara la batería. Este ingenioso artilugio luego fue adoptado y aplaudido por la Asociación de Criadores de Búfalos de Corrientes.

Los *canoeros*, ex cazadores de yacaré del Iberá y ahora excluidos por la prohibición de la caza, oficiaban de alambradores y de fleteros de materiales: postes, rollos de alambre, pantallas solares, electrificadores y bidones plásticos. Su rica historia de vida reconfortaba a Manuel cuando la escuchaba. Estos rústicos seres entraban al estero con sus canoas impulsadas por cañas tacuaras, y permanecían en su interior por días, o incluso meses, en completa soledad y durmiendo en sus embarcaciones. Retornaban a la civilización solo cuando sus

canoas estaban repletas de cueros, para su comercialización. Se alimentaban de la pesca y de las colas del propio yacaré, que entrega una carne blanca y deliciosa. Con el tiempo y la sobreexplotación los saurios fueron desapareciendo y las excursiones resultaron cada vez más prolongadas y distantes, hasta que fueron prohibidas.

Que la veda a la caza estaba dando sus frutos lo comprobó Manuel en un par de oportunidades. La circulación por los campos cubiertos de *embalsado* –pasto entramado, solo vivo en sus estratos superiores y que no se descompone por su permanencia en el agua– solo se puede hacer por los carriles que abren las vacas –ó los búfalos en este caso– a riesgo de que el caballo se enrede y caiga. Los yacaré también optan por circular por ese carril, y cuando escuchan que alguien se aproxima se sumergen y se pegan al fondo. Cuando el desprevenido caballo los pisa, los saurios emergen furiosos y saltan contra el animal con sus fauces abiertas. Generalmente no pasa de un susto, pero vale para juntar cuentos para relatar algún día a los nietos.

El ciervo de los pantanos, bellissimo animal otrora abundante, ahora está en riesgo de desaparecer. Recuerda Manuel un viaje por los carriles del embalsado cuando a un costado, echado en el pasto para ocultarse, divisó a un ciervo. Detuvo su cabalgadura a no más de dos metros, y ambos amantes del estero permanecieron unos instantes observándose con curiosidad –y en el caso de Manuel, con profundo amor. El encanto lo rompió un maldito perro de Antonio que le pegó un *dentro* y lo espantó. Salió este ciervo disparado y corriendo sobre el embalsado y otros entramados vegetales imposibles de recorrer por animal alguno, salvo ellos claro está. Luego supo Manuel que ese lugar del campo era llamado por los lugareños *ciervo cuá* –el lugar donde habita el ciervo.

Se arrancaron a continuación varias hojas al calendario durante las cuáles Manuel fue poblando *Perlas Negras* con búfalos que adquiriría ante cualquier oportunidad que se le presentara, y un día Mercedes y él se sentaron a planear su futura casa de campo. Delinearon el clásico rectángulo rodeado de galerías, que instalarían en un predio con un bosquecillo de pinos que adquirieron contiguo al campo buscando altura y terreno seco. La obra llevó muchos meses y no pocos esfuerzos, pero finalmente estuvo a punto de ser inaugurada. Estuvo, dije.

La venta de Perlas Negras

—Hola Manuel, quiero comentarte algo.

—Hola Salvador, ¡tanto tiempo!

—Apareció un comprador, un italiano con mucho dinero, y voy a venderle *Rincón del Rosario*.

Salvador R. B. era el vecino por el lado oeste de *Perlas Negras*, poseía un campo inmenso –más de veinte mil hectáreas– que en su escritura original, de la época del *Virrey Liniers*, aparecía descripto con una extensión “...desde el río *Paraná* hasta donde alcanza la vista...”. Buena vista tenía el hombre, pensó Manuel.

Un italiano de Venecia había aterrizado en la bella Corrientes para comprar grandes extensiones de campos pintorescos. Se decía que era el *dueño* del puerto de Venecia, rimbombante título que seguramente no era exacto pero que sonaba bien. Si Manuel estuviera interesado podría acoplarse a la venta, porque sus módicas tres mil hectáreas no modificaban en nada

lo que terminó siendo una adquisición de arriba de cincuenta mil, todas por la zona y a cual más bella.

A punto de inaugurar su casa, y con seiscientos búfalos pasando en el campo, la decisión no fue sencilla. La consultó con Mercedes que sabiendo lo que significaba ese campo para Manuel, la dejó sabiamente en sus manos.

Con gran dolor, y no habiendo podido dormir ni siquiera una noche en su casa con cielorraso de tacuara atada con tientos de cuero, Manuel respondió que vendería. La vida le había enseñado que el tren no pasa dos veces, y esos campos eran pintorescos pero muy complicados para hacerlos producir. Por otro lado había aprendido a golpes que el mejor *comoditie* de este mundo material es el dólar, y que el romanticismo claudica ante el saldo de la cuenta del Banco.

Dos días después Manuel y el *dueño* del puerto de Venecia estaban reunidos en el bar del *Hotel Amerian* de Resistencia traductor de por medio, mientras la señora veneciana recorría la calle peatonal en busca de regalitos autóctonos. El negocio se concluyó en lo que dura un café con leche con dos medias lunas, y el italiano compró el campo y los seiscientos búfalos sin siquiera solicitar contarlos. En su demencial manera de ver las cosas, la mayor alegría de Manuel fue retirarse del hotel portando una servilleta, donde a mano y con birome estaba sellado el compromiso asumido. Como en las películas. Sin firmas certificadas ni sellos de escribanía porque bastaba la palabra de dos desconocidos estampada en una servilleta.

Perlas Negras se vendió a *catorce veces y media* el precio de adquisición de un par de años antes, y fue el inicio de una etapa más holgada de la vida de Mercedes y Manuel, que los transportó a nuevas aventuras y a momentos felices.

Las Marías

—Buenos días Secretario, yo soy Manuel, el dueño de un campo en medio de *la pampa* —así conocen los lugareños al inmenso espacio abierto y sin árboles que configura los *Bajos Submeridionales* santafesinos.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—He comprado recientemente un campo, que bauticé *La Victoria*, y quiero saber quienes son mis vecinos, para conocerlos. Por ahora he contactado a Alfredo G, el del lado este.

Manuel se había dirigido a la comuna de *Cañada Ombú*, de la que dependía *La Victoria*, porque intuyendo que la zona mejoraría por los canales de desagüe encarados por la Provincia, intentaría expandir su campo aprovechando que la región era —a la fecha— absolutamente improductiva y por lo tanto estaba subvaluada. Además se acababa de inaugurar un inmenso canal por el lado norte, que corría a la vera del Paralelo geográfico 28°, que es una larga recta que oficia de límite entre las provincias de Santa Fe y la del Chaco. Ese canal tendría —en parte— la esorrentía de aguas desde la vecina del norte y la derivaría directamente al río Paraná. Todo estaba para mejorar en la zona, y era imprescindible anticiparse.

Buscada que fuera la planilla correspondiente, el secretario entregó a Manuel un papelito con los nombres y los números de contacto solicitados. Excitado y ansioso, no bien retornó a su casa en Resistencia tomó el teléfono e hizo la primer llamada. Del otro lado de la línea se puso una amable dama que le comunicó que si bien sabía que era propietaria de un campo en la zona norte de Santa Fe, nunca lo había conocido —¡oh, bella Argentina!— pero que se comunicara con su abogado y

administrador de sus bienes terrenales, el Dr. Juan L.C. Hecho lo sugerido, se concertó una entrevista en el bar *Josefina's* de Juncal y Guido, de la ciudad Capital. Juan L.C. resultó ser una persona maravillosa con la que Manuel enseguida hizo buenas migas. Le relató que Josefina M, la propietaria del campo, era hermana de un famoso tenista de la época en que Manuel y él mismo eran chicos, y que tenía ese campo por cuestiones impositivas pero que no era de interés de la señora conservarlo. Manuel manifestó su franco interés y también –como de costumbre– su falta de medios para pagarlo. Luego de un par de entrevistas –siempre en la vereda del mismo bar– y habiéndose ambos contendientes olfateado los suficiente como para generar confianza mutua, el abogado y él acuerdan un precio bajo y un plazo largo. Manuel terminó comprando las 2160 hectáreas de *Las Marías* con mucha osadía y muy poca plata, y conserva el recuerdo de un culto y amable Juan L.C. cuando al despedirse le dijo:

—Manuel, comprendes que esta operación es un disparate, y que si tu no la pagas tendré que hacerlo yo.

—Lo comprendo perfectamente Juan, y puedes dormir tranquilo.

La Octava y La Novena

—*¡Ahh!*, me olvidaba si aparece algún candidato Josefina M. tiene otro campo en la zona, algo más al sur, en Fortín Olmos –dijo como al descuido Juan L.C. apenas Manuel se hubo puesto de pie.

—*¡Epa!* ¿Otro café? –respondió Manuel retornando a la silla que acababa de desocupar para retirarse.

Para cuando la cola les dolía por haber estado largo tiempo sentados en *Josefina's* Manuel había comprado el otro campo también –este de 1550 hectáreas– en las mismas condiciones que el primero. Lo llamó pomposamente *La Octava* en alusión a la Octava Maravilla del Mundo –que se dice que es el *interés compuesto*– y que tan buen resultado le estaba dando, al menos en eso de multiplicar hectáreas.

A medida que se alejaba caminando de *Josefina's*, entre aterrado por su osadía y eufórico por su logro, Manuel cayó en cuenta de que por tercera vez había comprado un campo sin siquiera verlo. Bueno, quizás era el sistema, el tiempo lo diría.

Retornado al Chaco luego de su viaje de compras a Buenos Aires, Manuel quiso ir a ver qué demonios había adquirido. A *Las Marías* no podría llegar, porque quedaba al fondo de *La Victoria* y la odisea del *Tractormóvil* era –a su entender– como los hongos venenosos: se prueban una sola vez...

Entonces se contacto con el veterinario Edgardo Z. de *Fortín Olmos*, localidad a la que pertenecía *La Octava*, e hizo los arreglos para que lo acompañara a caballo. Luego de unas tres horas a lomo de un noble colorado, llegó a su nuevo campo y tuvo la alegría de ver que era un gramillar sin presencia de la odiada *espadaña*. El ambiente era bueno para producir novillos a campo, aunque había que resolver asuntos graves, como era la provisión de agua en una zona de napas saladas. Luego de la consabida recorrida como para ver que no hubiera intrusos o cosas raras, emprendieron el regreso. Manuel no se aguantó el impulso de preguntar a Edgardo Z. quienes eran los vecinos, cuestión que se había transformado en una costumbre riesgosa. Allí se enteró que del lado oeste el vecino era un brasilero que hacía años que no venía, y que un hombrequito porteño tenía a cargo llamar de cuándo en cuándo para ver

si había novedades. El amable veterinario le proporcionó el teléfono y Manuel llamó al hombrecito para encontrarse en Buenos Aires, en la esquina de Uruguay y Corrientes.

Poco después, y previa consulta en idioma portugués, el campo fue comprado en iguales condiciones que *La Octava*. Eran otras 1550 hectáreas que Manuel bautizó haciendo alarde de su pobre imaginación, *La Novena*.

Un par de años después *La Octava* y *La Novena* fueron vendidos a un precio *siete veces* superior al de compra, proporcionando a Manuel y su familia un gran alivio luego de tantos años de abnegados esfuerzos para resurgir.

El mundo se desmorona

Casi en simultáneo con esta operación de venta de los campos comenzó la debacle mundial que desencadenó la crisis de las hipotecas basura –*subprime* en su nombre inglés. Los grandes Bancos de Inversión sucumbieron –*Lehman Brothers* fue la nave insignia– lo mismo que la inmensa aseguradora AIG, y tanto la Reserva Federal Norteamericana como los demás Bancos Centrales del mundo salieron a apuntalar al sector financiero para evitar su estrepitosa caída, que hubiera generado el colapso de la economía mundial. La indecente irresponsabilidad de las Instituciones Financieras y sus corruptos Directorios generó pobreza y desconcierto en la gente de a pie, y millones de personas perdieron sus casas y sus ahorros cuando se apagó la música festiva. Fue un desastre de envergadura que llevó a una descomunal pérdida de riqueza, y el endeudamiento que asumieron los Gobiernos para mitigarla solo será resuelto –si eso ocurriera– con muchos años de sufrimiento de los contribuyentes, incluidos los que hoy portan mamaderas.

La Argentina comenzó su propia decadencia, corregida y aumentada por un Gobierno tanto ineficaz como corrupto, y quedó al desnudo que se había desperdiciado los años de buenos precios de los productos nacionales. Con la *cleptocracia* instalada en el poder ante el beneplácito de amplios sectores de la sociedad, la recuperación nacional costaría muchos años de sacrificio y el costo –como suele ocurrir– lo pagarían los que no se habían beneficiado de la fiesta.

Entonces Manuel, ya ducho en interpretar crisis, pensó en utilizar sus conocimientos en el exterior. Desensilló el caballo y se subió a un avión.

Miami

Aterrizó en el *Miami International Airport*, pero en lugar de irse de compras a un *Mall* se abocó a estudiar el negocio inmobiliario del sur del *Estado de La Florida*. La situación era catastrófica: la gente abandonaba sus viviendas por la irracionalidad de pagar cuotas que implicaban una deuda superior al nuevo valor de sus casas, que había caído al subsuelo por la explosión de la burbuja. Llamaban al episodio haber quedado *under water* –bajo el agua. Los consorcios de propietarios de las grandes torres de lujo, con gimnasios, piletas arboladas en las azoteas, y cuanto extra uno pueda imaginar, quedaron en bancarrota por la falta de pago de las expensas. Un verdadero caos, donde incluso personas dolidas por las pérdidas devolvían a los Bancos las llaves de sus casas previo romperlas para apaciguar sus iras. Manuel revisó casas con paredes agujereadas, pisos destruidos con mazas, electrodomésticos tomados a martillazos, y en el súmmun de la paranoia, con las paredes pintadas con materia fecal.

Recorrió los diferentes barrios, todos y cada uno de los enormes edificios en problemas, contactó a agentes inmobiliarios, estudió la legislación, y al cabo de un par de meses era un experto en el mercado de Miami y alrededores, sus reglas y sus oportunidades.

No muy diferente a comprar campos abandonados –pensó Manuel– y puso manos a la obra convencido de que la crisis un día llegaría a su fin y que la avalancha de ofertas producía precios irrepetibles para una de las ciudades más codiciadas del mundo. Una torre cualquiera en Miami ofrecía departamentos a precios inferiores a los de Resistencia. Los Bancos, malos administradores de propiedades, las vendían a la primera oferta, en ciertos casos a valores absurdos porque necesitaban rehacer sus carteras.

Contactó a algunos inversores argentinos y les compró departamentos por un honorario, y luego compró algunas casas de renta para su familia. La gente que había perdido sus hogares se veía obligada a alquilar, por lo que ese sector de negocios funcionaba. Crisis y oportunidad –la historia de siempre– reflexionó Manuel.

La fiesta de compras baratas duró un par de años, hasta 2010. Luego –como suele suceder– la gente entierra a sus muertos, cura a sus heridos y poco a poco vuelve a bailar. Hoy las propiedades han retornado casi al valor pre-crisis, y el Mundo no se arregló –solo se puso maquillaje– por lo que en cualquier momento vuelve a las andadas.

Hay que estar preparados, las *crisis* son recurrentes porque los *errores* son recurrentes, y la historia se repetirá solo que con matices distintos.

Conversando con Mandinga

—¡Pss!, ¡Psssss!

—¿Quién es? —dijo Manuel.

—Yo, Satanás ...o como me apodan en el campo Mandinga, o Lucifer.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Ayudarme? ¡Usted está más agrandado que galleta en kerosene! Solo quiero advertirle que prácticamente no he sido mencionado en su historia. Mucho Diosito, mucha mañanita y mucho amorcito, pero ¿y yo? Le recuerdo que existo, y que mi trabajo es de veinticuatro horas.

—Pero lo he mencionado cuando hizo que *Urco*, el Neanderthal, fuera comido por los lobos.

—¡Vio, vio! Yo vengo trabajando desde siempre, no soy un advenedizo, y finalmente hice desaparecer a esos tipos feos, pero la gente no lo valora, y menos con relatos como el suyo.

—También conté el susto que le pegó a la mujer del capataz de *Tacuari*, ¿se acuerda?

—¡Y cómo no me voy a acordar, con lo que me divertí! ¡Le arañé el mosquitero de la ventana y la señora casi le quiebra el espinazo al marido del salto que pegó! ¡Y me acuerdo de lo ridículo que quedaba usted en calzoncillos intentando atraparme con su escopeta por el jardín! ¡Eso sí que estuvo bueno!

—De acuerdo, pero al final lo espanté ¿recuerda?, y no regresó.

—¿Le confieso algo Manuel? Hay dos cosas que me aterran. Una es la cruz de madera que alguien sostenga firme frente a mí, y otra las mujeres enojadas, sobre todo las grandotas. Así que salté el alambrado y me mandé a mudar.

—Lo comprendo don Lucifer, a mi me sucede lo mismo, aunque no con la cruz, claro.

—¿Y por qué no contó cuando casi me lo llevo al otro mundo en *La Octava*? ¿Recuerda?

—No lo conté porque solo me gusta recordar los momentos buenos de mi vida, las cosas desagradables uno se las guarda para sí.

—¡Cuente don Manuel, cuente! porque sino se degrada mi tarea, la gente piensa que no existo, y yo trabajo denodadamente, hasta ahora y desde siempre.



Entonces recordó Manuel el día que decidió recorrer imprudentemente su nuevo campo, *La Octava*, en soledad. Armó un bolsito con algunas provisiones para el almuerzo y partió en la *Mitsubishi* por un camino que no lo era, intentando lle-

gar al campo y visitar lugares que lo intrigaban por presentar distintos colores en la fotografía aérea. Ya antes de llegar al campo la noble camioneta estaba sumergida en un pantano de unos cuarenta metros de largo y colgada hasta la panza. A lo largo del trayecto del supuesto camino corría el alambrado vecino, y Manuel extrajo un aparejo a cable accionado a palanca que llevaba detrás del asiento. Como no tenía linga suficiente –soga, cable– para atarlo a un poste debió cortar un trozo del mismo alambrado sin herramientas, lo que le costó varios jirones de cuero de la mano. Finalmente ató el alambre al pie de un poste, arrancó el motor de la camioneta, la puso a marchar regulando en primera, se apeó y se movió por el pantano hasta el aparejo que pendía de la trompa. A todo pulmón accionó la palanca hasta que logró avanzar un metro. Regresó a la camioneta, detuvo el motor, y repitió la maniobra cambiando el alambre al siguiente poste. Llegó el mediodía y Manuel seguía luchando para salir. El sol impiadoso lo tenía contra las cuerdas, y la provisión de líquido desapareció. Cuando efectuó la última maniobra y la camioneta finalmente pisó terreno firme, Manuel era una piltrafa. Como la prudencia no era una de sus virtudes, decidió seguir adelante. Entró al campo y siempre entre el barro y los pajonales avanzó hasta una preciosa laguna donde un gran rodeo de vacas descansaba y bebía. Por fin pudo sentarse en la tapa de la caja, descansar un poco y comerse un sándwich, en seco –claro está– porque las bebidas habían desaparecido.

Arrancó nuevamente hacia el fondo del campo, la *Mitsubishi* estoicamente atropellaba hormigueros y pajonales, y finalmente arribó al lugar que el *GPS* indicaba. Pero de pronto un enorme tacurú detuvo a la camioneta, y al aplicar la marcha atrás otro tacurú la frenó nuevamente, y en la maniobra de liberación se enterró hasta el eje y no se movió más. Eran las cinco de la tarde y el punto seco más próximo estaba a 14 kiló-

metros según mostraba el *GPS*. Intentó Manuel atar el aparejo a los hormigueros y a la matas de pasto, pero nada funcionó. Sin hidratación desde el mediodía, la situación era crítica.

—Cierto —dijo Mandinga— yo miraba desde arriba y saqué la libreta para inscribirlo entre mis inquilinos. ¡Mi plan funcionaba!

—Pero se descuidó mi amigo —contestó Manuel— y por uno de esos milagros del buen Dios pude comunicarme con el veterinario de Fortín Olmos y relatarle mi situación, y quedamos que se trasladaría a esperarme hasta ese punto seco distante 14 kilómetros.

El buen Edgardo Z. cumplió con su palabra y arribó al lugar del encuentro ya de noche. Manuel había abandonado la camioneta y caminaba lentamente en el barro, pero al oscurecer ya no había forma de orientarse porque la transpiración y el agotamiento no le permitían leer la minúscula pantalla del *GPS*. Encontrar el rumbo en esa pampa infinita y en la oscuridad era tarea de rastreadores apaches, y Manuel no lo era. Cada paso implicaba enterrar el pie en el barro, y la bota le parecía cada vez más pesada cuando debía sacarla para dar el siguiente, y para colmo esquivar los pajonales demasiado espesos alargaba las trayectorias.

Edgardo Z. —conocedor de la zona— intuyó lo que sucedía, y comenzó a prender fuego a matas de pasto para ayudar a Manuel a orientarse a la distancia. No voy a relatar el suplicio que significaron los mosquitos para no dar más crédito a Lucifer que con seguridad los incentivaba. Llegó la medianoche y Manuel salió a los tumbos del pajonal, acalambreado y exhausto. Habían sido seis horas de caminata por el pantano. Se dirigió a la camioneta del noble veterinario, se

hidrató, y regresaron a Fortín Olmos. Esa noche llovieron más de cien milímetros.

—Vio, Satanás, ese día no pudo conmigo. El buen Diosito se apiadó.

—Si, pero me quedé con tu camioneta, y le metí agua como para que no la recuperaras nunca más.

—Sepa usted que hay gente buena siempre presta a ayudar. Esta vez casi me atrapó, pero la bondad de ese noble veterinario lo dejó con las ganas ¿no?

—¡No me lo recuerde!

—Y su truco de apropiarse de mi camioneta tampoco funcionó, como le cuento a continuación.

—Es cierto, me distraje dando unos cursos de maldad en el Congreso de la Nación, y usted se aprovechó.



Hubo de esperar Manuel largos treinta días para intentar el rescate de su noble *Mitsubishi*. Por las noches la soñaba solitaria, con sus patas en el barro y su orgullo herido. Los campos se fueron secando en los largos días de diciembre hasta que consideró que no se debía esperar más porque los pronósticos anunciaban nuevos desarreglos meteorológicos. Entonces convocó a su amigo y vecino de *La Victoria*, Alfredo G. —el del *Tractormóvil*, si lo recuerda— y partieron rumbo a Fortín Olmos. En un campo de la vecindad solicitaron la ayuda de un tractor, y un viejo Fiat 780 salió orgu-

lloso y humeante del galponcito con techo de tejas de palma. El tractorista disponía de una larga sogá, *nuevecita*.

Exactamente en el mismo pozo que había sucumbido la camioneta un mes atrás, el tractor se enterró hasta el eje. Esa fue la primer baja del día. Y nuevamente se solicitó la ayuda del veterinario Edgardo Z. para que con sus contactos en el pueblo solicitara el tractor de la comuna. Unas dos horas después arribó a la escena un aparato algo más moderno, conducido por un símil luchador de sumo, y que esquivando el pozo hondo logró entrar al campo. Recorrieron a paso de hombre el trayecto que conducía a la *Mitsubishi* y en un par de horas llegaron a su lado. La blanquita ronroneó no bien Manuel giró la llave, y fue prontamente enganchada con la sogá para su remolque. El piso estaba bastante más húmedo que en la oportunidad anterior, y al primer tirón el tractor se enterró *hasta la manija*, a decir de su conductor.

Dos tractores enterrados, y la camioneta. Mandinga 3 – Manuel 0, casi *match point*.

No había más que hacer, al menos por ese día. Los mosquitos zumbaban con la servilleta blanca colgada al cuello, y el sol se zambullía en el horizonte.

Por segunda vez en su vida Manuel entró en pánico y emitió el casi olvidado por él:

—¿Y ahora qué carajo hago?

Como en el juego de las sillas y mientras manoteaban mosquitos y chorreaban sudor, intentaron entrar a la cabinita de la camioneta para adjudicarse un lugar. El luchador de sumo se acomodó en el asiento del acompañante y ocupó tres cuar-

tas partes del ancho total, y no pensaba moverse. Al centro estaban las palancas de cambio que se empecinaban en castrar a quién osara ponerse arriba, y el asiento del conductor no era suficiente para dos personas. Jugaron al *Tetris* un rato hasta que decretaron que uno debería morir para que dos sobrevivieran. Obviamente lo eligieron a Manuel por una cuestión de edad –dijeron– ya que ellos eran más jóvenes y les faltaba mucho por vivir.

Entonces Manuel tomó de debajo del asiento un trozo de polipropileno negro y se dirigió a la caja de la camioneta. Se sentó como pudo y se cubrió íntegro porque los mosquitos ya habían pedido refuerzos y atacaban haciendo loops y picadas al mejor estilo de Manfred von Richthofen, el famoso *Barón Rojo* de la Primera Guerra Mundial.

El insoportable calor bajo ese plástico negro hacían de eso un baño sauna, pero apenas Manuel intentaba abrir un resquicio para respirar los zumbones animalitos aplicaban sus códigos genéticos que les urgían a hacer insoportable la vida humana, y atacaban. En su delirio Manuel creyó extrañar al enorme chanco blanco que se había apoyado en su espalda en la interminable noche sobre el tablón de *La Victoria*, y prontamente corrigió su falsa apreciación de que aquella hubiera sido la peor jornada de su vida. Siempre se podía estar peor, y lo estaba comprobando de la peor manera.

Deshidratado y sin haber pegado un ojo, a las dos de la mañana claudicó, se quitó el plástico empapado de encima y abrió la puerta de la cabina de la camioneta. Comenzó a empujar a Alfredo G. hasta que logró entrar pasando una pierna por entre el volante y la consola y torsionando el cuerpo como un faquir para ocupar el menor ancho posible y que la puerta cerrara. El olor nauseabundo de ese escaso metro cúbico de aire

ocupado por tres seres sudorosos, y siendo la única abertura al exterior una ranurita de un centímetro de ancho en la ventana del conductor, resultaba insoportable. El luchador de sumo respiraba por un orificio y expelía por otro distinto, que no era precisamente el de las orejas. *¡Esto es vida!* pensó Manuel antes de dormir su única media hora de la noche.

A la mañana siguiente dedicaron un buen tiempo a acomodar sus huesos y los tejidos blandos en su lugar, y cuando recorbraron una forma parecida a la de un ser humano se pusieron a calcular las alternativas. Eran nulas. Con todos los vehículos encajados no había nada que hacer. El sur indicaba que pronto vendría el agua a arruinar la fiesta, y cuando la desazón era completa ante la imposibilidad veterinaria de que el luchador de sumo saliera caminando por ese pantano, ocurrió un milagro. A la distancia vieron venir un caballo blanco, y sobre el animal a un viejo que luego supieron que era un cazador de nutrias porque traía varios cueros colgando de los tientos. La adrenalina hizo que Manuel tuviera una brillante idea: cincharían a la camioneta con *Rocinante*, ya que era más liviana, y dejarían el tractor para mejor oportunidad. Con un poco de suerte podrían circular con precaución y al menos arrimarse algo al camino.

Al Don Quijote no le gustó nada la idea, pero finalmente aceptó. Ataron la camioneta a la cincha, y no bien el jinete le pidió a la bestia que cinchara, esta resbaló y cayó de costado al suelo apretando la pierna de su dueño. El evento no pasó a mayores, pero el hombre no estuvo dispuesto a arriesgar por segunda vez todo el capital que poseía en este mundo, y renunció. Manuel realizó un último esfuerzo antes de ponerse a gritar por tercera vez en su vida:

—¿Y ahora qué carajo hago?

Consultó al cazador por si había visto un palo en algún lado, porque eso serviría para calzar alguna rueda e intentar que las cubiertas se tomaran. La pregunta parecía ociosa, porque en esa pampa sin un solo árbol en kilómetros a la redonda era impensado encontrar madera. Sin embargo otra vez la suerte acudió en la ayuda del trío y el viejo dijo que a unos quinientos metros *para allá* había unos viejos postes de una antigua línea de alambrado eléctrico.

Ganó por goleada la opción de que fuera Manuel el que los buscara, al fin y al cabo él era el dueño de la camioneta y ellos un simple chofer el uno, y un asesor *ad-honorem* el otro.

Acarreados los postes y unos trozos de alambre se recurrió a una técnica primitiva pero efectiva, que consiste en atar los palos a las cubiertas traseras del tractor para que al girar éstas el poste hiciera de sostén y ayudara a salir del pozo. El sistema funcionó, pero requirió de infinidad de atadas, porque cada media vuelta de rueda el palo llegaba a la altura del guardabarros y había que desarmar todo y comenzar de nuevo. Una vez arribado el tractor a un terreno un poco más firme pudo cinchar a la camioneta, y ambos vehículos se pusieron en marcha. Finalmente recorrieron los 14 kilómetros que los separaba de la seguridad del callejón seco y el episodio quedó concluido. Al sur el cielo plomizo indicaba que lo habían hecho justo a tiempo.



—¿Satisfecho don Lucifer? Ya conté unas cuantas de sus hazañas, nadie puede decir que usted es perezoso.

—No mi amigo, ¿por qué no cuenta cuando lo hice quedar plantado en la escribanía con la escritura lista para la firma y el comprador se escabulló?

—¡Ah! ¿Fue usted?

—¿Y quién más?

Estamos, pero la hago cortita, porque en comparación con haberme hecho perder mi amada estancia *Tacuare*, y luego con casi matarme en un par de oportunidades, este cuento suena infantil.

Resulta que Manuel tuvo en venta un campo de un vecino a su *Perlas Negras* en la localidad de Ituzaingó, Corrientes, y que luego de las usuales revisiones y acuerdos de precio y plazos, se ordenó a la escribana local que preparara la documentación. Cuando estuvo todo listo, Manuel en su vehículo, y el comprador en el propio, y con una valija llena de dinero —*¡oh, Argentina pintoresca!*— partieron de Resistencia hacia Ituzaingó. Mientras esperaban a ser atendidos por la escribana el comprador salió a dar una vuelta, y nunca más regresó. No contestaba el celular y no envió ningún mensaje. Por la tarde Manuel logró contactarlo y se enteró de que ya estaba de regreso en Resistencia, porque había ido hasta la tranquera del campo en cuestión y se había encontrado con una víbora *ñacaniná*, y que se había asustado porque le iba a comer *todos* los terneros.

—¿Y cómo no nos avisó? Le espetó Manuel. Esperamos todo el día e incluso avisamos a la policía, ¡porque usted transportaba dinero!

—Yyyy, ¿vio?



—¿Conforme ahora don Mandinga?

—Más o menos, pero ¿Sabe quién tiró la víbora?

—Me imagino, no me lo diga.

—Bueno, lo dejo respirar, pero le recuerdo que tampoco pudo firmar con el Brasileiro aquel que le hizo un truco parecido, y que le mandé a un estafador a tantearlo varias veces, y que lo metí en un par de juicios, y...

—¡Basta, por favor! Sabemos que hay mala gente, pero los buenos somos más. Y ¿sabe qué don Lucifer?

—¿Qué?

—Esos ridículos cuernitos rojos le quedan como el traste...

Epílogo

La vida no es más que un cúmulo de experiencias, tan ricas como uno se lo propone y tan afortunadas como las circunstancias lo permitan.

¿Existe la suerte? Sí, claro que sí, y cuando viene del lado de la proa las cosas se dificultan y los hombres creen no tener salida, y en caso de vientos extremos provoca la incertidumbre que describe el desgarrador grito de *Urco*, María y Manuel:

—¿Y ahora qué carajo hago?

Pero otras veces sopla de popa, y es cuando debemos aprovechar para salir adelante.

Manuel tuvo una vida de todo menos aburrida, fue privilegiado con una familia sana y noble, y le tocó desarrollar su actividad en un entorno maravilloso. Pudo disfrutar en todas sus letras de la frase de Diego G. —ese anciano hombre sabio— que le inculcó casi entre lágrimas que:

...La vida es una aventura maravillosa, es bella y hay que disfrutarla a diario y hasta el final...

Sin embargo supo de adversidades y de dolor, porque no es de este mundo la felicidad lineal.

Supo que esa felicidad es más una cuestión de actitud que de recursos, porque las cosas verdaderamente importantes la naturaleza las otorga de forma gratuita.

Entendió que lo mejor que puede comprar el dinero es nuestro propio tiempo, ese tiempo que hemos inmolado en el altar del consumismo. Y que ser ricos no es tener más sino necesitar menos.

Aprendió que cuando vuela la *taba* Dios la sopla un poquito, y que a veces cae del lado de la suerte y a veces del otro. Y que no hay que amedrentarse y debemos volver a lanzar, porque a la larga cae del perfil correcto.

Dios da y quita, porque es su mecanismo para contrarrestar la soberbia.

Aprendió que la obstinación es a la vez una virtud y un defecto, y que debe ser manejada con prudencia. Cuando no supo escuchar, llevó las circunstancias a extremos innecesarios. Comprendió tarde y con dolor que el gaucho sabio desensilla al anochecer, y hasta que el buen solcito lo vuelva a calentar, no monta de nuevo.

Supo que no hay que contabilizar el éxito hasta haberse levantado de la mesa de juego, y que los acuerdos terminan cuando se cobran o se pagan.

Aprendió que no se debe temer al cambio, como le demostraron las múltiples actividades a lo largo de su trayectoria: Manuel fue ganadero, arrocero, asesor agropecuario, consignatario de hacienda, vendió campos, departamentos en Miami, invirtió en propiedades de renta, participó en la construc-

ción de edificios, creó una tarjeta de Créditos, envasó arroz, participó de licitaciones, comercializó antenas satelitales, crió búfalos, fue inversor en tierras, y actualmente está desarrollando un Club de Campo y una Reserva Ecológica. Algunas de estas actividades fueron de largo aliento, pero muchas solo duraron un par de años porque finalmente entendió que la tozudez no era buena consejera y que si el potro tira mucho del *tambo* al final le duele el cogote.

Supo que las acciones deben ejercerse en el momento oportuno, porque cuando la fruta es verde enferma, pero cuando está pasada asquea.

Que la *oportunidad* de una acción es más relevante que la acción misma, y que por lo tanto estar preparado para vender banderines de *Boca Juniors* justo el día que el equipo sale campeón es más importante que la calidad de la tela con que fueron confeccionados.

Entendió que intentar ir contra los mercados o empujar contra la opinión general es como barrer hojas contra el viento, que es de sabio callar y no enfrentar, y que cuando la vida obliga a encender una fogata, no hay que hacerle asco al fósforo.

Acuñó a fuego la anécdota que le contó su padre respecto a Aristóteles Onassis en ocasión de que fuera entrevistado por un periodista:

—¿Puede decirme Sr. Onassis cuál es el secreto de su éxito?

—Muy fácil. ¿Ve usted esa lámpara?

—Por supuesto.

—Pues yo la vi primero...

Anticiparse, intuir e informarse permiten un mejor lugar en la cola de las ofertas de la vida, y allanan el camino hacia un más sencillo transcurrir.

Supo que los buenos negocios se definen al comprar y no al vender, y que el dólar es el *comoditie* máspreciado de este mundo porque es intercambiable por cualquiera de los demás, y el viceversa no es siempre cierto.

Estudiar hasta desenredar los mecanismos íntimos que mueven los procesos es clave para el éxito, porque el ojo ve la cáscara pero no el contenido.

El subjetivismo es bello, más engañoso y modificable a voluntad, en cambio las leyes que rigen los eventos son rígidas, permanentes y confiables. Las piedras siempre caen hacia abajo aunque los colores de la ropa se modifiquen año a año.

Aprendió Manuel que lo que se ve en la superficie no es el ser sino el parecer, porque cada hombre representa su papel en este gran teatro de la vida, pero oculta con sigilo su verdadera esencia. Prenderse y tirar del hilo cuando se encuentra una puntita, termina sacando a la superficie las oportunidades para progresar, porque las necesidades difieren entre las personas, y al que le sobran naranjas le faltan conejos.

Supo que *comer* no es solo *alimentarse*.

Que *viajar* es mucho más que *transportarse*.

Que *compañía* no es únicamente *sentarse cerca*.

Que el *sexo* es apenas la parte biológica del *amor*.

Que una *cerveza* con amigos no es un *brebaje* amarillo.

Que jugar al *golf* no es pegarle a una *pelotita*.

Que el *tiempo* es un *bálsamo* infalible.

Aprendió que un *libro* es mucho más que 200 *páginas*.

Y que un *día vivido* excede el mero transcurrir de 24 *horas*.

Supo que el TIR (*Tasa Interna de Retorno*), el VAN (*Valor Actual Neto*) y otras siglas por el estilo son artilugios de los economistas sin ningún valor, porque en un mundo tan inestable como el nuestro cualquier viento de costado les cambia el signo. Manuel aprendió que si un negocio lo obligaba a sacar la calculadora del bolsillo, era incierto y no debería hacerse. ¿Compraría alguien un elefante para revenderlo un cinco por ciento más caro? Al doble quizás, y para eso no hace falta ningún TIR ó VAN, solo saber la tabla del dos.

Desconfió siempre de los *expertos*, porque en general son de todo menos expertos, y más escuchó a su estómago que a la postre le ofrecería mejores probabilidades de acertar.

Supo por su profesión que no existe nada gratis en la *Naturaleza*, y ese sabio concepto lo extrapoló a otras situaciones de su accionar: todo tiene un costo, explícito u oculto, que se debe pagar. Como así tampoco existe el amor, ni la solidaridad, ni la justicia –salvo a cuentagotas en los subjetivos seres humanos– y que esas maravillas biológicas que se mueven por ahí solo lo hacen porque la evolución les confirió órganos para cumplir funciones. La *Naturaleza* es el escenario de

una lucha despiadada por sobrevivir, y el que pierde el paso perece. Y todas las bellezas y acciones que tanto nos maravillan, son en realidad armas, refugios, trucos y movimientos tendientes a ocupar espacios y apropiarse de recursos, o sea a vencer y a quitar.

—Y sino pregúntele a *Urco* —pensó Manuel.

Los seres humanos hacen algo similar con sus congéneres y con los demás integrantes del mundo natural, solo que intentan disimularlo con relatos prolijos que llaman acervo cultural. La esencia es la misma: vencer o morir.

Intentó Manuel crear conciencia de que nuestro Planeta debe ser celosamente preservado, porque pensar que avances tecnológicos o viajes a Marte van a salvar a la humanidad equivale al capitán del *Titanic* convenciendo a sus pasajeros de que la verdadera fiesta ocurrirá más tarde en los botes salvavidas.

Los dinosaurios le enseñaron que la extinción es un proceso irreversible.

La cueva de las manos de Santa Cruz le mostró que la *impronta* queda aunque el cuerpo desaparezca. El que quiera perdurar, debe dejar obra.

Comprendió que la vaca solo ve el pasto que comerá hoy pero no puede pensar el futuro, y no puede planificar ni formar despensa. Ese es un privilegio del hombre que debe aprovechar en su beneficio, y es por eso que hay que imaginar el largo plazo y respetar los tiempos que requiere la evolución de las cosas. El lunes no es el largo plazo, y sin embargo suele distraer toda nuestra atención.

Es este ensayo –en definitiva– un intento por transmitir un mensaje tanto esperanzador como objetivo, porque si bien las mañanitas deben ser disfrutadas no se puede olvidar que luego del ocaso el sol se va y el frío acude.

El futuro no se puede relatar, solo soñar, y el acierto en la concreción de esos sueños ayuda a la felicidad.

*¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño:
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños, sueños son.*

CALDERÓN DE LA BARCA

Hoy Manuel –que no es Manuel– está sentado en este escritorio relatando su historia, intentando no repetir sus errores, y posiblemente dando una imagen de lo que no es. Trae a sus espaldas la mochila de la vida, llena de experiencias de todo pelo y color para ofrendarla a quien la aprecie, siempre respetando que cada ser y sus circunstancias son únicos e irrepetibles, y que en definitiva la experiencia se vive, no se aprende.

FIN



Tacuarí, cabalgata



Tacuarí, familia



Tacuarí, picada





La casa de Perlas Negras, que no fue.



Cielorraso de tacuara atado con tientos de cuero de vaca.



Perlas Negras, alambrando



Perlas Negras, canoeros del Iberá



Perlas Negras, canoeros



Perlas Negras, siguiendo al puntero



Perlas Negras, abriendo huellas



Perlas Negras, el descanso



Perlas Negras, juntando el rodeo



Perlas Negras, Masai campañeando el rodeo



Perlas Negras, Masai



Perlas Negras, pastando en la gramilla



Visitando La Victoria, alistando el tractomóvil



La Victoria, espadaña



Alfredo G. y Tacurú en La Victoria



La Victoria, Solitario y amigos: cazadores de nutrias y ñandúes



Visitando La Octava, la blanquita en apuros



Gaucho en La Octava



La Octava, pastando en la laguna



La Octava, tropilla



La Cruz, aprete que va la marca



Gauchos correntinos



Gauchos santafesinos en La Victoria



Gaucha tirando a caballo de la canoa



El obsequio de Mandinga

Este Libro
se terminó de imprimir
en agosto de 2016, en



Tel. (0362) 4572483
vianetchaco@yahoo.com.ar
Av. Las Heras 526 Dto. B
Resistencia, Chaco
República Argentina.

Otras obras del autor

No Somos Nada

(Pasado y presente de una
civilización especial)

Blog:

*Ideas y reflexiones sobre
el rumbo de la humanidad*

donbenites.wordpress.com

*...La vida es una aventura maravillosa, es bella y hay que
disfrutarla a diario y hasta el final...*

El escenario de esa aventura es único e irremplazable, y se llama Planeta Tierra.

Ese, nuestro hogar, debe ser respetado y preservado, porque suponer que avances tecnológicos o viajes a Marte van a salvar a la humanidad, equivale al capitán del Titanic anunciando que la verdadera fiesta se llevará a cabo más tarde en los botes salvavidas.



ISBN 978-987-42-1834-6



9 789874 218346